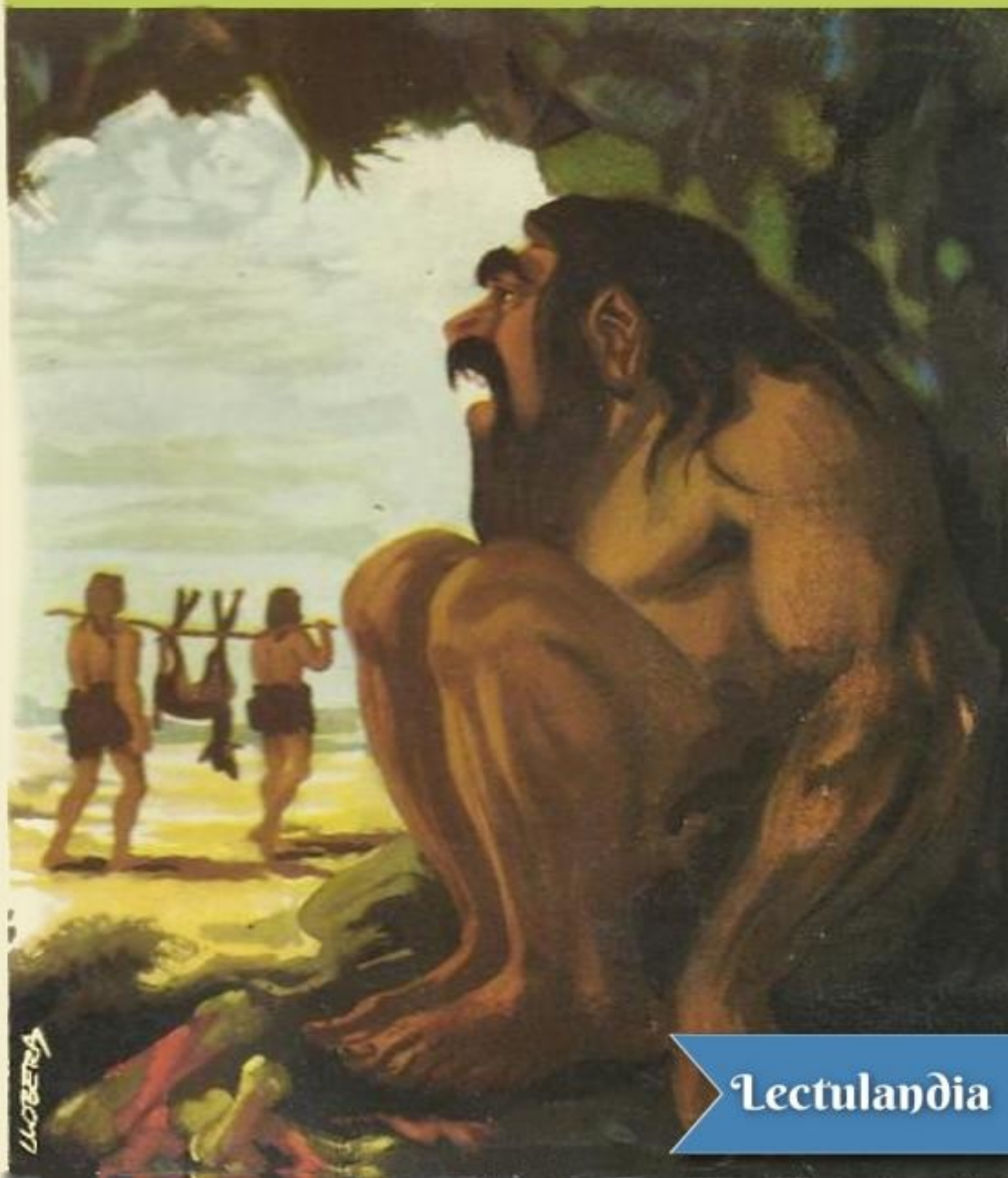


Lester del Rey

...Y ALGUNOS ERAN HUMANOS



LOBERA

Lectulandia

Este libro, publicado en la Colección Nebulae (Primera Época) contiene los siguientes relatos de Lester del Rey: El fin de la raza, Un solo amor, Calderero, La suerte de Ignatz, Las alas de la noche, Fidelidad y Misión secreta.

Lectulandia

Lester del Rey

...Y algunos eran humanos

Nebulae - Primera Época - 37

ePub r1.0

Thalassa 09.06.16

Título original: ...*And Some Were Human*

Lester del Rey, 1957

Traducción: Félix Monteagudo

Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

por Miguel Masriera

Con este volumen COLECCIÓN NEBULAE presenta a Lester del Rey, un autor norteamericano que realmente merece figurar en una antología de novelas de fantasía científica. Hemos escogido la, a nuestra manera de ver, mejor y más característica de sus obras o sea ...Y ALGUNOS ERAN HUMANOS (en inglés «...and some were human»), de la que ofrecemos una serie de novelitas, centradas todas en una idea común antropológica, dejando para más tarde la publicación de la novela más larga, incluida también en la citada obra inglesa, «Nervios».

Lester del Rey es un hombre joven todavía y que lo era todavía más cuando escribió este libro, en el que, a pesar de ello, se observa una madurez de pensamiento y un estilo literario que no son los de un principiante. Sin embargo, el espíritu juvenil se hace simpáticamente notar en la vivacidad de la descripción, en la audacia del argumento y sobre todo en el sano optimismo que se revela en todas las narraciones y que quizás tenga su explicación en la agitada juventud de Lester del Rey, durante la cual la vida le ha enseñado directamente muchas cosas. Parece que intentó muchos oficios: después de dejar la universidad, fue oficinista, metalúrgico, camarero, investigador bibliográfico, etc., hasta que un buen día descubrió su vocación por las novelas utópicas, por los mundos soñados en las fantasías del mañana.

En este libro, parafraseando a Lewis Carroll, se habla de: «... muchas cosas:

De barcos y estrellas y dioses antiguos;
De lo que traerá el futuro;
Del porqué han desaparecido las elfas;
Y del porqué los sueños tienen alas».

La idea central de todas las historietas es la inquietud sentida acerca del futuro de la raza humana. Esta inquietud tiene en Lester del Rey una base que podríamos llamar poética, con su correspondiente desarrollo literario, pero la fantasía que la acompaña es una fantasía que podríamos llamar documentada, esto es científica. Y aquí radica a mi modo de vez el principal encanto de esta obra, en el que con espíritu de filósofo y de poeta se consideren tanto los problemas que el desarrollo de la técnica moderna plantea y planteará en el futuro como las alternativas que la raza humana ha tenido que soslayar ya en el pasado o las que el mito y la leyenda han perpetuado como reminiscencias ancestrales. Y todo ello presidido siempre por la preocupación básica del destino del hombre en la Tierra o en los espacios siderales que un día conquiste.

Este nexo común hace que en este libro tanto se trate de la prehistórica extinción

del hombre de Neanderthal (que es el asunto de «El fin de la raza»), como del mundo pánico de las ninfas de los bosques (asunto de «Un solo amor») y todo ello de la misma manera y en el mismo tono con que se abordan los problemas más obsesionantes del futuro como el de los prejuicios contra los marcianos (asunto tratado con fino humorismo en «La suerte de Ignatz» y con un gran sentido de la fantasía científica en «Las alas de la noche»), como el de una posible extinción de la raza humana cediendo el predominio en la Tierra a una especie de hombres-perros y hombres-monos (osada hipótesis que se dibuja en «Fidelidad»), o, finalmente, como se especula con la posibilidad de que la conquista de Marte por el hombre represente un peligro de muerte para toda la raza humana por contagio de raras enfermedades contra las que no podríamos luchar (tema de la última novela «Misión secreta»).

Este breve anunciado de las cuestiones de que se ocupan las novelas que componen esta obra, permite ya hacer ver como por diversos que parezcan los temas, todos ellos surgen de una preocupación fundamental por contestar a estas preguntas: ¿Qué hubiera podido ser del hombre?. ¿Qué será del hombre?

PARTE I

DE AYER Y DE HOY

...El hombre es una raza solitaria en un mundo que no conoce otra Inteligencia, y se siente solo... para dar un objetivo a su vida ha hallado brillantes ilusiones en otra vida más allá de la que él conoce y la ha poblado con personajes imaginarios, hadas y duendes que le prestan momentánea belleza... pero siempre sueña en algo que está más allá de su alcance y cuando deja de soñar, muere... tal es el Hombre en nuestros días y así era cuando se extinguió la raza del hombre de Neanderthal...

EL FIN DE LA RAZA

Hwoogh se rascó el espeso pelo que cubría su estómago y contempló como el Sol trepaba por encima de la colina. Se golpeó en el pecho sin muchos ánimos, rugió con timidez y terminó gruñendo hasta callarse. En su juventud, había rugido y golpeado con vigor para ayudar a alzarse al dios, pero ahora no valía la pena. Nada valía la pena. Encontró un grano de sal del sudor seco debajo de su pelo, se lo metió en la boca y volvió a dormirse.

Pero el sueño no acudía. En el otro lado de la colina había gran agitación y alguien golpeaba un tambor con un rítmico latido. El viejo hombre de Neanderthal gruñó y se tapó las orejas con las manos, pero no pudo ahogar el canto de bienvenida al Sol. Otra de las ideas de los Charlatanes.

En otros tiempos, aquel fue un mundo, agradable, lleno de gente peluda que gruñía llena de satisfacción; gente que un hombre podía comprender. Había caza por todas partes y las cavernas estaban llenas del humo de las hogueras. Él había jugado con los pocos jóvenes que nacían, aunque cada año menos niños llegaban para ocupar su puesto en la tribu, y había crecido para alcanzar la virilidad, lleno de orgullo en su fuerza. Pero aquello fue antes de que los Charlatanes convirtieron el valle en uno de sus campos de caza.

Antiguas tradiciones, medio explicadas, medio comprendidas, hablaban de la tierra en los tiempos pasados cuando sólo su gente cruzaba la ancha tundra. Habían llenado las cavernas y salido a cazar en manadas demasiado grandes para que ningún animal pudiera resistirlas. Y los animales bullían en la tierra, empujados hacia el Sur por la Cuarta Época Glacial. Luego el Gran Frío había vuelto y los tiempos se hicieron difíciles. Una gran parte de su tribu había muerto.

Pero muchos sobrevivieron y cuando la atmósfera se hizo de nuevo más caliente y seca, la tribu volvió a resurgir, antes de la llegada de los Charlatanes. Después. — Hwoogh se agitó inquieto—, por alguna razón que él no comprendía, los Charlatanes se apoderaron de más y más tierra, mientras su gente retrocedía y disminuía ante ellos. El padre de Hwoogh le dijo una vez que su pequeño grupo en el valle era todo lo que quedaba de la antes poderosa raza de Neanderthal, y que aquel era el único lugar en la gran planicie de la Tierra adonde rara vez llegaban los Charlatanes.

Hwoogh tenía ya veinte años cuando los vio por primera vez, unos hombres altos, de largas piernas, de pies ágiles y agudos ojos, caminando por todas partes como si fuesen los dueños de la tierra, haciendo ruido con la boca sin cesar. En el verano de aquel año, habían plantado sus tiendas de pieles al otro lado de la colina, lejos de las cavernas, e hicieron magia para propiciar a sus dioses. También había magia en sus armas y los animales caían fácilmente ante ellos. La gente de Hwoogh retrocedió, vigilándoles con temor, odiándoles vagamente, hasta que finalmente se acercaron para pedir limosna y robar lo que podían. Una vez, un joven macho había matado al niño de un Charlatán y había sido apaleado y luego expulsado de la tribu, para morir

por ello. Después de aquello, existió una tregua entre los Cro-Magnon y los Neanderthal.

Ahora, toda la gente de Hwoogh había desaparecido, excepto él, sin dejar ningún niño. Siete años habían pasado desde que el hermano de Hwoogh se encamó en un rincón oscuro de la caverna para enviar su último aliento en el largo viaje a reunirse con sus antepasados. Siempre fue débil y sin vigor, pero era el único amigo que le quedaba a Hwoogh.

El viejo se revolvió en la cama de hojas y deseó que volviese Keyoda. Quizás le traería algo de comida de los Charlatanes. Ahora ya no valía la pena salir a cazar, cuando los Charlatanes ya habían partido para matar a todas las presas fáciles. Era mejor que un hombre durmiese siempre, ya que el sueño era la única cosa agradable que le quedaba en aquel mundo que le rechazaba; hasta la bebida que los Cro-Magnons hacían de raíces machacadas le producía fuerte dolor de cabeza al día siguiente.

Se retorció dando vueltas en la cama cerca de la entrada de la caverna, gruñendo irritado. Una mosca zumbó por encima de su cabeza provocándole y Hwoogh hizo un ágil gesto. La sorpresa iluminó su rostro cuando sus dedos se cerraron encima del insecto y se lo tragó con un momentáneo destello de placer. No era tan bueno como los gusanos que se encontraban en el bosque, pero así y todo era un bocado exquisito.

El dios del sueño se había marchado y aunque tratase de engañarle quedándose quieto y roncando estaba seguro que no volvería. Hwoogh se incorporo y se quedó sentado encima de sus talones. Hacía semanas que quería fabricar una nueva punta para su tosca lanza, y se levantó para deambular por la cueva en busca de materiales adecuados. Pero su voluntad se debilitaba a medida que se aproximaba al trabajo y al fin se quedó inmóvil, contemplando el pequeño arroyo debajo de la caverna y las algodonosas nubes que cruzaban el cielo, sin pensar en nada. Era la primavera agradable y el Sol le calentaba.

El dios del Sol volvía a adquirir vigor, ahuyentando a las frías nieblas del valle. Durante muchos años, Hwoogh adoró al dios como algo suyo, pero ahora parecía adquirir vigor sólo para los Charlatanes. Mientras el dios estuvo enfermo, la gente de Hwoogh fue poderosa; ahora que su larga enfermedad terminó, los Cro-Magnons se extendían por los bosques como las pulgas en su espalda.

Hwoogh no podía comprenderlo. Quizás el dios estaba irritado con él, ya que las ideas de los dioses son incomprensibles. Gruñó de nuevo, deseando tener a su lado a su hermano, quien sabía más de esas cosas.

Keyoda escaló la escarpa delante de la cueva, interrumpiendo sus reflexiones. Traía migajas de comida del pueblo de tiendas y los restos de una pierna de caballo, que Hwoogh agarró en el acto para destrozar la carne con sus fuertes dientes. Sin duda los Charlatanes tuvieron buena presa el día anterior, ya que eran tan generosos con sus regalos. Gruñó un saludo hacia Keyoda, quien se había sentado al sol en la entrada de la caverna, frotándose la espalda.

Keyoda era tan repulsiva como casi todos los Charlatanes para Hwoogh, con sus largas piernas y cortos brazos y su postura erecta. Hwoogh recordó con un suspiro a las jóvenes hembras que conoció en los días de su pasada juventud; eran hembras hermosas, de cuerpo corto y cuadrado, bien musculadas, de cuello casi inexistente y de agradables frentes estrechas. Siempre se maravilló Hwoogh de que las mujeres Cro-Magnon con sus lisos rostros desprovistos de colmillos pudieran encontrar esposos, pero sin embargo era así.

Keyoda no lo había encontrado, desde luego, y en el caso de ella Hwoogh encontraba la justificación de su lógica. Había ocasiones cuando casi sentía simpatía hacia ella y a su manera era bondadoso con la mujer. Cuando Keyoda era una niña, había sufrido un accidente y su espalda quedó inutilizada para realizar el pesado trabajo que le corresponde a la esposa. Despreciada por los miembros de su tribu, poco a poco se acostumbró a ser tolerada como un paria en su propia tribu. Cuando encontró a Hwoogh por primera vez, la hospitalidad del hombre de Neanderthal llenó de agradecimiento a la mujer. Los Charlatanes eran nómadas que seguían a los grandes rebaños hacia el Norte durante el verano y en dirección Sur en el invierno, moviéndose siempre con las estaciones, pero Keyoda se quedó con Hwoogh en su caverna e hizo para él las pocas tareas que eran necesarias en la pobre vivienda. Hasta un medio-hombre como Hwoogh era preferible a no tener ninguno y el hombre de Neanderthal era bueno para ella.

—¿Hwunkh? —preguntó Hwoogh. Con su estómago repleto se sentía mejor dispuesto hacia el mundo en general.

—Oh, salieron a cazar y me permitieron recoger las sobras... ¡a mí, que he sido la hija de un jefe!... como hacen siempre. —La voz de Keyoda fue antaño aguda y llena de vitalidad, pero el cansancio de los años llenos de fracasos había embotado el timbre de su voz.

—Pobre, pobre Keyoda —piensan en la tribu—, dejemos que coja lo que quiera, siempre que no sea algo que nosotros necesitemos. Toma. —Keyoda extendió hacia Hwoogh una tosca lanza, con una piedra apenas trabajada en la punta, con el triángulo desigual—. Uno de ellos me ha dado esto... no se parece en nada a las que ellos usan, pero es tan buena como las que tú puedas hacer. Uno de sus hijos se está practicando en la construcción de lanzas.

Hwoogh la examinó; era buena, admitió, muy buena, y la punta de piedra estaba firmemente asegurada en el ástil. Hasta los muchachos, con sus ágiles dedos y sus pulgares que podían retorcer en todos sentidos, podían hacer mejores armas que él; sin embargo, muchos años antes, Hwoogh era famoso en su tribu por la perfección de su trabajo en las armas de pedernal.

Se puso en pie lentamente, mientras hacía el signo de caza. La forma de su mandíbula y la disposición de su lengua, junto con el poco desarrollado lóbulo frontal izquierdo de su cerebro, hacían muy rudimentario su lenguaje, y por lo tanto Hwoogh ayudaba a sus monosílabos guturales y labiales con gestos que Keyoda comprendía

con facilidad. Ella se encogió de hombros e hizo un gesto de despedida, mientras empezaba a roer uno de los huesos.

THwoogh empezó a vagar por las cercanías sin grandes ánimos, consciente del hecho de que era un hombre viejo. Pero vagamente sabía que la vejez no debió llegar hasta dentro de muchas nieves; no era el número de inviernos, sino alguna otra cosa lo que le convertía en un viejo, algo que podía sentir sin comprenderlo. Se dirigió hacia los campos de caza, con la esperanza de encontrar algo que no necesitase mucho esfuerzo para ser capturado. Los desdeñosos regalos de los Charlatanes eran amargos a su paladar.

Pero el Sol-dios se alzó hasta el techo de su caverna azul sin que Hwoogh tropezase con el más pequeño animal. Dio media vuelta para regresar y en una de las cuevas del sendero encontró a un grupo de Cro-Magnons que volvían a su campamento con el cuerpo de un reindeer atado a una pértiga que dos de ellos llevaban encima de los hombros. Todos se pararon para gastarle bromas y gritarle un saludo burlón.

—¡No te canses, Peludo! —se pavonearon, con voces claras y alegres Hemos capturado a toda la caza que hay por aquí. Vuélvete a tu cueva y duerme.

Hwoogh se encorva un poco más y se apartó a un lado, arrastrando detrás de él la lanza inútil. Uno de los que formaban el grupo se acercó a él corriendo ágilmente. A veces Legoda, el hechicero y artista de la tribu, parecía casi sentir amistad por él, y ésta era una de tales ocasiones.

—Fue mi presa, Peludo —dijo con tolerancia—. La última noche hice una potente magia de reindeer y el animal cayó con mi primera lanza. Ven a mi tienda y te regalaré una pierna. Keyoda me enseñó una nueva canción que aprendió de su padre y quiero pagarle ese servicio.

¡Piernas, costillas, huesos! Hwoogh estaba cansado de los trozos de carne exterior. Su cuerpo reclamaba con ansia el alimento más delicado de las entrañas y el hígado. Hacia días que toda su piel le picaba, llena de manchas rojizas, y sentía que necesitaba las succulentas partes interiores para curarse; en otras ocasiones, siempre le hicieron bien. Lanzó un gruñido, medio agradecimiento y medio irritación y continuó su camino. Legoda lo agarró por un brazo, reteniéndole.

—No, quédate, Peludo. A veces me has traído suerte, como en aquella ocasión en que encontramos el ocre brillante que necesitaba para mis pinturas. En el campamento habrá bastante carne para todos. ¿Por qué quieres seguir persiguiendo la caza? —Y cuando vio que Hwoogh vacilaba, su voz se hizo más insistente, no por bondad, sino por un repentino deseo de imponer su voluntad—. Los lobos corren muy cerca de aquí y uno solo no es suficiente contra la manada. Partiremos el reindeer en el campamento tan pronto como lleguemos. ¡Te dejaré escoger el trozo que más desees!

Hwoogh gruñó una malhumorada conformidad y empezó a seguir al grupo de

Cro-Magnons a unos pasos de distancia. Las limosnas de los Charlatanes eran amargas para él, pero el hígado era siempre hígado... si Legoda cumplía su palabra. Ahora iban cantando la áspera canción del Sendero, trotando con facilidad bajo la carga del reindeer, mientras que él los seguía con dificultad por la rapidez de su paso.

Cuando se acercaron al pueblo de los nómadas, sus tiendas de toscas pieles y humeantes fuegos despedían un acre olor que irritó el olfato de Hwoogh. El olor de los Cro-Magnons de largas piernas era bastante desagradable sin necesidad de añadirle la sucia emanación del campamento y el hedor de los fuegos de boñigas. Hwoogh prefería el olor a rancio de su húmeda cueva.

Una nube de niños se extendió delante de los cazadores, gritando de rabia al ver que no pudieron tomar parte en una cacería tan fácil. Cuando vieron al hombre de Neanderthal, lanzaron un aullido de júbilo y cargaron contra él, tirándole palos y piedras y saltando delante de él en fingidos ataques. Hwoogh se estremeció encogiéndose, amenazándoles con su lanza y lanzando espantables gruñidos. Legoda se echó a reír.

—En verdad, oh Peludo Chokanga, tu voz debería hacerlos huir llenos de miedo. Pero ya puedes ver que no te temen. ¡Fuera de aquí, piojos de dos patas! ¡Fuera, digo! —El enjambre retrocedió ante su voz autoritaria y quedó detrás de ellos, siempre gritando. Hwoogh los miró preocupado, pero sabía que mientras Legoda no cambiase de parecer, estaba a cubierto de sus travesuras.

Legoda estaba de excelente humor, riendo y bromeando con las mujeres del campamento hasta que su joven esposa salió y los hizo callar. La joven se lanzó hacia el reindeer con su cuchillo de pedernal en la mano y las otras mujeres se reunieron con ella.

—Heya —advirtió Legoda—. Chokanga, el Peludo, tiene derecho a escoger el trozo que quiera. Mi palabra, se lo ha dado.

—¡Oh, hombre tonto! —Hubo escarnio en la voz de ella y en la mirada que lanzó hacia Hwoogh—. ¿Desde cuándo tenemos que alimentar a las bestias de las cavernas y a los peces del río? Estás loco, Legoda. Deja que él mismo cace su comida.

Legoda la pinchó en el trasero con la punta de su lanza, mientras sonreía.

—Sí, sabía que ibas a protestar. Pero a pesar de todo, nosotros debemos a esa gente muchas cosas... éste era su campo de caza cuando nosotros no éramos más que cachorros, luchando para llegar hasta esta lejana tierra. ¿Qué daño hay en darle comida a un anciano? —Se volvió hacia Hwoogh e hizo un gesto con la mano—. Mira, Chokanga, mi palabra es buena. Llévate lo que desees, pero cuida de que no sea más de lo que tu barriga y la de Keyoda puedan comer esta noche.

Hwoogh se dejó caer al lado de la pieza para levantarse casi en el acto con el hígado y las succulentas y dulces grasas de las entrañas. Con un agudo grito de rabia la compañera de Legoda se lanzó hacia él, pero el hechicero de la tribu la contuvo.

—¡No, ha hecho bien! Sólo un estúpido escogería las costillas cuando el corazón de la carne estaba al alcance de su mano. ¡Por los dioses de mi padre, que yo mismo

pensaba comerme este hígado! ¡Oh, Peludo, me has quitado la comida de mi propia boca, pero te aprecio más por ello! Vete, antes de que Heya te alcance.

Mañana, pensó Hwoogh, era posible que Legoda le azuzase los niños sucios y traviosos del campamento, por su acto de esta tarde, pero el mañana estaba en otra cueva del Sol. Empezó un trotecillo hacia la izquierda, rodeando la colina, mientras los furiosos insultos de Heya y el tranquilo buen humor de Legoda seguían sus pasos. Un trozo de hígado colgaba del montón de carne que apretaba contra su pecho y Hwoogh empezó a masticarlo mientras corría. Keyoda estaría contenta, ya que casi siempre era ella la que tenía que mendigar la comida para los dos.

Con estos pensamientos volvió un poco la propia estimación de Hwoogh. ¿Acaso fue más listo que el propio Legoda y escapaba del campamento con el mejor trozo de la presa? ¿Es que alguna vez Keyoda consiguió algo semejante cuando fue al pueblo de los Charlatanes? Bien, todavía podía aprender algo del astuto cerebro del viejo Hwoogh.

Desde luego que los Charlatanes estaban todos locos; sólo unos tontos podían hacer lo que había hecho Legoda... Pero aquello no debía importarle. Apretó con satisfacción el hígado y grasa contra su pecho y sonrió con una sensación de bienestar. Hwoogh no era uno de esos que miran en la boca del caballo que les han regalado.

El fuego se había convertido en una masa de rojizos y medio apagados carbones cuando Hwoogh llegó a la cueva y Keyoda estaba tendida en la única cama, roncando fuertemente, el rostro encendido. Hwoogh olió el aliento de ella y sus sospechas se vieron confirmadas. De algún modo que él no sabía, Keyoda había bebido del agua de fuego de los Charlatanes y su sueño estaba embotado por el estupor de la borrachera. El la empujó rudamente con el pie y la mujer se sentó con los ojos inyectados en sangre.

—Oh, de modo que ya has vuelto. Bien, has traído hígado y grasa. Pero eso no cayó nunca ante la punta de tu lanza; has estado en el pueblo y lo has robado. Oh, espera hasta que te agarren. —Pero de todos modos, se lanzó con avidez hacia la carne, y puso unas ramas en el fuego para asar el hígado sobre las llamas.

Hwoogh le explicó lo sucedido lo mejor que supo, y la mujer pudo comprender el sentido de sus gestos. —¿De modo que fue así? Vaya, ese Legoda, siempre con sus bromas e ideas raras, y que sea mi propio sobrino...

La mujer sacó el hígado del fuego, aún medio crudo, y los dos se pusieron a comer con avidez, mientras ella reía y maldecía a la vez. Hwoogh señaló a la nariz rojiza de Keyoda e hizo un gesto de desagrado.

—¿Bien, que te importa si lo hice? —El licor endurecía el tono de sus palabras—. Ese inútil del hijo del jefe ha venido aquí a pedirme que le cuente historias. Y para conseguir soltar mi vieja lengua me ha traído el brebaje hecho de raíces. ¡Ah, qué historias he podido contarle esta tarde... y algunas de ellas eran verdaderas! —Hizo

un gesto hacia una tosca vasija de barro—. Creo que lo ha robado, ¿pero qué nos importa a nosotros? Bebe, Peludo. No todos los días podemos beber el agua de fuego.

Hwoogh recordó los dolores de cabeza producidos por sus anteriores experimentos, pero olfateó la vasija con curiosidad y la fuerza del agua mágica lo dominó. Aquello llevaba la esencia de la juventud, el fuego que devolvía la vida a sus piernas y los recuerdos a su mente. Se llevó la vasija a la boca, casi ahogándose mientras el ardiente líquido le corría por la garganta. Keyoda le quitó el recipiente de las manos antes de que pudiera terminar la bebida y apuró los últimos sorbos.

—¡Ah, esa bebida hace desaparecer el dolor de mi espalda y que la sangre corra con fuerza por mis venas! —Ella se tambaleó ligeramente y empezó a cantar los fragmentos de una antigua canción.

—¡Siempre haces igual! ¿Que no puedes aprender a no: beberlo todo de una vez? De este modo la bebida no dura tanto y habrás perdido el conocimiento antes de que puedas sentir bienestar.

Hwoogh se tambaleó cuando el alcohol se apoderó de su cerebro y sus rodillas se doblaron aún más de lo acostumbrado. La cama se levantó para golpearle en el rostro, su cabeza estaba llena de moscardones que zumbaban alegremente y las paredes de la caverna giraban locamente a su alrededor. Rugió un desafío a la caverna, mientras Keyoda reía.

—¡Eh! Al oírte aullar cualquiera pensaría que eres el último Chokanga que quedaba en la Tierra. Pero no lo eres... ¡no, no lo eres!

—¿Hwunkh? —Aquello le preocupó. Por lo que Hwoogh sabía, no había otros como él en ningún lugar. Hizo un gesto para agarrarla, sin conseguirlo, pero ella cayó al suelo y se apretó contra él, su aliento ardiente contra su rostro.

—¿Eh? Bien, es la verdad. El muchacho me lo ha dicho. Legoda encontró tres de ellos, iguales a ti, dice, en las tierras del Este, hace tres primaveras. Tendrás que preguntárselo a él... yo no sé nada más. —Keyoda se revolvió en la cama de hojas, gruñendo palabras incoherentes, mientras él trataba de asimilar la noticia. Pero la bebida era demasiado fuerte para su cabeza y pronto estuvo roncando al lado de la mujer.

Keyoda se había marchado al pueblo cuando se despertó y el Sol tenía el largo de una lanza por encima del horizonte. Hwoogh buscó un trozo del hígado del día anterior, pero su sabor no era tan bueno como antes y su estómago protestó vigorosamente rechazando la comida. Se apoyó, en la pared de la caverna hasta que su cabeza pudo dominar su cuerpo y luego bajó hasta el arroyo para calmar el demonio de la sed que se había apoderado de él durante la noche.

Pero tenía algo que debía hacer, algo que medio recordaba de lo sucedida la noche anterior. ¿Acaso Keyoda no le había hablado respecto a otros de su raza? Sí, tres de ellos, y Legoda conocía la historia. Hwoogh vaciló, recordando que se había burlado de Legoda el día antes; el joven podía estar irritado contra él. Pero se sentía dominado por una poderosa curiosidad y había un extraño anhelo en su corazón.

Legoda tendría que decirle lo ocurrido.

Con cierta repugnancia, regresó a la caverna y buscó en un agujero que era un secreto aún para Keyoda. Sacó sus tesoros, mirándolos con reverencia, mientras escogía los mejores. Eran brillantes conchas y piedras de colores, un collar de piedras toscamente pulidas que perteneció a su padre, emblema de su virilidad, trozos de pieles y otras cosas con las que pensaba hacerse adornos para él cuando tuviese tiempo. Pero el deseo de saber era más fuerte que el orgullo de su posesión; dejó caer su tesoro en una mano y marchó en dirección al pueblo.

Keyoda estaba hablando con las mujeres, murmurando las frases acostumbradas que usaba para mendigar comida y Hwoogh bordeó el campamento buscando al joven artista. Finalmente encontró al Charlatán en un lugar poco alejado del pueblo, haciendo extraños gestos con dos palos. Se acercó con precaución, pero Legoda oyó el rumor de sus pasos.

—Acércate, Chokanga y contempla mi nueva magia. —La voz del joven estaba llena de orgullo, sin rastro de resentimiento ni amenaza. Hwoogh suspiró con alivio y se acercó lentamente.

—Acércate, no tengas miedo. ¿Crees que estoy arrepentido del regalo que te hice ayer? No, aquello fue culpa de mi propia estupidez. Ahora, mira.

Le tendió los dos palos y Hwoogh los tocó con precaución. Uno era largo y flexible, atado por las dos puntas con una tira de cuero y el otro una pequeña lanza con unas plumas atadas en la base del ástil. Hwoogh gruñó una pregunta.

—Una lanza mágica, Peludo, que vuela de mi mano como si tuviera alas y puede matar un animal más allá del alcance de las otras lanzas.

Hwoogh tosió. La lanza era demasiado pequeña para que pudiera matar otra cosa que los pequeños roedores del bosque y el palo más grande ni siquiera tenía una punta de piedra afilada. Pero contempló como el joven unía el palo más pequeño al otro atado por el cuero y tiraba hasta doblarlo. Hubo un agudo chasquido y la pequeña lanza voló por el aire, lejos, hasta enterrar su punta en la blanda corteza de un árbol que estaba a más de dos lanzas de distancia. Hwoogh quedó impresionado.

—Sí, Chokanga, esta es una nueva magia que aprendí en el Sur el año pasado. Allí hay muchos que la usan y con ella pueden lanzar la punta más lejos y con mayor precisión que con una lanza de tamaño normal. ¡Un solo hombre puede matar tanta caza como tres provistos sólo de lanzas!

Hwoogh gruñó; los Charlatanes ya habían matado toda la buena caza, y todavía buscaban nuevas magias para aumentar su poder. Extendió la mano con curiosidad y Legoda le dio el palo más largo y otra flecha, enseñándole cómo debía hacerlo. De nuevo se produjo el agudo «twaang» y la cuerda de cuero le golpeó con fuerza la muñeca, pero el arma siguió un curso errático, fallando el árbol por varios pasos, Hwoogh devolvió el palo, su esperanza desaparecida... Aquella magia no era para él. Sus rígidos pulgares hacían muy difícil el manejo de la nueva arma.

Ahora, pensó, mientras el joven jefe estaba satisfecho de su superioridad, era una buena ocasión para mostrarle sus tesoros. Hwoogh los extendió en el suelo e hizo gestos a Legoda, quien le miró pensativo.

Sí —concedió el Charlatán—. Algo de esto tiene valor y otros pueden servir para hacer bonitos adornos para las mujeres. ¿Qué es lo que quieres... más carne, o una de las nuevas armas? Tu estómago se llenó ayer... y con mi bebida, que me robaron, creo, aunque no te culpo de eso. El muchacho ya ha sido castigado. Y esta arma no te servirá de nada.

Hwoogh relinchó y gruñó, retorciéndose en su lucha por expresarse, mientras el joven seguía mirándole. Poco a poco, sus deseos se hicieron claros para el otro hombre, en parte gracias a sus gestos y en parte gracias a las preguntas que le hacía el Cro-Magnon. Por fin Legoda se echó a reír.

—¿De modo que sientes la llamada de los de tu raza, anciano? —Empujó el tesoro hacia Hwoogh, excepto una piedra de brillante colores—. No quiero engañarte, Chokanga, y sólo tomaré esta piedra como signo de nuestra amistad, por el aprecio que te tengo. —Su sonrisa era burlona mientras se guardaba la piedra en una bolsa que colgaba de su cintura.

Hwoogh se sentó sobre sus talones, mientras Legoda se apoyaba en un gran peñasco y empezaba la historia. —Es muy poco lo que puedo decirte, Peludo. Hace tres años tropezamos con una familia de tu raza... un macho y una hembra, con un niño. Huyeron de nosotros, pero acampamos cerca de su caverna y tuvieron que volver. No les hicimos ningún daño y a veces les dimos comida, permitiendo que nos acompañasen en la caza. Pero estaban delgados y débiles, demasiado perezosos para cazar su propio alimento. Cuando volvimos al año siguiente, habían muerto, y en verdad creo que eres el último de tu raza.

Legoda se rascó la cabeza pensativo.

—Tu gente muere con demasiada facilidad, Chokanga; tan pronto como encontramos a alguno de los vuestros y tratamos de ayudarle, dejan de salir a cazar y se convierten en mendigos. Y luego pierden todo interés en la vida, enferman y mueren. Pienso que vuestros dioses han sido vencidos por los nuestros.

Hwoogh gruñó su resignación ante el destino, mientras Legoda recogía su arco y sus flechas para regresar al campamento. Pero había una extraña expresión en el rostro del hombre de Neanderthal que no escapó a los ojos del joven. Reconociendo el sufrimiento en los ojos de Hwoogh, Legoda puso una mano en el hombro del viejo y le habló con un tono de compasión.

—Por esta razón no quiero que te falte nada, Peludo. Cuando tú hayas partido también, ya no quedará nadie de los tuyos y mis hijos se reirán y dirán que miento cuando les cuente la historia de tu raza ante la hoguera del festín. Cada vez que yo derribe una presa, no te faltará comida.

Legoda se alejó por el sendero que llevaba hasta la tienda de su familia, mientras Hwoogh se volvía lentamente hacia su caverna. La seguridad de tener el alimento

necesario debía alegrarle, pero sólo servía para aumentar su abatimiento. Vagamente comprendió que Legoda le trataba como a un niño, o como a uno a quien el dios-Sol había tocado con la locura.

Hwoogh escuchó los gritos y las risas de los muchachos cuando rodeaba la colina y por un instante vaciló antes de continuar. Pero el amor a lo que le pertenecía estaba bien desarrollado en su cerebro y apresuró el paso, sombrío. Los muchachos no tenían nada que hacer cerca de su caverna.

Eran de todas edades y tamaños, gritando y persiguiéndose en un loco desorden. Les estaba prohibido acercarse al lado de la colina donde vivía Hwoogh, pero ahora que habían infringido la norma juntos, procuraban divertirse todo lo que podían. El fuego de Hwoogh estaba esparcido por el costado de la colina hasta el arroyo y los muchachos estaban ahora ocupados destrozando su pequeña provisión de pieles y armas.

Hwoogh lanzó un salvaje aullido y corrió, su lanza horizontal a su lado. Al oírle, los niños se volvieron, saltando de la entrada de la caverna y reuniéndose en un apretado grupo.

—¡Márchate de aquí, Feo! —Uno de ellos empezó a cantar—. ¡Vete a espantar a los lobos! Hombre Feo, hombre Feo. ¡Ah, ah, ah!

Hwoogh se lanzó encima de ellos, blandiendo su lanza, pero los chicos se apartaron de su paso, con su ágil carrera, deslizándose con facilidad de entre sus dedos. Uno de los muchachos mayores extendió una pierna y le hizo caer sobre el suelo rocoso. Otro de ellos, corrió con agilidad y valentía y le arrancó la lanza de la mano y luego le golpeó con ella mientras aún se encontraba en el suelo. Desde la época del primer primate erecto, la innata crueldad había evolucionado muy poco en los niños.

Hwoogh lanzó un aullido, se puso en pie torpemente y cargó contra ellos. Pero todos se escapaban de su alcance. Las niñas bailaban a su alrededor, burlándose de él, mientras cantaban: —El Hombre Feo no tiene madre, el hombre Feo no tiene mujer, hombre Feo, hombre Feo, ah, ah, ah—. Enloquecido. Hwoogh consiguió agarrar a uno de los muchachos, lo sacudió salvajemente y lo tiró al suelo, donde el niño se quedó inmóvil y silencioso, el rostro blanco. Hwoogh sintió una momentánea sensación de satisfacción al comprobar su fuerza. Luego alguien le tiró una piedra.

El viejo hombre de Neanderthal se encontró atado con cuerdas de cuero cuando recobró el conocimiento y tres de los muchachos estaban sentados encima de su pecho, golpeando el suelo con sus talones al ritmo de un canto de victoria. Tenía un sordo dolor en el pecho y sus brazos y pecho hinchados en los lugares donde le habían golpeado rudamente. Gruñó impotente, intentando levantarse y los hizo caer de encima suyo, pero las cuerdas eran demasiado fuertes para que pudiera libertarse. Estaba capturado, a merced de sus enemigos, con la misma certeza que si estos fuesen hombres adultos.

Durante muchos años los muchachos habían sido enemigos suyos, desde el día que descubrieron que el irritar a Hwoogh era una agradable ocupación que servía para aliviar el tedio de la vida del campamento. Ahora que la victoria era suya, se dedicaban a castigar al vencido con método e inteligencia.

Mientras las niñas le ensuciaban el rostro con barro blando que sacaron del arroyo, los muchachos recorrieron la caverna y desgarraron las pieles que cubrían el cuerpo de Hwoogh. La pequeña bolsa donde guardaba sus tesoros apareció en las manos de los niños, que hicieron una pausa para repartirse aquella riqueza. El hombre de Neanderthal aulló, enloquecido de dolor y furia.

Pero cierta medida de cordura volvía a imperar entre los muchachos ahora que la violencia de la lucha había terminado y Kechaka, el hijo mayor del jefe, contempló a Hwoogh con cierta duda en sus jóvenes ojos.

—Si los mayores se enteran de lo que hemos hecho —murmuró desalentado— nos castigarán por ello. No les gustará que hayamos molestado al viejo Hombre Feo.

Uno de sus compañeros hizo una mueca.

—¿Por qué tienen que enterarse? De cualquier modo no es un hombre, sino un animal ¿no ves el pelo que cubre su cuerpo? Tiremos al Hombre Feo al río, limpiemos la caverna y escondamos estos tesoros. ¿Quién sabrá lo sucedido?

Varios de ellos protestaron, pero sin gran energía, porque el pensar en el castigo que les esperaba añadía valor a la idea. Kechaka asintió por fin en silencio y todos se dedicaron a disimular los destrozos que habían hecho en el interior de la caverna. Con ramas que recogieron por allí cerca, eliminaron las huellas de sus pies, dejando sólo el rastro que conducía al arroyo.

Hwoogh se retorció y luchó en sus brazos cuando cuatro de ellos le levantaron del suelo; las ataduras que le sujetaban se aflojaron algo, pero no lo suficiente para que pudiera soltarse. Con cierta satisfacción, observó que el muchacho a quien había golpeado pasaba por su lado tosiendo y gimiendo violentamente, pero aquello no le ayudaba en nada a zafarse de su presente situación. Los muchachos penetraron en el curso del arroyo con obstinada determinación y luego le dieron un fuerte empujón que le lanzó entre dos aguas hacia el centro de la corriente. Cubierto por la espuma y medio sofocado, luchó contra las rápidas aguas, mientras trataba de romper sus ligaduras. Los pulmones le quemaban por la falta de aire y la corriente le sacudió violentamente; la obscuridad empezó a adueñarse de su cerebro.

Con un último y desesperado esfuerzo Hwoogh consiguió romper las tiras de cuero que le sujetaban y empujó con los pies hacia la superficie, aspirando el aire con ansiedad. Siempre fue desagradable para él encontrarse en medio de las aguas, pero podía nadar, en cierto modo, y ahora se dirigió hacia la orilla con las pocas fuerzas que le restaban. Los muchachos ya daban la vuelta a un recodo del sendero y estuvieron fuera de su vista cuando por fin pudo salir del arroyo, echando de menos el fuego apagado que ahora le hubiese calentado. Se dirigió con paso vacilante hacia la caverna y se dejó caer en la cama de hojas, completamente empapado.

¡Él, que fue un poderoso guerrero, vencido por una jauría de granujas Cro-Magnon! Apretó los puños salvajemente y gruñó con voz sorda, pero nada podía hacer. ¡Nada! La inutilidad de sus esfuerzos le atravesó el cerebro como un cuchillo ardiente. Hwoogh no era más que un viejo y las lágrimas que corrían por sus peludas mejillas eran las amargas y dolorosas lágrimas que sólo puede verter un anciano. Keyoda volvió tarde aquel día y se puso a maldecir en voz chillona cuando vio que el fuego había desaparecido, pero su tono se hizo compasivo cuando le vio encogido en su cama, mirando con ojos apagados a la pared de la caverna. Los ojos de la mujer cayeron sobre las últimas huellas que los muchachos olvidaron borrar y maldijo de nuevo con un vigor que era casi juvenil antes de dirigirse hacia Hwoogh.

—¡Vamos, Peludo, levántate y quítate estas pieles mojadas! —Las manos de ella tenían cierto cariño en su gesto mientras trataban de aflojar los nudos que sujetaban las húmedas pieles, pero Hwoogh la apartó con un gesto—. Te pondrás enfermo, tendido encima de estas pocas hojas mojado como estás. Quítate estas pieles y volveré al pueblo para buscar fuego. ¡Esos malditos chicos! ¡Espera a que se entere Legoda!

Viendo que no había nada que él le permitiera hacer para ayudarle, Keyoda emprendió el regreso hacia el campamento de los Cro-Magnons. Hwoogh se levantó unos momentos para cambiarse las pieles y luego volvió a acostarse. ¿Qué le importaba morir? Gruñó un poco cuando Keyoda volvió con el fuego y encendió de nuevo la hoguera, pero rehusó tocar los trozos de apetitosa carne que ella había mendigado en el campamento y se volvió hacia la pared para caer en un sueño lleno de pesadillas.

Hacía mucho que el Sol había salido cuando se despertó y encontró que Legoda y Keyoda estaban en la caverna, sentados a su lado mientras hablaban en voz baja. Tenía mucho dolor de cabeza y debilidad en todo su cuerpo y tosió sordamente. Legoda le dio unos golpecitos en la espalda.

—Descansa, Peludo. El demonio de la enfermedad que quema la garganta y congestiona la nariz se ha apoderado de ti, pero este es un demonio al que podemos vencer, ¡si hubieras visto como castigamos a los muchachos! Yo, personalmente, me ocupé de este asunto y esta mañana ninguno de ellos se siente mejor que tú. Antes de que vuelvan a molestarte, el Sol será comido por la Luna.

Keyoda le acercó una marmita con un guisado de hígado y riñones hervidos, pero Hwoogh la apartó a un lado. Aunque el dolor de su cabeza parecía haber disminuido, sentía un peso enorme en la boca del estómago y no tenía apetito. Le parecía que todos los muchachos que le habían atacado estaban ahora sentados encima de su pecho y le ahogaban con su peso.

Legoda sacó un pequeño tambor pintado y empezó a hacer poderosa magia para ayudar a Hwoogh a vencer su enfermedad, bailando delante del viejo hombre de Neanderthal y sacudiendo con todas sus fuerzas la calabaza mágica que disipaba todos los dolores. Pero pronto comprendió que el demonio que poseía al viejo

Hwoogh era muy poderoso. Por fin el joven jefe se detuvo y decidió marcharse de nuevo al campamento, mientras Keyoda se sentaba encima de una piedra para vigilar al enfermo. La mente de Hwoogh estaba pesada y llena de sombras y su corazón parecía un trozo de plomo dentro de su pecho. Ella le apartó las moscas de su rostro, cubriendo sus ojos con un trozo de piel curtida, mientras canturreaba a media voz una vieja melodía con la que las madres Cro-Magnons hacían dormir a sus pequeños.

Hwoogh volvió a dormirse, con un sueño agitado por visiones de innumerables Charlatanes que se burlaban de él sin descanso, mientras la fiebre congestionaba su pecho y hacía palpar sordamente sus sienes. Pero cuando Legoda volvió aquella noche, el hechicero juró que estaría sano al cabo de tres días.

—Déjale dormir y dale de comer, oh, Legoda. El demonio de la enfermedad le abandonará pronto. Mira, casi no existe ya la señal donde le golpeó la piedra.

Keyoda le alimentó lo mejor que supo, obligándole a que tragase la carne que mendigaba para él en el campamento de los Cro-Magnons. Trajo agua fresca del arroyo cada vez que él gemía atormentado por la sed y bañó su cabeza y pecho mientras él dormía. Pero los tres días pasaron y Hwoogh no recobró la salud. La fiebre era un poco más alta y el resfriado un poco peor que los que había vencido muchas veces en otras ocasiones. Pero esta vez Hwoogh no parecía vencerlo como debiera.

Legoda volvió de nuevo, trayendo consigo alimentos y su magia, pero tampoco sirvieron de nada. Mientras, las sombras de la noche cayeron delante de la entrada de la caverna, Legoda sacudió la cabeza y habló en voz baja a Keyoda. Hwoogh despertó de su estupor y escuchó tratando de comprender el sentido de sus palabras.

—Está cansado de vivir, Keyoda, hermana de mi padre. —El joven se encogió de hombros—. Mira, está tendido ahí, sin resistirse a la enfermedad. Cuando un hombre no desea vivir, no puede vencer a la muerte.

—¡Ahhh! —Su voz aguda sonó irritada—. ¿Dónde está el hombre que no quiere vivir si puede hacerlo? Eres un tonto, Legoda.

—No. Su raza se cansa fácilmente de la vida, Keyoda. La razón de ello, yo no la conozco. Pero se necesita muy poco para hacerles morir. —Observando que Hwoogh le escuchaba, se acercó al hombre de Neanderthal—. Chokanga, abandona tus pesares y come un poco más de la carne de la vida. Aún puede ser buena para ti, si quieres. He aceptado tu regalo como signo de amistad y mantendré mi palabra. Siéntate al lado de mi hoguera y no vayas más a cazar; yo atenderé a tus necesidades como lo haría con mi propio padre.

Hwoogh gruñó débilmente. Seguir siempre detrás de las tiendas de los nómadas, comer de las presas de Legoda, mientras los demás le miraban como algo extraño, un medio hombre. Legoda era bueno, compasivo y cariñoso en la simpatía que sentía por el viejo, pero los otros se burlarían de él. Y si Hwoogh tenía que morir, ¿quién lloraría su partida? Keyoda le olvidaría pronto y ni un solo Chokanga se hallaría a su lado para enseñarles los ritos funerarios.

Los viejos amigos de Hwoogh habían regresado a su lado en medio de sus sueños, para confortarle y mostrarle los campos de caza de su juventud. Había oído los gruñidos y aullidos de las muchachas de su propia raza y ellas le estaban esperando. Aquel mundo estaba vacío de Charlatanes, un mundo donde un hombre podía aún hacer grandes cosas y matar sus propias presas, sin escuchar la incesante risa de los Cro-Magnons. Hwoogh suspiró suavemente. Se sentía cansado, demasiado cansado para que le importase lo que iba a suceder.

El sol se hundió detrás de la colina y las nubes se tiñeron de vivo color rojo. Keyoda estaba llorando en algún lugar, muy lejana y Legoda seguía golpeando su tambor y murmurando sus invocaciones mágicas. Pero la vida estaba vacía, yerma del fruto del orgullo.

El Sol se escondió debajo del horizonte y Hwoogh suspiró de nuevo, enviando su último aliento a reunirse con los fantasmas de su raza.

UN SOLO AMOR

Cada domingo, en el momento en que el sol tocaba las lejanas colinas, el joven alto llegaba por el sendero procedente de su pesca dominical. Sylva, la hermosa dríada del roble, había vigilado sus idas y venidas durante todo el verano y ahora salió de su árbol y miró con ansiedad por el sendero que conducía hasta el arroyo.

El joven era puntual de nuevo, con su cabeza rizada y anchos hombros recortados sobre la cima de la colina y ella se adelantó hacia él mientras el viejo roble hacía rumorear suavemente sus hojas en el aire tranquilo. Con un gesto de súplica ella levantó sus manos hacia el Este y repitió su usual invocación:

—Diosa madre —rogó—. Haz que pueda ser vista esta vez. He cumplido siempre tus instrucciones, Madre, y mi árbol ha crecido viejo y fuerte bajo mis cuidados. El mortal lo ha visto y ha descansado bajo él y las hojas me dicen que ha encontrado reposo en su presencia. Retira el velo de sus ojos y deja que sea visible para él.

Una suave y susurrante brisa se levantó del Este agitando las hojas verdes del roble y ella se inclinó contra el tronco de su árbol esforzando toda su voluntad para ser vista. Tan concentrada estaba en su deseo que el sonido de los ágiles y firmes pasos se hizo más cercano y se detuvo frente a ella antes de que se diera cuenta de que el joven la miraba.

—Oh, Madre Ishtar —susurró—. Escucha a tu hija Sylva y abre sus ojos a mi presencia.

Pero su súplica ya había sido contestada.

El bronceado joven la contemplaba y sin duda la halló hermosa porque sonrió poniendo más que el usual calor en su saludo.

—Hola. ¿De dónde has salido?

Ella cogió con un gesto su collar de bellotas y un ligero rubor cubrió su rostro.

—Yo... Yo vivo aquí —contestó suavemente—. Durante mucho tiempo he vivido aquí y estuve muy sola. ¿Podrías tú detenerte y hablar un rato conmigo para contarme algo de tu vida? ¿Decirme cuál es tu nombre y adonde vas?

—¡Eh, espera un momento! —Los ojos del joven recorrieron la esbelta y juvenil figura, apreciando las graciosas curvas que se mostraban por encima de la breve línea de su vaporoso vestido y se fijaron en el rostro de ella. Luego, la clara ingenuidad de su sonrisa y la franqueza de su mirada le tranquilizaron y volvió a sonreír.

—Sabes, eres una muchacha extraña. Me iba a casa para cenar, pero creo que a madre no le importará si tardo media hora más. Me llamo Paul Brandon.

—Mi nombre es Sylva —ella se sentó a su lado sobre la hierba al pie del árbol—. No conozco a ningún hombre, pero me gustas: eres muy agradable. ¿Qué es lo que se puede decir a los hombres? Cuéntame algo de ti, Paul.

El la contempló de nuevo lleno de alegría.

—Lo estás haciendo muy bien —contestó—. ¿Te importa que fume? Bien. Pues creo que soy un hombre ordinario, Sylva. ¿Ves aquella pequeña casa allí donde la

carretera entra en el pueblo? Pues allí vivo con mi madre y Pete, mi perro. Cuando mi padre murió tuve que dejar la Universidad para cuidarme de mi madre. En los inviernos vendo cosas en el almacén, en los veranos trabajo en el campo y mi madre se cuida de la pequeña tienda para turistas que tenemos al lado de la carretera. Los domingos los dedico a pescar. ¿Te parece bien?

—¡Uh, uh! —ella dejó caer su cabeza en el hombro de Paul y se volvió para mirarle. El aroma del tabaco y del cuero mezclado con el tranquilizador efluvio de su masculinidad llegaron hasta ella y su pequeña nariz se arrugó saboreando la cercanía del joven. Todo aquello era muy agradable, decidió:

—¿Tu familia está por aquí cerca? —preguntó él—. ¿Qué es lo que haces? ¿Acampáis en el bosque?

—Yo no tengo familia. Sólo vivo en este árbol.

Paul sacudió las cenizas de su pipa.

—¿Eres huérfana, eh? Creo que pasas tiempos difíciles, si es que tienes que dormir en un árbol. Me gustaría que vinieras a casa. Madre puede cederte una habitación. Bien, como quieras. Quizá te pueda traer comida o lo que necesites mañana por la noche.

—No necesito comida —ella agitó sus pies descalzos sobre la hierba con perezoso abandono—. Pero no dejes de venir.

—Un espíritu del bosque —sonrió él. Ella le miró sorprendida y volvió a sonreír con su acostumbrada sonrisa medio pensativa, mientras sólo veía una gentil burla en los ojos del muchacho—. Sólo eres una pequeña niña abandonada que vives en el bosque. Apostaría que has leído «Peter Pan» y «Pulgarcito». De acuerdo, te veré mañana, espíritu.

—Mañana —ella le contempló mientras el muchacho recogía su caña de pescar y agitó su mano en su gesto de despedida mientras él emprendía de nuevo el camino hacia la pequeña casa blanca. Luego, reclinó su espalda contra el tronco del árbol y abrazó sus rodillas alegremente.

Una seca voz interrumpió sus sueños.

—¡Tonta! Has estado jugando con fuego, hermosa Sylva, y te quemarás.

Ella se volvió rápidamente y encontró a Verda, la dríada del pino que la contemplaba con una mirada dura. Verda había vivido en un pino situado en uno de los pueblos de los mortales en cierta ocasión y se consideraba a sí misma como superior a las inocentes dríadas que vivían en el bosque. Inclusive se rumoreaba de que tuvo cierta amistad con un poeta mortal hasta que la gente del pueblo quemó el pino.

Sylva retrocedió ante la burla de su hermana.

—No hice más que hablarle —contestó—. Es tan joven y fuerte que no me pareció como estos horribles mortales que vienen aquí con sus hachas para matar nuestros hogares.

—Y además es muy guapo —se burló Verda—. Te gustaría ser una mortal, ¿no es

cierto? Te gustaría ir allí abajo y vivir en una... en una casa verdadera y tener hijos y cocinar para él. Y contemplar como se hace viejo y su cabello y sus dientes se caen, mientras su piel se arruga como una manzana abandonada demasiado tiempo en el árbol. Deja tranquilo al mortal, Sylva.

—Pero tú... quiero decir, he oído...

—Que yo misma lo he probado una vez. Es cierto —los ojos de Verda eran ahora menos duros y se acercó más a Sylva, dejando una mano en el hombro de su hermana. Cuando volvió a hablar su voz era suave y había en ella un tono de compasión—. Ya sé que es duro, pequeña. Pero debes olvidarlo. Madre Ishtar me aconsejó que le dijera al hombre a quien quería que no era más que una dríada y por fin lo creyó. Después de eso... —Verda se encogió de hombros—. No veas más a ese hombre, Sylva. En ese camino no encontrarás más que miseria y desengaño, arrepentimiento y amargas heridas. Es mejor que te unas con un fauno que con un humano y mejor aún que sigas fiel a tu árbol. Vete a dormir, pequeña, y no pienses en los mortales.

Pero Sylva no la obedeció; quedó sentada con su espalda contra el tronco del árbol mirando a lo lejos hacia el valle, en dirección a una luz que brillaba en la pequeña casa donde él estaba, soñando y deseando, sin saber exactamente qué es lo que deseaba. Finalmente, la luz se apagó y una nube a través de la luna cubrió la casa de su vista. Sylva suspiró de nuevo y entró en su árbol.

Era domingo de nuevo, y aquel día él no fue a pescar. Ahora, mientras el sol se dirigía lentamente hacia su refugio de las colinas en el Oeste, Paul recogió los restos del almuerzo que habían tenido juntos y puso el envoltorio debajo de su cabeza para que le sirviera de almohada, haciendo un gesto a Sylva para que se sentase a su lado. Ella obedeció prestamente y aspiró con agrado la leve nubecilla del humo de su pipa que se deslizaba lentamente hacia ella.

Paul interrumpió el silencio.

—Quisiera que vinieras conmigo y te quedases a vivir con madre. Esta vida en los árboles y comiendo sólo fruta suena a algo romántico, pero no creo que sea una vida adecuada para una muchacha. He pasado un rato difícil cuando madre me hacía preguntas sobre ti, que no pude contestar, y ya sabes que son muchas las cosas que no sé.

Ella se apretó contra su hombro, tratando de alejar de su mente aquella preocupación.

—¿Has hablado a tu madre respecto a mí, Paul? Creo que debe odiarme.

—Estás equivocada. Me dijo que tenía la impresión de que eras en parte una niña y en parte un ángel. Sylva. Si quieres que madre y yo ignoremos tu pasado no te haremos preguntas. En realidad es lo que tú eres lo que nos importa, y madre aceptará mi opinión de ti.

—Tu madre debe ser una persona maravillosa. —Sylva cruzó sus dedos y se

mordió los labios tratando de reunir el valor suficiente para mantener la promesa que había hecho a Verda—. No me creerás cuando oigas lo que voy a decirte, Paul, pero creo que debes conocer la verdad. Yo no soy lo que parezco.

El sonrió.

—No puedo creer que seas otra cosa sino buena y hermosa, espíritu. Ninguna otra cosa me importa mucho.

—Paul —la voz de ella era ahora seria. Sylva lo atrajo hacia sí y escondió el rostro en su hombro—. Pues debe importarte, porque has de comprender que no soy... Bien, yo no soy como tú. Nunca he vivido en una casa; y nunca conocí a ningún humano hasta que te encontré; nunca fui a la escuela ni hice ninguna de las cosas de que tú hablas. No soy más que lo que tú llamas... un espíritu del bosque.

El la miró y levantó su rostro hacia el suyo; luego, viendo que ella deseaba continuar se contuvo para no interrumpirla.

—Yo he crecido aquí, con este roble —continuó Sylva—; toda mi vida lo he cuidado vigilando como las bellotas caen en el otoño, viendo que tuviera agua suficiente, que las hojas estuviesen limpias y que no le ocurriera ningún daño. Toda mi vida se ha centrado en este árbol. Cuando llega el otoño me visto de rojo y castaño, gris en el invierno, verde en primavera y verano. Debes comprenderlo, soy una parte del árbol.

»Nunca tuve padres, Paul, ninguna dríada los tiene. Eso se reserva para los mortales y yo no soy mortal. Ishtar me creó y me dio los deberes que debo cumplir y todo lo que sé nació conmigo. Soy algo que sólo se relata en tus libros de cuentos, algo que no debería ser, de acuerdo con el mundo que tú conoces. Los humanos ya no creen en las dríadas. —Sylva comprendió que había dado un paso decisivo, se abrazó a él mientras su cuerpo temblaba con el esfuerzo de su confesión y ahora esperaba que ocurriesen las terribles cosas que Verda insinuó.

Pero él no hizo más que mantenerla con firmeza y sonrió lentamente.

—Pero tú crees en eso, ¿no es cierto, querida? Entonces yo me reiré de tus ideas. Pero no puedo creerlo. ¿Sabes lo que pienso?

Ella movió su cabeza y Paul continuó:

—Creo que has tenido un accidente alguna vez en otro lugar y la herida te ha dejado sin memoria; nosotros lo llamamos amnesia. Cuando recobraste el conocimiento te encontraste aquí al lado del árbol y tu mente creó la realidad de algún cuento de hadas que recordabas vagamente. Toda esta vida imaginaria tuya puede ser completamente real para ti. Pobre pequeña.

—Pero supongamos que lo que te he dicho es cierto.

—No lo es. Y aún si tales cosas pudieran ser ciertas, ¿qué diferencia tendría ello para nosotros? Tú seguirías siendo la misma. No, Sylva, si es que ello te complace, créelo. —La pipa del joven se había apagado e hizo una pausa para encenderla de nuevo—. Desde luego, debería llevarte a ver a un doctor con la esperanza de que pudiera encontrar la pared que cierra tu mente y hallar ese pasado tuyo que has

perdido. Pero no lo haré.

—Si tuvieras amigos o parientes ya te habrían buscado o acudido a la policía; no podrías haberte alejado mucho en la forma en que vas vestida. Pero tu pasado debe ser tan vacío como tu presente y yo soy lo bastante egoísta para desearte tal como eres. Dejaremos que el pasado se entierre a sí mismo y tendremos la esperanza de que nunca resurja... quizá has tenido un marido que te abandonó o algo parecido.

—No, Paul. —Sylva comprendió lo inútil de tratar de convencerle. En aquel mundo mortal todo tenía su explicación y nada podía existir sin una razón lógica. El mortal de Verda había sido un poeta y los poetas se supone que son más crédulos; Paul era mucho más práctico en sus creencias.

—No —admitió él—. No puedo ver tal cosa en tu pasado. ¿Y crees que debo permitir que sigas viviendo en este árbol? Esperaba que me lo dijeras. Para ser un espíritu tan agradable eres muy obstinada. Le hablaré a madre de tu amnesia de manera que no te hará muchas preguntas cuando vengas a visitarnos el martes.

—A visitaros...

—Uh, uh. Madre cree que ya es hora de conocerte, de manera que me ha dicho que debes venir a comer el próximo martes.

—Pero no puedo hacerlo. —Había un brillo de temor en los ojos de Sylva. Paul decidió no darse cuenta de ello.

—Debes venir. Le diré a madre que estás conforme. — El tono del muchacho llevaba consigo una absoluta finalidad—. Madre no muerde y es una excelente cocinera. Lo cual me hace recordar de que ya es hora de que me vaya a cenar: —Paul recogió sus posesiones y empezó a sacudirse la hierba de su chaqueta de campo.

—¿Volverás mañana?

—Vendré a la hora de costumbre.

Ella contempló su marcha y esta vez había un gesto de dolor en su rostro mientras miraba hacia la pequeña casa blanca a la cual se encaminaba Paul; quizá habría mostrado la misma expresión al contemplar las rejas de una cárcel. Verda, que había llegado a su lado para reprenderla y conocer el resultado de su confesión, hizo una pausa y se alejó de su lado en silencio.

Aquella noche Sylva estuvo despierta mucho tiempo después que la última luz se apagó en la casa donde Paul vivía. Luego, entró en silencio en su árbol sin pronunciar las acostumbradas palabras de despedida que le daba todas las noches. Pero el roble pareció comprenderla, porque las hojas de su espesa copa rumoreaban una suave canción.

Verda se enderezó y contempló su obra con ojo crítico. Sylva era hermosa, no había duda, adornada con aquel vestido que improvisaron a toda prisa y que ahora la cubría en forma más adecuada. Paul había traído los materiales necesarios del pueblo el día anterior y las dos dríadas habían trabajado en el vestido durante casi toda la noche, cosiendo y retocando... trabajo al que estaban poco acostumbradas.

—Puedes pasar —admitió Verda con un gruñido de desaprobación—. Si debes portarte como una tonta, por lo menos puedes hacerlo por completo. Aunque lo que Madre Ishtar pensará cuando se entere de que te marchas del bosque esta noche para ir de visita a casa de unos mortales, es algo en lo que no quiero pensar. Yo nunca he abandonado mi árbol y ella casi rehusó darme otro cuando quemaron el pino en aquel pueblo de humanos.

La respuesta de Sylva llevaba la determinación de una persona obstinada que teme los resultados de su propia acción.

—El quiere que vaya.

—Desde luego, y por lo tanto, tienes que hacerlo. — La sonrisa de Verda era tan seca como su voz—. Las mujeres mortales no echan a correr en cuanto las llama un hombre. Hacen que los hombres trabajen para ellas y luego se ríen a sus espaldas llamándoles tontos y estúpidos. ¿Qué es lo que saldrá de todo esto, Sylva? Vuélvete a tu árbol y ruega para que Madre Ishtar ponga de nuevo el velo sobre sus ojos de modo que no pueda verte más.

Sylva seguía con los ojos fijos en el sendero.

—Está llegando. ¡Oh, Verda, estoy asustada! Suponte que fracaso. ¿Qué sucederá si su madre me odia? Nunca he hecho antes nada parecido y creo que todo saldrá mal, estoy segura que saldrá mal. Y no quiero que él pueda avergonzarse de mí.

—Ten valor, pequeña. No fracasarás. — Verda se retiró en silencio y desapareció en el interior de su árbol. —Si es que no se siente orgulloso de ti— se despidió— arrancaré mi árbol de raíz y se lo arrojaré a la cabeza. — Verda volvía a tener el tono maternal y sus ojos brillaban con un fiero orgullo—. Estoy segura de que les gustarás, Sylva. Eres demasiado buena para los mortales, de todas maneras. Trataré de tener cuidado de tu árbol lo mejor que sepa mientras estés ausente.

Sylva lanzó una furtiva mirada hacia el roble y luego apretó los labios firmemente y se encaminó hacia el sendero para reunirse con Paul. En aquel momento ya se encontraba más lejos de su árbol de lo que nunca había estado y aún se alejó más cuando se encontró con él en el sendero.

—Estoy lista. —Ella tragó saliva para contener el agitado latido de su corazón que no quería someterse a su voluntad.

La sonrisa de Paul estaba llena de alegría.

—Ya lo veo, y estás muy hermosa. Ya he arreglado con madre para que puedas marcharte dentro de una hora, ya que no quieres quedarte con nosotros por más tiempo. Le gustarás mucho a madre.

—Supongamos que no puede verme. Quizás tú eres el único humano que puede hacerlo.

—Pensé que ya estábamos de acuerdo en no preocuparnos más respecto a eso. Aún suponiendo que seas un espíritu: lo que en realidad no eres, cuando ella sepa adónde tiene que mirar y qué es lo que debe ver, serás visible de todas maneras. Las dríadas son invisibles de acuerdo con lo que he podido leer, pero sólo porque la falta,

de fe por nuestra parte hace que lo sean.

Ella asintió en silencio y los dos terminaron el corto camino sin pronunciar palabra. Cuando la pequeña casa blanca se hizo más cercana, los pasos de Sylva se hicieron más lentos y una voz dentro de ella gritaba para que se volviese a su árbol mientras aún tenía tiempo. Pero los dos llegaron a la entrada empedrada, luego a la puerta y Paul saludó a la pequeña mujer con rastros de nieve en su pelo y la sombra de una sonrisa en los ojos.

—Has regresado muy pronto, hijo. Pero donde... —La mujer se pasó la mano por encima de sus ojos y volvió a mirar—. Qué tonta soy. Aquí estás, desde luego, querida. Entrad. Paul, es una muchacha adorable.

—Te presento al espíritu del bosque, madre. —Escondido bajo sus palabras alegres había orgullo en la voz de madre e hijo y parte de su temor abandonó a la pequeña dríada. Vaciló un instante en el dintel de la puerta como si luchara contra una barrera invisible. Luego la mano de Paul encontró la suya y Sylva se halló dentro de la casa en medio de las paredes y las ventanas con cristales que impedían que llegasen hasta ella los límpidos vientos que habían sido sus tutores. El miedo volvió de nuevo y ella se sintió abatida como una flor expuesta al ardiente sol. Sylva se encogió de hombros y todo pasó.

Pete, el perro, dio una vuelta a su alrededor lentamente gruñendo con suavidad. Sylva extendió una mano con timidez para acariciarle; el animal olfateó la blanca mano que le tendía, se tranquilizó y movió la cola alegremente mientras Paul reía.

—Pete también da su aprobación.

—Desde luego —continuó madre—. ¿Por qué no debería hacerlo?

Tomaron el té, acompañado de frutas y pequeñas y sabrosas pastas que Sylva probó con timidez, aunque las halló deliciosas. Hablaron de muchas cosas, aunque bajo sus palabras se podía percibir una serie de barreras invisibles que iban cayendo una a una para ser olvidadas es el acto. Aunque eran mortales, Sylva no encontró en ellos nada que temer, y para la madre de Paul sentía ya amor. La estrechez de la habitación que parecía ahogarla se fue disipando lentamente para dar paso al bienestar que produce el orden de un hogar agradable y acogedor. De todos modos la hora pasó lentamente para ella y se sintió satisfecha cuando sus pies se posaron de nuevo en el sendero que la llevaría hasta su árbol.

—Madre te quiere —dijo Paul satisfecho—, sabía que le gustarías. Me ha dicho antes de marcharnos que sentía como si tú fueses la hija que ha deseado siempre pero que no pudo tener.

—Tu madre es muy agradable. Yo también quisiera ser su hija.

El vaciló sólo la fracción de un segundo.

—Ya sabes que puedes serlo. ¿Te gustaría, querida?

—Quieres decir...

—Sí.

La diferencia que existía entre los dos y que ella casi llegó a olvidar regresó

súbitamente al pensamiento de Sylva.

—Paul, querido, no puedo hacerlo. — Había una escondida opresión en las palabras de ella que él sólo comprendió vagamente—. Tú eres un mortal, yo no. ¡Oh, ya sé que no me crees, pero es la verdad!

—Angel —dijo él suavemente— qué importancia tiene que seas o no lo que tu piensas. Sin duda ya sabes lo que siento por ti. Y he estado esperando mucho tiempo que tú sintieras lo mismo.

—Ya sabes que es así, Paul. Pero los hijos de una unión semejante serían faunos aún más silvestres que yo.

—¿Quieres decir sátiros?... Medio hombres, medio animales. Es curioso, la mitología que he leído no mencionaba nada de esto. —Él apartó el pensamiento de su mente con un gesto—. Bien, entonces no tendremos hijos. Es una casa muy sencilla.

Ahora le tocó a ella expresar su pensamiento con suavidad.

—No, querido, no puede ser. Te ríes de mis palabras, pero en tu interior estás empezando a creer en ellas. Estas cosas nunca pueden resultar bien.

Habían llegado al lado del árbol y él lo miró con cierta duda en sus ojos. Las hojas que habían caído mustias cuando las vio por primera vez desde el sendero ahora volvían a rumorear alegremente bajo el efecto del viento.

—Quizás es cierto que empiezo a creer en todo ello. Pero estas cosas han sucedido antes, en los tiempos de la vieja Grecia. No me contestes ahora, pero piénsalo. Mañana tu respuesta puede ser distinta.

—Es posible. Si me encuentras aquí, yo iré contigo, de otro modo será mejor que no nos veamos más.

Ella dio media vuelta con rapidez y él se apartó lentamente de su lado.

—Verda —llamó ella, arrancándose el traje de sus hombros. Cuando terminaba de desvestirse su hermana se hallaba a su lado.

—Verda, ha sucedido... Esta vez me ha sucedido a mí.

—Lo sé, pequeña. Quizá sabía que todo terminaría de este modo, pero no pude evitar el luchar contra ello. —Los brazos de Verda eran suaves y trataba de consolar a Sylva mientras apretaba la cabeza de la dríada contra su pecho y acariciaba su sedoso cabello—. Las dos hemos nacido con este destino, pero al menos tú has escogido con más acierto que yo. Y ahora es ya demasiado tarde para evitarlo; en estos casos las doncellas mortales son más fuertes que nosotras.

—¿Qué es lo que puedo hacer?

—Vete con él, niña. Con él quizá tendrás algunos granos de felicidad, pero sin él no tendrás ninguno; lo sé muy bien por experiencia. — Los músculos de los brazos de Verda estaban tensos, pero sus manos eran suaves sobre la frente cansada de su hermana—. Pero primero marcha al bosque. Quizás Madre Ishtar se acercará a ti, y algunas veces concede favores. Siempre cobra un precio, ya que los dioses cambian en vez de dar... pero ella es bondadosa.

La luna creciente se levantaba por el Este cuando Sylva salió de entre los árboles para llegar al claro situado en medio del bosque donde los seres fantásticos que lo poblaban se encontraban ya ocupados en sus múltiples tareas. Se dirigió hasta el centro del claro y se sentó al lado de la peña que llevaba grabada una cruz enlazada, marcada por incontables días de viento y agua. No hizo ninguna invocación porque su corazón le decía que su destino descansaba en el capricho de los dioses y no en las palabras que ella pudiera pronunciar.

Sobre el peñasco cabrilleaba un rayo de luna y mientras ella lo contemplaba la temblorosa luz se inmovilizó y se convirtió en un halo refulgente. Una pequeña parte de la niebla nocturna cayó bajo el rayo y lentamente tomó forma mientras los pájaros de los árboles cercanos gorjeaban alegremente. Ante sus ojos la informe niebla se convirtió en la figura de una mujer hecha más allá de los sueños de los hombres con una suave luz que brillaba desde su interior como si proviniera de un lejano planeta. Por encima de ella lucía una diadema de nacarados fulgores y Sylva oyó los leves murmullos de las palomas a gran distancia. La dríada bajó los ojos y cogió, tímidamente, el borde de la translúcida túnica que vestía a la figura.

La voz que escuchó era suave y lenta pero llena de fuerza en su infinita compasión y sus palabras penetraron con un impacto poderoso en su cerebro.

—No, hija mía, espera. Todavía hay otro que debe llegar esta noche. —Ishtar volvió su cabeza a las sombras espesas que ocultaban los bordes del claro y su voz suave y baja pareció extenderse por toda la extensión del bosquecillo alfombrado de hierba—. Ven a nuestro lado Pan, Padre de todos los dioses.

Esta vez las sombras tomaron substancia y la luz de la luna cayó en otra figura que atravesó bailando la hierba hacia la diosa con un ritmo selvático y majestuoso. Pan era caproide al mismo tiempo que antropomorfo y su figura parecía amoldarse a los caprichos del viento. Pero la selva pareció oscilar ante su paso y los árboles del bosquecillo se inclinaron y agitaron sus ramas con el sonido de una enorme y poderosa flauta. Con un salto final se colocó al lado de Ishtar mirando con imperio desde sus ojos rojos a la tímida figura de Sylva.

—Madre de la Luna, me has llamado y aquí estoy. Ordena a nuestra doncella e hija que se levante para presentarse a nosotros.

Sylva se levantó a un gesto de la diosa e Ishtar empezó.

—Sylva, pequeña dríada, has venido ante los dioses con el corazón confuso y vemos en él la imagen de uno que no es igual a nosotros. Y comprendemos que deseas que te concedamos un favor.

Sylva hizo una genuflexión.

—No tengo duda de que los dioses conocen mi pensamiento. ¡Oh, Madre, dame un alma y deja que me convierta en mortal!

La retumbante voz de Pan le contestó:

—En cuanto al alma, esto está más allá del poder de los dioses. Cada uno debe

creer y moldear su propia alma y nunca termina esa tarea.

—Es cierto. —Ishtar inclinó su cabeza ligeramente—. En cuanto seas mortal encontrarás que la semilla del alma está en tu interior. Crecerá de tus pensamientos y se formará gracias a las risas y a los desprecios de los demás. En lo que respecta a tu segundo deseo tiene un precio que debes pagar.

—Lo sé, Madre. Concédeme esa gracia y déjame que pague por ella.

La madre de las dríadas movió su cabeza lentamente.

—Uno que está por encima de nosotros exige ese precio y sólo el puede revelarlo; es aquel a quien tú conoces como el Tiempo. Pero su precio es tan grande como el favor que pides y quizá aún más. Recuerda Sylva que, seas dríada o mortal, el aliento de Pan era sobre ti cuando yo te formé hace ya mucho mucho tiempo. Y aquel a quien Pan ha dado su aliento será siempre una de las criaturas selváticas del bosque... Sin embargo, si ello es tu verdadero y profundo deseo, más allá de todo lo que hasta ahora has conocido y abandonándolo todo por ello, entonces nosotros te concederemos esa gracia.

Sylva habló con decisión.

—Así es mi deseo, Madre.

El cetro luminoso de Ishtar se extendió hacia delante y algo sutil y delicado flotó de él para trasladarse hacia la dríada y desaparecer en su interior; el largo brazo de Pan se extendió hasta el cuello de la doncella y un pequeño amuleto verde apareció en su mano. Pan volvió a hablar de nuevo, mientras su rostro de viejo macho cabrío sonreía con una extraña ternura.

—Aquello que era nuestro ha vuelto a nuestro seno. Envíala para que viva entre los mortales y busque el alma que desea.

Sylva hizo una profunda inclinación y se retiró en silencio. Pero mientras marchaba entre los árboles pudo aún oír sus palabras, pronunciadas por la poderosa voz de Pan.

—Madre de la Luna, nuestra pequeña es débil y el deseo que le hemos concedido es muy pesado. Luego oyó la contestación de Ishtar.

—Sí, Pan. Sin embargo, ella es como su árbol, el roble, fuerte y con raíces profundas ante la tormenta. Quizá el precio de nuestro favor no es más grande que lo que ella puede soportar. —Luego escuchó el lejano murmullo de las palomas y los sonidos de la danza pagana que se perdieron en la distancia cuando Sylva se encontró debajo de su árbol.

Pero, ahora, las hojas parecían mustias y su presencia no parecía reanimar la fuerza vital de su árbol. Ella ya era mortal. El viento que soplaba a su lado ya no era acariciador y el roble no formaba el hogar que la había cobijado siempre. Sylva miró hacia la pequeña casa del pueblo y suspiró profundamente mientras contemplaba como las luces se apagaban una a una.

El sol no había aún acabado de alzarse detrás de las colinas cuando Paul la

encontró a la mañana siguiente de pie reclinada en el tronco del árbol. Él se detuvo para mirarla con ansiedad y rió ante los temores que le habían atormentado pensando que ella no fuese humana. No había duda de que era una muchacha de carne y hueso y por el acto de su presencia ante él le prometía incontables días de felicidad. Se acercó corriendo hacia ella con un grito de alegría en sus labios.

Ella le contuvo con un gesto.

—Sí, Paul, ya he escogido. Pero no hablemos de eso ahora. Podremos hablar más tarde en tu... nuestra casa.

Ante el gesto de asentimiento de Paul, ella se acercó en silencio al roble y lo abrazó con ternura; un leve murmullo sonó entre las ramas del árbol y ella besó por última vez la arrugada corteza acariciando el tronco con sus manos y por último le dio la espalda con resolución. Luego extendió su mano hacia Paul y los dos juntos emprendieron el camino hacia el pueblo.

—Le he dicho a madre que te espere —dijo él—. El sacerdote está dispuesto y unos pocos amigos. He pensado que preferirías una ceremonia tranquila y discreta en nuestro propio hogar y madre se ha mostrado conforme.

Sylva sonrió brevemente.

—Estabas seguro de mi respuesta, ¿no es cierto? Estoy satisfecha. Y sin embargo en muchas cosas soy muy ignorante de vuestra manera de pensar. Quizá mi respuesta estaba equivocada. Pero trataré con todas mis fuerzas de hacerte feliz. Él le apretó la mano ligeramente. —No hay duda de que has estado acertada, querido espíritu del bosque.

Ella deseó, por un momento, volverse para mirar hacia lo que dejaba atrás. Pero sabía que allí sólo quedaba el pasado y que delante de ella se extendía el futuro. Delante de ella estaba la casa blanca con su limpio patio y más allá el huerto donde Paul trabajaba. Más abajo, estaba la tienda, al lado de la carretera, donde ella ayudaría a madre a vender sus frutas y conservas durante el verano... el próximo verano.

Y después de aquello quizás habría muchachos para que trabajaran en el huerto con Paul y niñas para que llegaran corriendo hasta ella y hasta madre con sus pequeños problemas. Quizá más lejos en el tiempo, una vejez tranquila y luego una muerte segura. Ella no había pensado en la muerte cuando pidió la condición humana, y sin embargo no se lamentaba de ello. Como una de las criaturas del bosque había visto a la muerte muchas veces y sabía que podía ser más compasiva que cruel. El sendero conducía por lentas revueltas hacia la casa y sus pasos se hicieron más lentos a medida que iban llegando a su destino. Paul había comprendido su estado de ánimo y se mantenía en silencio a su lado, aunque sus deseos eran de gritar de alegría y correr hacia el futuro.

Por fin llegaron a la verja y ella se detuvo contemplando la casa. De nuevo la sensación de encontrarse aislada del viento y de la lluvia la oprimieron y sólo vio las paredes que la separarían del mundo que había conocido. Sólo habría mortales en la

vida que le esperaba, humanos cuya imaginación, como los habitantes de aquella casa, estaba guardada por paredes firmemente construidas que no permitían el paso de un solo hálito de fantasía que llegara de más allá de sus pequeños y estrechos mundos.

Y ella tendría que mezclarse con ellos, convertirse en uno más de los mortales... en realidad ya lo había hecho. Tendría que reprimir sus pensamientos y volverse hacia los nuevos dioses que ellos seguían, porque Ishtar y Pan con Verda y su propio roble, ahora quedaban muy lejos detrás de ella. La voz de Paul interrumpió sus pensamientos:

—Espíritu del bosque, ¿estás segura de que me quieres?, ¿completamente segura?

Ella se volvió entonces hacia el bosquecillo de la ladera. Allá arriba, al lado del árbol que había formado toda su vida vio por última vez la forma de Verda que la miraba y su hermana agitaba una mano en un gesto de despedida. Luego sus ojos distinguieron dos formas cerca del árbol, suspendidas a corta distancia del suelo. Pan estaba allí, por aquella vez, inmóvil, contemplándola, y a su lado estaba Ishtar. En un gesto de bendición la cruz ansata en la mano de la diosa se extendió y luego desapareció. Y, mientras Sylva miraba, las figuras de Pan y de la Madre de las dríadas desaparecieron lentamente y también Verda se fue fundiendo en la claridad del bosque. Luego sólo quedó el árbol agonizante, de pie y abandonado, sus hojas mustias y caídas. Y en su mente la fría voz de Ishtar pareció susurrar débilmente:

—Existe un precio.

Sylva comprendió por fin cuál era el precio y supo que era un precio que sólo una criatura del bosque podía pagar. Pero su voz no tembló ni su mano se agitó en la de Paul y Sylva se volvió hacia la casa con una pequeña sonrisa mientras contestaba a la pregunta de su amado.

—Sí, querido, completamente segura. Más segura de lo que tú nunca comprenderás.

CALDERERO

Bajo los rayos oblicuos del sol matinal, la pequeña figura que caminaba a lo largo del sendero parecía algo fuera de lugar, tan cerca de aquellos valles de los bajos Adirondacks. Sus escasos tres pies de alzada estaban cubiertos por una blusa larga bastante remendada hecha de cuero castaño que le caía hasta las rodillas, y cubría su cabeza con un gorro rojizo de alas vueltas hacia arriba y provisto de una copa alta y puntiaguda. Llevaba los pies calzados con polvorientos mocasines de puntas retorcidas hacia arriba y atados en los tobillos por cortas tiras de cuero y en la punta de cada mocasín una pequeña campanilla de cobre tintineaba alegremente mientras andaba.

Elowan Coppersmith avanzaba lentamente bajo el peso del saco que llevaba a la espalda mientras pasaba una gordezuela y curtida mano por su barba, tarareando una cancioncilla con el mismo ritmo de sus alegres campanillas. Era aún muy temprano y un día entero se extendía delante de él en el cual esperaba trabajar mucho. Después del largo descanso, allá en las montañas, donde su raza seguía en el sueño de los siglos, el poder trabajar era una perspectiva que alegraba su corazón.

El sendero tocaba a su fin en un lugar en que se unía con una recta y cuidada carretera de cemento y el gnomo puso el saco en el suelo mientras estudiaba con atención el letrero indicador del camino. Poco pudo entender de los signos que anunciaban el número cabalístico 30, pero la flecha pintada indicaba que el pueblo de Wells quedaba a una media milla de distancia. Aquel debía ser el pueblo que había visto desde el sendero, un pequeño pueblo de aspecto muy agradable, juzgó Elowan, y sin duda bastante próspero. No le cabía duda que hallaría mucho trabajo en aquel lugar.

Pero, en primer lugar, las cerezas que recogió en los campos le refrescarían su sedienta garganta después de la larga caminata. Sus bondadosos ojos castaños brillaron de alegría mientras las extraía de su saco y se sentaba en el suelo apoyando la espalda contra el letrero indicador. Estaba seguro de que aquellas pocas cerezas que encontró ya tan tarde en la época del año eran un signo de la buena suerte que le esperaba. El gnomo se las puso en la boca y comió lentamente, saboreando con aprecio su silvestre dulzura.

Cuando hubo terminado, volvió a meter la mano en su saco y sacó un puñado de delgados trozos de madera que lanzó al suelo con un ademán y contempló largo rato.

—Cien años durmiendo —murmuró—. Eh, bien, aunque los palillos predican el futuro con poca exactitud, rara vez se equivocan respecto al pasado. No hay duda que he dormido cien años.

Guardó los trocitos de madera en su saco y volvió la cabeza hacia un ruido creciente que se acercaba a lo lejos en la carretera. El origen de aquel sonido parecía ser un vehículo largo y de esbelta figura que llegaba a toda velocidad por el camino de cemento y pasó por delante de él con tal rapidez que el gnomo sólo tuvo tiempo de

vislumbrar los hombres que iban en su interior.

«¡Esos hombres!» —Ellowan recogió su saco y volviendo a echárselo a la espalda emprendió de nuevo el camino hacia el pueblo, mientras agitaba la cabeza meditabundo.

«Ya veo que ahora tienen máquinas dentro de sus coches y, no hay duda que deben ser raras máquinas, a juzgar por el olor que despiden. Hasta el aire del camino real debe estar contaminado con el maloliente olor de esos motores. Dentro de poco los hombres volarán por los aires. Empiezo a creer que será mejor que me dirija al pueblo a través de los campos».

Ellowan sacó su pipa de barro y chupó la corta caña, pero el aroma se había secado mientras duró su largo sueño, y el tabaco que llevaba en una pequeña bolsa estaba ennegrecido y convertido en polvo. Bien, encontraría más tabaco en el pueblo, y monedas suficientes para comprarlo. Volvía a tararear la cancioncilla mientras se acercaba a la pequeña villa y estudiaba el grupo de casas que se extendía ante sus ojos, entre las cuales la gente del lugar empezaba a dedicarse a sus habituales quehaceres. Sería lo mejor ir de casa en casa en vez de molestarlos gritando su oferta de servicios desde la plaza. Con una sonrisa expectante en su viejo y arrugado rostro, Ellowan golpeó suavemente en la primera puerta que encontró y esperó la contestación.

—¿Qué es lo que quiere? —La mujer que apareció en el dintel se echó hacia atrás su áspero cabello con una mano mientras mantenía fuertemente agarrada la puerta con la otra, y sus ojos tenían un duro destello cuando percibieron el saco que llevaba el gnomo.

—No quiero comprar revistas. ¡Está perdiendo su tiempo, amigo!

De la cocina de la casa y a través de la entreabierta puerta llegó el nauseabundo olor de huevos quemados, y la puerta se cerró en sus narices antes de que Ellowan pudiera manifestar sus deseos. Eh, bien, una ciudad que no tuviera una avinagrada mujer era como una ciudad que no tuviese casas. Un mal principio y quizás un buen final. Pero nadie contestó a su segunda llamada, y en su tercera visita, Ellowan no tuvo otra respuesta que unas narices apretadas contra el cristal de la ventana que le contemplaban fríamente.

Una mujer joven apareció en la siguiente puerta, contemplándole con curiosidad, pero respondiendo a su sonrisa.

—Buenos días —dijo la muchacha dudosa, y las esperanzas del gnomo subieron varios grados.

—Y muy buenos días para usted, señora. ¿No tendría potes para remendar, cazuelas u otras cosas que deban ser reparadas? —Ellowan sintió una agradable sensación al poder repetir de nuevo aquellas antiguas palabras—. Soy un calderero muy bueno, no creo que encuentre otro mejor que yo, señora. Sus potes de cocina quedarán como nuevos, y quizá mejor que nuevos gracias a los buenos materiales que tengo y que llevo conmigo dentro de este saco.

—Lo siento mucho, pero no tengo nada para reparar; me he casado sólo hace unas pocas semanas. —La joven mujer sonrió de nuevo, vacilante—. Pero, si es que tiene hambre... bien, generalmente no damos nada a los hombres que llegan a nuestra puerta, pero creo que en esta ocasión haré una excepción a nuestra regla.

—No, señora, pero muchas gracias de todos modos. No deseo otra cosa sino trabajo honesto. —Elowan volvió a levantar el pesado saco y marchó de nuevo por el camino. La muchacha dio media vuelta para entrar de nuevo en su casa, lanzándole una mirada con una sensación de pesar por no tener trabajo que ofrecer al extraño hombrecillo. Llevada de un impulso repentino, lo llamó de nuevo.

—¡Espere! —A su llamada, él se volvió hacia la puerta—. Acabo de recordar —dijo ella— que quizá mi madre tenga algo para usted. Vive en esta misma calle, más abajo, la quinta casa a la derecha. Se llama señora Franklin.

El rostro de Elowan se arrugó en una agradecida sonrisa.

—De nuevo le doy las gracias, señora, y le deseo muy buena suerte.

De manera que su propia ventura había cambiado de nuevo. Una vez que su habilidad de calderero fuese conocida, no tendría falta de trabajo. Unas monedas por este lado y otras monedas por otro lado, que llegarían a su bolsa de las muchas cazuelas que remendaría; con el soldador y el estaño y su rara habilidad para el trabajo, podría ganar muchas monedas.

Elowan seguía tarareando mientras entraba en el caminito que conducía hasta la casa donde halló a la señora Franklin colgando unas toallas húmedas ante el porche trasero de su hogar. Era una mujer de apariencia robusta, con la expresión de perpetua fatiga que se hace habitual en algunos casos, pero su sonrisa era tan bondadosa como la de su hija cuando vio al gnomo por primera vez.

—¿Es usted el hombrecillo que mi hija me ha anunciado que desea reparar cosas? —preguntó—. Susan me ha telefoneado que vendría, parece que le fue muy simpático. Bien, acérquese al porche y le traeré lo que quiero que repare. Espero que sus precios no serán demasiado altos.

—Señora, estoy seguro de que le parecerán razonables. —Elowan se sentó en un taburete de tres patas que sacó de su saco y extrajo una pequeña mesita mientras ella marchó al interior de su casa a buscar los artículos que necesitaban reparación. Cuando volvió traía consigo varios cachivaches, una sartén, tres cacerolas, un barreño grande de cobre, diversos artículos de los que se encuentran en todas las cocinas; suficiente todo ello para mantenerle ocupado hasta el mediodía.

La señora Franklin colocó todo aquello a su lado.

—Bien, esto es todo lo que tengo. Tenía la intención de tirarlo casi todo, ya que nadie en este pueblo puede arreglarlo, pero siempre me pareció una lástima tirar un buen, utensilio sólo porque tenía algún pequeño agujero. Llámeme cuando haya terminado.

Elowan asintió vigorosamente y volvió a meter la mano en su saco que parecía

no tener fondo. De él salieron sus maravillosas pastas que podían limpiar el herrumbre más grueso en un abrir y cerrar de ojos, el pulimento que ni siquiera la grasa más dura ni el más viejo hollín podían resistir, las barras de material para soldar que se convertían en uno solo con el metal de tal modo que ni el ojo más agudo podía encontrar ninguna diferencia; y por fin salieron las pequeñas y brillantes herramientas con las que podía unir y reparar el desperfecto hasta que el utensilio en cuestión pareciese nuevo. Por último extrajo un pequeño yunque y un diminuto brasero cuyos carbones empezaron a arder tan pronto como lo colocó en el suelo. No tenía fuelle ni sopló sobre ellos, pero a pesar de todo, los carbones, en el centro del brasero, brillaron alegremente con un color rojo vivo.

El pequeño gnomo cogió primero el barreño de cobre, tan abollado que la unión en su base se había abierto en muchos sitios. Unos cuantos y ligeros golpes sobre el yunque lo enderezaron haciéndole recobrar su forma y lisura original. Ellowan extendió luego el pulimento, sopló sobre él con fuerza y contempló como la porquería y el polvo desaparecieron; luego aplicó su soldadura, y extendió con cuidado el material con un soldador caliente, riendo para sí mientras hacía que las uniones del barreño volviesen a ser de nuevo completamente impermeables. Cuando dejó a un lado el grueso barreño no se podía leer ningún signo de que aquel recipiente no acabase de salir de alguna tienda o no fuese recién terminado por su fabricante.

La sartén estaba hecha de un material brillante, excepto por un círculo castaño en el fondo y toda ella brillaba con un lustre plateado. Ellowan pensó que algún artesano mágico debió construirla, y que tendría que utilizar toda su habilidad para asegurarse que el encantamiento que hizo a la sartén tan brillante no perdiera su eficacia. Pasó unas cuantas gotas de pulimento con mucho cuidado y frotó con vigor, luego inspeccionó el mango que estaba flojo, y aplicó de nuevo su material de soldadura, eliminando con un trapo el pequeño exceso que quedó.

Con exquisito cuidado pasó el soldador caliente por encima del material y empezó a unir el metal contra el mango.

Pero allí había algo que no funcionaba bien. En vez de unirse firmemente a la sartén, el material empezó a correr por los lados en pequeñas gotitas. Lo poco que quedó unido a la sartén estaba suelto y rehusaba con obstinación adherirse a su metal. Con el ceño arrugado y lleno de confusión, Ellowan olió sus materiales y trató de nuevo de realizar la acostumbrada operación; no podía encontrar nada de extraño en su soldadura o en sus herramientas, pero seguían obstinadas en no darle los resultados de costumbre. Murmuró suavemente mientras dejaba la sartén al lado y alcanzaba una cazuela con un diminuto agujero en un costado.

La señora Franklin lo encontró sentado en el mismo lugar, largo rato después, sus herramientas cuidadosamente alineadas delante de él, las cazuelas y potes colocados a su lado, y el brasero ardiendo alegremente.

—¿Todo terminado? —preguntó ella con animación—. Le he traído una taza de café y un trozo de tarta que acabo de sacar del horno; pensé que sin duda le gustaría.

—Mientras hablaba colocó el alimento al lado del gnomo y lanzó una mirada hacia la pila de los utensilios. Sólo el gran barreño estaba reparado.

—¿Qué ha sucedido...? —preguntó ella con tono seco, pero inmediatamente su tono se hizo más compasivo cuando se dio cuenta de la confusa expresión que ostentaba Ellowan en su rostro—. ¿Pensé que había dicho que podía repararlo?

Ellowan asintió lentamente y en silencio.

—Así fue, señora, y es lo que he tratado de hacer. Pero mi soldadura y mis herramientas se obstinan en rechazar cualquier cosa que no sea el cobre, y no hay nada que lo pueda hacer. Pienso que estos utensilios deben estar contruidos con metales maravillosos, o mi arte ha sufrido un fuerte encantamiento.

—No creo que haya nada de muy maravilloso en el aluminio y en el hierro esmaltado... ni tampoco en el acero inoxidable, excepto los exorbitantes precios que nos cobran por ellos. —La mujer recogió el barreño de cobre e inspeccionó el trabajo realizado.

—Bien, no hay duda que ha hecho aquí un buen trabajo, y consuélase al pensar que no es el único que no puede soldar el aluminio. De modo que, anímese. Y cómase esta tarta antes de que se enfríe.

—Muchas gracias, señora. —El apetitoso aroma de la tarta había llegado hasta su olfato, pero Ellowan esperó hasta estar seguro de que la mujer se lo ofrecía con toda buena voluntad.

—Siento mucho el haberla hecho perder su tiempo, pero hace mucho, muchísimo tiempo, que trabajé en mi oficio por última vez, y todos estos materiales son nuevos para mí.

La señora Franklin asintió con simpatía y pensó que el pobre hombrecillo debió estar todo este tiempo viviendo con un hija o quizá trabajando en algún circo; era bastante bajo para ello y su traje tenía cierta apariencia teatral. Bien, los tiempos eran difíciles para mucha gente.

—No me ha molestado, se lo aseguro. Además necesitaba este barreño para hacer la colada mañana, de manera que me ha sido muy útil el que usted lo reparase. ¿Qué le debo por su trabajo?

—Dos peniques y medio —dijo Ellowan estirando la mano para coger la tarta. La mirada con que ella le respondió era vacilante y el gnomo volvió a repetir sus palabras rápidamente.

—Cinco peniques americanos, señora.

—¡Cinco centavos! ¡Pero si vale diez veces más!

—No es más que un precio honesto por el trabajo que he hecho, señora. —Ellowan ya estaba volviendo a colocar sus herramientas y materiales en su saco y continuó Esto es todo lo que puedo cobrarle por el pequeño trabajo que he tenido el placer de hacerle.

—Bien... —Ella se encogió de hombros— de acuerdo, si esto es todo lo que quiere cobrar, aquí lo tiene. —La moneda que ella le entregó le pareció extraña, pero

eso era algo que ya esperaba. Ellowan se la metió en el bolsillo con una rápida sonrisa y con otro ¡Muchas gracias! Salió en busca de una tienda en la que se había fijado antes.

El almacén lo confundió al principio, por la gran variedad de artículos que contenía, pero Ellowan observó que tenían en el escaparate tabaco y cigarros, y entró sin vacilar. Ahora que había satisfecho su hambre con la tarta, el tabaco era una necesidad más acuciante que el alimento.

—Dos peniques de tabaco, por favor —dijo al dependiente, tendiéndole la pequeña bolsa de cuero que llevaba.

—¿Está loco? —El dependiente no era más que un muchacho, y estaba más interesado en ponerse brillantina en el pelo que en atender a los clientes que pudieran entrar en su tienda—. Lo más barato que puedo darle es un paquete de mezcla y eso le costará cinco centavos al contado.

Ellowan contempló como su única riqueza se desvanecía al otro lado del mostrador y pensó que el tabaco era verdaderamente un lujo a tal precio. Recogió el pequeño saquito de tela y el librillo de cartón doblado que el muchacho le tendía.

—¿Qué es esto? —preguntó, examinando el librillo de cartón.

—Fósforos.

El muchacho sonrió con un aire de superioridad.

—¿Dónde ha pasado toda su vida? Bueno, le mostraré, se hace de esta forma... ¿lo ve? Claro está que si no los quiere...

—Muchas gracias. —El gnomo se metió la cajita de fósforos en el bolsillo con rapidez y se apresuró a ganar la calle, muy complacido con su compra. Una maravilla como aquellos fósforos no había duda de que valían mucho más que el precio que había pagado por el tabaco. Llenó su pipa de barro y frotó uno de ellos con curiosidad, reprimiendo una sonrisa cuando se encendió. Cuando acercó la llama a la cazoleta de su pipa, se dio cuenta de que el tabaco también debía de estar imbuido con ciertos poderes mágicos, ya que de otro modo no era posible de que poseyera una aroma tan suave y satisfactorio. A duras penas sentía su sabor en la lengua.

Pero no debía perder tiempo en dedicarse a admirar sus nuevos tesoros. Sin trabajo no tendría comida y aún debía preocuparse por su cena. Aquellas cazuelas de aluminio y de metal esmaltado seguían aún en el fondo de su mente, recordándole que los materiales de cobre podían ser bastante difíciles de conseguir. Y además, la señora Franklin había mencionado el acero inoxidable y Ellowan sabía que sólo un brujo muy poderoso podía impedir que el hierro se oxidase; quizás el esposo de aquella mujer era un sabio hechicero muy hábil en encantamientos, y entonces, posiblemente, el resto del pueblo, sólo dispondría de utensilios de cobre y de peltre. El gnomo se encogió de hombros con un optimismo que no sentía y marchó a lo largo de la calle hacia las otras casas, observando al pasar los precios marcados en el escaparate de otra tienda. Eh, aquella mujer tenía razón; tendría que cobrar más por sus servicios para poder comer a tales precios.

La carretera estaba llena con los extraños coches animados por las máquinas de su interior y Ellowan no se apartó de la acera lleno de precaución. Pero el maloliente humo que salía de sus escapes y el polvo que agitaban hirieron con desagradable fuerza su olfato. El gnomo cambió el saco de su hombro izquierdo al derecho y continuó su camino con determinación, pero ahora aquella canción había abandonado sus labios, y las pequeñas campanillas no querían tintinear mientras caminaba.

El sol se había escondido ya detrás de las montañas y el cielo se iba haciendo oscuro, mientras el día se acercaba lentamente a su fin. Su última visita sería para la casa delante de él, un poco más allá en la carretera, en la que empezaban a encenderse las luces y aún tenía que andar unos minutos para llegar hasta ella. Ellowan se apretó un poco más su cinturón y caminó decidido hacia la entrada, mientras murmuraba en voz baja.

—¡Aluminio, metal esmaltado, acero INOXIDABLE!

Una interminable procesión de cazuelas verdes, potes rojos y vasijas marfileñas pasó delante de sus ojos, y en todas partes distinguió entre sus pensamientos el brillo burlón de las sartenes plateadas y de las cazuelas de metal blanco. Hasta los mangos que tenían esos nuevos utensilios ya no eran más del antiguo y honrado abeto, sino que olían a algo extraño y resinoso.

No había podido encontrar ni una sola cazuela en todo el pueblo, fabricada con el material que él podía reparar. Las hacendosas mujeres habían aparecido en todas partes para mirarle, contestar a sus sonrisas, y traerle los utensilios que deseaban reparar con un gesto de vacilación, como si no estuvieran acostumbradas a hacer que los hombres trabajasen a su puerta de ese modo. En sus palabras había más de lástima que de un verdadero deseo de hacer reparar sus vasijas.

—No, señora, sólo cobre. Esos nuevos metales rechazan mi soldadura y no los puedo arreglar.

Una y otra vez se vio obligado a repetir estas palabras hasta que se hicieron tan sordas y pesadas como sus llamadas en las incontables puertas, y siempre, siempre, no había cobre. Casi aceptaba agradecido cuando alguna puerta no respondía a su llamada.

Se sintió satisfecho de dejar el pueblo y volverse al camino que atravesaba los campos, aunque allí las casas estaban mucho más espaciadas. Pensó que entre los labradores, los antiguos métodos todavía serían usados. Pero los resultados que obtuvo fueron los mismos, todos le recibieron con agrado y le trajeron sus utensilios de cocina con menos vacilación que lo hicieron los del pueblo... pero todos ellos eran de metal esmaltado, aluminio, y acero inoxidable.

Ellowan sacó su pipa del bolsillo y se sentó en el suelo para descansar, observando en un letrero indicador que aún tenía ocho millas entre él y el pueblo siguiente llamado Northville. Midió el tabaco que ponía en la cazoleta con cuidado, y vaciló antes de usar uno de aquellos maravillosos fósforos, Luego, mientras lo encendía, contempló la llama pensativo y tiró el fósforo consumido a un lado con un

gesto distraído. Hasta el tabaco le parecía ahora falto de sabor, y el vacío que sentía en su estómago se obstinaba en no ser engañado por el humo, aunque el fumar le ayudó a apartar de su mente todos sus problemas. Bien, siempre le quedaba aquella última casa para visitar, donde era posible que la Diosa Fortuna le sonriera y pudiera ganarse la cena de aquella noche. Se echó el saco al hombro con un gemido y continuó su camino.

Un enorme perro de pastor alemán, salió saltando ágilmente hacia el gnomo cuando éste entró por la puerta de la cerca en dirección a la casa de campo. El ladrido del perro era ronco y amenazador, pero Ellowan hizo unos chasquidos suaves con la lengua y el animal se tranquilizó, empezando a andar a su lado hacia la casa agitando la cola alegremente. El labrador que estaba en la puerta de su casa contempló la escena y sonrió.

—Parece que le ha caído simpático a Prinz —le saludó—. No acostumbra a hacerse amigo tan pronto de cualquiera. ¿Qué puedo hacer por usted, muchacho? —Luego Ellowan se acercó más, y el labrador le miró con un gesto de sorpresa.

—Perdón... me he equivocado. Por un instante pensé que era un muchacho.

—Soy calderero, señor, reparo cualquier cosa —el gnomo palmoteó la cabeza del perro y miró a los ojos del labrador con una mirada de ansiedad—. ¿No tendrá potes o cazuelas de cobre, o utensilios de cualquier clase que desee reparar? Puedo hacer muy buen trabajo con el cobre, señor, y me sentiré satisfecho de trabajar sólo por la cena.

El labrador abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrase.

—Entre y veremos lo que puedo hacer por usted. No creo que tengamos nada de lo que dice, pero mi mujer lo sabrá mejor que yo. —Luego levantó la voz y llamó:

—¡Eh, Louisa!, ¿dónde estás? ¿En la cocina?

—Estoy aquí, Henry.

La voz llegaba de la cocina y Ellowan siguió al hombre, mientras el perro frotaba su morro contra su mano con un gesto de amistad. La mujer estaba lavando los últimos platos de la cena y arreglando ya la cocina cuando los dos hombres entraron, y la vista de la comida despertó el hambre que el gnomo había podido reprimir hasta entonces.

—Este amigo dice que sabe mucho de reparar cosas de cobre, Louisa —dijo Henry a su esposa—. ¿Tienes algo de eso para él?

El hombre se inclinó cerca de la oreja de su esposa y le dijo algo en voz baja, aunque Ellowan pudo percibir sus palabras.

—Si tienes algo de cobre, creo que necesita trabajar, Lou. Parece un enanito simpático y Prinz le ha tomado mucho afecto.

Louisa movió la cabeza lentamente.

—Tenía un par de viejas cazuelas de cobre, pero las tiré cuando compramos la nueva batería de cocina de aluminio. Pero si tiene hambre, aún nos queda mucha comida de la cena. ¿Quiere sentarse mientras le sirvo un plato?

Elowan miró con ansiedad a los restos de la cena y su boca se llenó de agua, pero consiguió sonreír, y al pronunciar sus palabras lo hizo con mucha obstinación.

—Muchas gracias, señora, pero no puedo. Una de las reglas por las que se gobierna mi vida, es de que no debo mendigar ni aceptar nada que no pueda ganar con mi trabajo. Pero les agradezco mucho a los dos su buena intención y les deseo muy buenas noches.

El matrimonio le siguió hasta la puerta y el perro trotó alegremente detrás de él hasta que el silbido de su dueño lo hizo regresar. El gnomo se encontró solo de nuevo en la carretera, buscando ahora un lugar donde dormir. A un lado de la carretera había un pajar que, sin duda, le serviría de excelente cama, y se dirigió hacia allí. Bien, la paja no era muy alimenticia, pero el masticarla era mejor que nada.

Elowan se despertó con los primeros rayos del sol, sacudiéndose el polvo de su larga blusa. A guisa de experimento volvió a tirar los palillos mágicos al suelo y los estudió durante unos minutos.

«Eh, bueno —murmuró volviéndolos a colocar en el saco—, los palillos me ofrecen esperanzas, pero tengo poca fe en ellos para el futuro. Resulta demasiado fácil hacerlos caer en la forma que uno quiera. Pero quizás encontraré más cerezas en el bosque que veo a lo lejos».

No encontró cerezas y las bellotas estaban aún verdes. Elowan empezó a andar de nuevo por la carretera, encontrando escasa satisfacción en el hecho de que a aquella hora pasaban escasos coches. Se preguntó de nuevo por qué su humo, aunque desagradable, le molestaba tan poco. Sus Hermanos, allí en la gruta escondida en la selva de los Adirondacks, habían hallado que hasta el humo que despedían las chimeneas de las fábricas era un veneno mortal para su mágica constitución.

El olor de una buena fogata de madera, o el fuerte y picante hálito que despedía el alcohol de la lámpara del vidriero era algo agradable para ellos. Pero cuando el hombre empezó a utilizar el carbón para sus industrias, una lenta letargia se apoderó de ellos, empujándoles implacablemente, uno a uno, hacia las montañas, donde iniciaron su sueño centenario. Ya fue bastante malo cuando el carbón empezó a quemarse en las herrerías, pero el día que aquel escocés, Watts, descubrió que podía producirse energía del vapor y las fábricas empezaron a lanzar los acres y pestilentes humos del carbón de sus calderas, el pueblo mágico tuvo que huir sin esperanza ante aquel veneno, hasta que sólo el viejo Elowan Coppersmith quedó despierto entre toda su raza. Pero al cabo de cierto tiempo hasta él mismo tuvo que marcharse para reunirse con sus hermanos en las montañas.

Ahora se había despertado de nuevo sin causa o razón comprensible, cuando el olor de aquel líquido llamado gasolina se unió al carbón. Alineadas a lo largo de la carretera había inúmeras máquinas que su ministraban gasolina a los veloces coches, y su olor llenaba por completo los aires.

«Bien —pensó—, mis hermanos estaban siempre dedicados a hacer incontables

travesuras en vez de dedicarse a su trabajo honrado, mientras que yo encontré satisfacción en mi labor. Quizás estas travesuras les debilitaron para resistir los efectos del veneno y el trabajo me dio fuerzas. Porque sólo después de que le di aquel susto al dueño de la fábrica fue cuando empecé a sentir la necesidad de reunirme en el sueño de mis hermanos, y cien años no hay duda que debe ser un justo precio para una travesura semejante. A pesar de todo, cuando desperté el otro día, la primera idea que atravesó mi mente fue la de que alguna buena obra requería mi presencia».

La vista de un bosquecillo de árboles frutales cerca de la carretera reclamó su atención, y el gnomo buscó con mucho cuidado a lo largo de la franja de hierba en el lado exterior de la valla con la esperanza de que una de aquellas ricas manzanas hubiera caído fuera del espacio cerrado. Pero los frutos sólo estaban dentro de la valla y el cruzarla sería igual que robar. Ellowan abandonó el bosquecillo de frutales con pesar y empezó a marchar por el camino que conducía hacia la casa de campo. Luego, hizo una pausa.

Después de todo, las granjas estaban equipadas exactamente igual que las casas de la ciudad, y el único pequeño éxito que tuvo el día anterior fue en el pueblo. Casi no valía la pena el malgastar sus fuerzas entre las diseminadas casas del campo, en la escasa esperanza de que pudiera encontrar utensilios de cobre para reparar. En los pueblos, por lo menos, no perdía tanto tiempo, y sólo haciendo el mayor número de llamadas que le fuera posible tendría alguna posibilidad de encontrar trabajo. Ellowan se encogió de hombros y volvió a emprender el camino a lo largo de la carretera. Trataría de conservar su energía hasta que llegase a Northville.

Cosa de una hora más tarde llegó al lugar donde estaba un muchacho sentado al lado de la carretera, contemplando, con desesperanza, una especie de rara máquina. Ellowan se detuvo cuando vio las piezas esparcidas por el suelo y el ceño de frustración del rostro del chico. Pequeñas dificultades pueden parecer enormes a un hombrecito que tenga doce años.

—¡Eh! ¡Hola, muchacho! —le llamó—. ¿Es que tienes alguna avería? ¿Qué clase de máquina es ésa que tienes delante tuyo?

—Es una bicicleta; todo el mundo las conoce. —Por el sonido de la voz del muchacho, no había duda que experimentaba una enorme y terrible tragedia.

—Me la compraron las últimas Navidades. Pero ahora se ha roto y no puedo arreglarla.

El chico levantó una pieza que pertenecía al eje de la rueda trasera.

—¿Lo ve? Ésa es la pieza que se mueve cuando yo freno. Se ha roto en varios pedazos, y un nuevo juego de frenos me costará cinco dólares. Ellowan cogió los pedazos del freno en sus manos y los olió con atención. Sus ojos no le habían engañado. Era cobre puro.

—¿Es posible? —preguntó—, me parece una vergüenza que cobren tales precios. Y no hay duda que era una bicicleta muy bonita. Quizás yo pueda arreglarla.

El muchacho le miró con esperanza mientras con temblaba cómo el gnomo

sacaba de su saco el brasero y sus herramientas. Luego, su rostro volvió a ensombrecerse.

—Lo siento, señor. No tengo dinero para pagarle. Todo lo que tengo son 25 centavos, y no podré dárselos, porque están en mi hucha, y mamá no deja que yo la abra.

Las reconfortantes visiones del gnomo de un suculento desayuno se perdieron en el aire matinal, pero sonrió amablemente.

—¿Es posible? Bien, muchacho, hay otras cosas que valen tanto como el dinero. Vamos a ver qué podemos hacer con todo esto.

Sus agudos ojos estudiaron las relaciones que formaban un todo integrante de las diversas piezas, y su admiración por el inventor de aquella máquina creció rápidamente. Aquel eje estaba destinado a impulsar la máquina, girar libre, o servir de freno cuando el propietario lo deseara. La pieza rota era un cilindro rayado de cobre dispuesto de tal manera que se apretase por fricción contra el interior del eje cuando se quería frenar la marcha. De qué modo pudo averiarse resultaba un misterio para el gnomo, pero la capacidad destructora de los muchachos no era ninguna novedad para Ellowan.

Bajo sus hábiles dedos, los ásperos bordes de las piezas rotas se pulieron en un abrir y cerrar de ojos, y el gnomo utilizó su más fuerte soldadura para unir las, rellenando y puliendo el conjunto, basta que de nuevo el metal adquirió su brillo y suavidad acostumbrada. Los ojos del muchacho se ensancharon llenos de asombro.

—Dígame, señor ¿cómo aprendió a hacerlo? Los obreros de la ciudad no pueden hacer nada parecido y ellos disponen de toda clase de herramientas —el chico cogió en sus manos la pieza reparada y empezó a colocar los diversos componentes en el eje central de la bicicleta—. Caramba, es usted muy pequeño. ¿Trabaja en algún circo?

ElLOWAN movió la cabeza sonriendo débilmente. Las preguntas de los niños siempre fueron ingenuas, y lo mejor era darles una respuesta honrada.

—No, por cierto, muchacho, y yo no soy un enano, si es esto lo que has estado pensando. ¿Es que tu abuelita nunca, te contó historias de duendes y gnomos?

—¡Un gnomo! — El muchacho se detuvo en su tarea de atornillar las piezas de su bicicleta—. ¡Vamos! No existen tales cosas... no puedo creerlo.

De todos modos, su voz adquirió un tono de duda mientras contemplaba la pequeña figura de ElLOWAN, cubierta por su blusa de cuero castaño.

—Caramba, es cierto que se parece mucho a los dibujos que he visto en los libros, y parece cosa de magia la forma en que arregló el freno. ¿Es cierto que pude hacer magia?

—Nunca me he preocupado mucho por la magia, muchacho, no me quedaba tiempo para aprenderla cuando los negocios me iban bien. Los procedimientos honrados de mi oficio eran bastante para que yo los estudiase, junto con cierta habilidad que nació conmigo. Pero yo no hablaría de todo eso con tus padres si me

encontrase en tu lugar.

—No se preocupe, no lo haré; dirían que estoy loco. El muchacho subió a su bicicleta y probó el freno con evidente satisfacción.

—¿Se dirige a la ciudad, señor? Suba aquí y ponga su saco en este cesto que llevo en el manillar. Yo iré hasta cerca de una milla de la ciudad, y puedo llevarle si es que quiere montar en el portapaquetes.

—Pienso que será una carga muy pesada para ti, muchacho. —Ellowan no se sentía demasiado seguro de que aquel vehículo fuera digno de confianza, pero necesitaba dar un descanso a sus cortas piernas.

—No se preocupe. Suba. He llevado a mi hermano y pesa mucho más que usted. De todas maneras, esta es una bicicleta Mussimer, con freno y cambio de marchas. Mi papá la consiguió como algo especial por Navidad. —El chico alcanzó el saco de Ellowan y se sorprendió de lo poco que pesaba. Aquellos que prestaban ayuda a un gnomo, generalmente hallaban que las cosas eran mucho más ligeras y fáciles de lo que ellos esperaban.

—De todos modos, le debo este servicio por lo que usted ha hecho por mí.

Ellowan se subió al portapaquetes detrás del sillín y se agarró fuertemente a la espalda del muchacho. Su asiento era muy duro, pero la lisa carretera le ayudó a sobrellevar la dificultad del viaje y de todos modos era mucho más agradable que ir caminando. Al cabo de unos instantes, el gnomo se tranquilizó y contempló cómo el camino se deslizaba bajo sus pies cubriendo la distancia en una cuarta parte del tiempo que le habría costado a pie. Si la Diosa Fortuna le sonreía por fin, quizá podría ganarse el almuerzo mucho antes de lo que había esperado.

—Bueno, aquí es donde debo detenerme —le dijo el muchacho por fin—: La ciudad se encuentra en esa dirección a cosa de una milla. Muchas gracias por arreglar mi bicicleta.

Ellowan desmontó con precaución y volvió a recoger su saco.

—Muchas gracias por ayudarme hasta aquí, muchacho. Y creo que ese freno no te causará muchas dificultades de ahora en adelante.

Se quedó quieto contemplando cómo el muchacho marchaba montado en su bicicleta por un camino lateral, y luego se dirigió hacia la ciudad, con el importante asunto de su almuerzo en primer lugar entre sus pensamientos.

El mismo asunto, estaba aún en su mente cuando llegó el mediodía, pero no veía ninguna forma de que se acercase más a su estómago. Ellowan salió de una callejuela y se detuvo para dar unas chupadas a su pipa y ofrecerse la oportunidad de descansar sus doloridos hombros. Tendría que dejar de fumar muy pronto; para un estómago vacío, fumar demasiado llega a ser pernicioso. Dominando el aroma del tabaco, otro olor llegó hasta su olfato y el gnomo dio la vuelta lentamente.

Era el limpio y sano olor del metal caliente en un fuego de herrero, y surgía de un antiguo y destartado edificio colocado unos pasos más allá. El letrero colgado

encima de su entrada estaba descolorido, pero Ellowan pudo leer las palabras: MICHAEL DONAHUE. FABRICANTE DE HERRADURAS Y SE ARREGLAN AUTOS. La visión de la tienda de un herrero despertó memorias en su mente de otros tiempos más felices y Ellowan se acercó a la entrada.

El hombre que estaba en el interior frisaba en la cincuentena, pero su cuerpo mostraba el vigor de una vida honesta y un trabajo feliz y el rostro bajo su cabello rojo era amistoso y franco. En aquel momento estaba sentado en un taburete comiendo un bocadillo de pan y carne. El olor de la comida removi6 de nuevo el hambre del gnomo y arrastr6 sus mocasines contra el suelo con cierta vacilaci6n. El hombre levant6 los ojos.

—¡Los Santos nos protejan! —La generosa boca de Donahue se abri6 en toda su extensi6n—. Caramba, si es uno de los del Pueblo Mágico, igual que aquellos de los que me hablaba mi padre. Pero... debe tener hambre, por la forma que mira este bocadillo y yo comiéndolo aqu6 delant6 de él. Oiga, amigo, creo que deber6 usted comer antes que yo.

—Muchas gracias —dijo Ellowan con un esfuerzo, pero aquella vez le cost6 mucho el negarse a aceptar la generosa oferta.

»Soy un trabajador honesto, se6or, y una de las reglas es de que no debo aceptar nada que no me haya ganado. Y no puedo encontrar ni un solo trozo de cobre en toda la ciudad para que yo pueda repararlo y ganar alg6n dinero. —Ellowan puso una mano encima de un banco ennegrecido para aliviar el dolor de sus piernas.

—Me parece una verdadera verg6enza. —La sorpresa hab6a desaparecido de la voz de Donahue ahora que se iba acostumbrando a la vista del gnomo.

—No dudo de que es usted un buen trabajador si lo que me contaba mi padre era cierto. El lleg6 aqu6 procedente de la vieja Irlanda, cuando era un chiquillo, y su padre le cont6 la misma historia muchos a6os antes. Unos excelentes trabajadores dec6a que eran todos los del pueblo de usted.

—Es cierto. —La afirmaci6n de Ellowan fue sencilla y sin mayor orgullo. El alabarse a s6 mismo requiere cierta energ6a y en aquellos momentos no se sent6a con ánim6s para ello.

»Puedo reparar cualquier cosa de lat6n y cobre, y cuando termine el trabajo quedar6 como nuevo.

—¿Es posible? —Donahue lo mir6 con inter6s—. ¡Oh, claro est6a que puede hacerlo! Tengo una idea que creo debemos poner en pr6ctica. Esp6reme aqu6.

El hombre desapareci6 a trav6s de la puerta que divid6a su herrer6a del departamento de reparaciones de autom6viles y regres6 con una pieza de metal ennegrecido en su mano. El gnomo la oli6 con inter6s y observ6 que se trataba de cobre.

Donahue dio unos golpecitos encima de aquella pieza de considerable tama6o.

—Eso es un radiador. El agua circula a trav6s de estos tubos y estas peque6as aletas la enfr6an. Mi amigo Pete Yaeger me lo trajo y quer6a que se lo arreglase, pero

está demasiado estropeado para mis manos. Y no puede permitirse el lujo de comprar uno nuevo. Si usted lo arregla estoy seguro de que podré darle un buen precio por su trabajo.

—No le quepa duda de que puedo arreglarlo. —Las manos de Ellowan temblaban de ansiedad mientras inspeccionaba el interior de la pieza y su corroído metal, y empezó en el acto a colocar sus herramientas delante de él.

—Terminaré dentro de una hora.

Donahue lo miró con cierta duda, pero asintió lentamente.

—Es posible de que lo haga en una hora, pero antes de ello debe comer y no quiero que discutamos sobre este punto. Un hombre hambriento nunca pudo trabajar tranquilo, y tengo la idea de que esto igual puede aplicarse a usted. Aún me queda otro bocadillo y un poco de tarta si es que no le importa acompañarla con agua clara.

El gnomo no necesitó el agua para terminarse su comida. Cuando Donahue se acercó a su lado de nuevo, no quedaba la más pequeña migaja del bocadillo y de la tarta y las hábiles manos de Ellowan estaban utilizando sus pequeñas herramientas para enderezar las aletas del radiador mientras su arrugado rostro se iluminaba con su acostumbrada y alegre sonrisa. El metal parecía moldearse obediente bajo sus manos como si poseyera voluntad propia y el gnomo silbaba suavemente mientras proseguía su trabajo.

Ellowan esperó con atención mientras: Donahue inspeccionó el trabajo recién terminado. En aquellos lugares en que el metal ennegrecido estuvo doblado y corroído, lleno de agujeros, ahora aparecía brillante y nuevo. El herrero no pudo encontrar ninguna señal que le indicase que aquello no era una sola pieza, ya que las soldaduras estaban perfectamente hechas y eran invisibles al ojo más perspicaz.

—Es un trabajo de artesanía maravilloso —admitió Donahue—. Creo que de ahora en adelante haremos muy buenos negocios nosotros dos y que vamos a ganar mucho dinero. Ellowan, amigo mío, con semejante clase de trabajo podemos comprar radiadores viejos, reconstruirlos y venderlos de nuevo con un buen beneficio. No necesitará ir de puerta en puerta buscando trabajo.

Los ojos del gnomo brillaban de alegría ante la idea repararse y pensando en que tendría trabajo continuo sin necesidad de andar siempre en su busca. Por primera vez, comprendió que la industrialización podía tener ventajas para el obrero, después de todo.

Donahue rebuscó en una caja y volvió a su lado con una pequeña figura de un galgo moldeado en metal y que tenía como base un tapón roscado de radiador.

—Bien; mientras le busco otro trabajo, quizá podría arreglarme esto —dijo—. Creo que he tenido mucha suerte en que usted llegase aquí. Pero ahora que pienso en ello, ¿cómo es que se encuentra en este país, cuando siempre he pensado que su raza sólo vivía en Irlanda?

—Aquella es mi patria natal —admitió el gnomo, mientras hacía girar el tapón de

radiador entre sus manos y empezaba a pulir los hilos de rosca rotos—. Pero las gentes se hicieron demasiado pobres en los campos, y las ciudades estaban llenas del humo del carbón. Y luego supimos de la existencia de una nueva tierra a través del mar, de manera que los que quedábamos emigramos hasta América y permanecemos aquí hasta que el humo nos persiguió de nuevo y nos envió a dormir el sueño de siglos dentro de las montañas. Pero me siento muy contento de estar despierto de nuevo y capaz de trabajar en mi oficio.

Donahue asintió.

—Yo también me siento muy satisfecho de ello. Soy un buen herrero, pero no hay nunca bastante trabajo en mi oficio para que un hombre pueda vivir sólo de ello, y dedico la mayor parte de mi tiempo a reparar los autos. Y estoy seguro, amigo, de que me servirá de gran ayuda en mi trabajo. Las piezas de los coches que menos entiendo son el sistema de ignición y el generador, y éstos están hechos con materiales de cobre, donde su habilidad servirá mucho más que la mía. Después, desde luego, siempre tenemos los radiadores.

Las manos de Ellowan se apretaron sobre el metal, y dejó el tapón del radiador encima de un banco con un gesto brusco.

—Dígame, ¿esos radiadores... son parte de los automóviles?

—Así es. —Donahue estaba vuelto de espaldas al gnomo y se dedicaba en aquellos momentos a retirar una herradura de su forja y empezó a martillar sobre su yunque para darle la forma deseada. No pudo ver cómo la alegría desapareció de los ojos del gnomo ni tampoco observó la lentitud con que su pequeña mano volvió a recoger el tapón del radiador. Ellowan estaba pensando en la gente de su raza, dormida allí en el interior de las montañas y condenada a permanecer en tal estado hasta que el aire de la tierra se viera libre de los humos venenosos que la emponzoñaban y pensó que ahora se veía obligado a construir más piezas para las máquinas que producían aquellos venenos. De todos modos, ya que no le era posible hacer otra cosa, Ellowan debía seguir hacia delante; fuesen o no para los autos aquellas piezas, conseguir alimento era una necesidad primordial.

Donahue inclinó la punta de una herradura encima del ángulo del yunque y golpeó sobre ella hasta darle la forma deseada, mientras el rojo metal despedía alegres y rojas chispas.

—¿Supongo que necesitará un lugar donde dormir? —preguntó en tono casual—, bien, tengo una habitación en la casa que perteneció a mi hijo, y creo que le irá muy bien. Mi hijo está ahora en la Universidad y no la necesitará durante algún tiempo.

—Le agradezco mucho su bondad. —Ellowan terminó el trabajo en el tapón del radiador y lo puso a un lado con un gesto de desagrado.

—El muchacho llegará a ser un gran ingeniero algún día —continuó el herrero con una sonrisa de orgullo—. No necesitará seguir el oficio de su padre y creo que hará bien, porque algún día, cuando los hombres hayan usado todo el carbón y el petróleo, este negocio no servirá de nada ni aún con la ayuda de todas esas nuevas

herramientas. Mi padre fue sólo un herrero, y yo me he convertido en herrero y mecánico... pero mi hijo será algo más que eso.

—¿Quiere decir que usarán todo el carbón y el petróleo... por completo?

—En efecto. Nadie sabe cuándo sucederá, pero ese día se acerca en forma inexorable. Y luego, necesitarán usar electricidad, o quizás alcohol, como fuente de energía. Estamos en un mundo cambiante, amigo, y nosotros los viejos no podemos cambiar lo bastante aprisa para mantener su rápido paso.

Elowan volvió a coger el tapón del radiador y lo frotó vigorosamente para darle brillo. Bien, bien. De modo que un día terminarían por agotar todos los suministros de carbón y petróleo, fuentes de mal para su raza, y el aire volvería a ser puro de nuevo. Por lo tanto, cuantos más coches funcionasen más pronto llegaría el día esperado, y cuantos más ayudase él a reparar, mayor número de autos estarían en funcionamiento.

—Magnífico —dijo alegremente—, estaré muy satisfecho de tener muchos radiadores para arreglar. Pero hasta que lleguen quizá podría fabricar unos cuantos adornos como éste de aquella pila de chatarra de cobre que veo en aquel rincón.

Sin una razón clara, Elowan se sentía seguro de que cuando su raza despertase de nuevo para cruzar los caminos de los hombres encontraría trabajo para todos.

PARTE II DEL MAÑANA

...Pero la Ciencia se ha mezclado en los sueños del Hombre, mostrándole nuevos campos abiertos a la profecía, con la promesa de más brillantes ilusiones para colmar sus deseos... en algún lugar, entre los innumerables caminos paralelos del Futuro, nada es imposible y mucho de ello es muy probable... allí donde aún existen las ilimitadas fronteras, se abren nuevos caminos para la Aventura, donde quizás el Hombre encuentre a otras Razas y termine por fin su soledad...

«LA SUERTE DE IGNATZ»

Quizás no fuese más que una superstición; pero Ignatz sabía que él mismo tenía la culpa de todo. Desde hacía tres días, Jerry Lord estaba sentado en la misma silla, evocando sobre la desnuda pared una cabellera rojiza y un par de hoyuelos, y en nada podía Ignatz remediarlo.

Gruñó y ronroneó apenado, hundió la cola en la alfombra y avanzó sobre su largo abdomen acorazado hasta tocar con sus antenas el tobillo del Amo. Ignatz trató de pronunciar por centésima vez palabras humanas, pero fracasó como de costumbre. Jerry comprendió su buena intención y bajó la mano para acariciarle el cuerno del hocico.

—Ignatz —murmuró—, ¿te dije ya que Anne va a emprender un vuelo espacial esta noche en el «Burgundy», con destino a Venus Sur? —Trató de aspirar algo en su pipa apagada y la dejó a un lado con un gesto de disgusto. —Peter Durnall la va a conducir por los pantanos de Hellonfire.

Aquellas noticias no constituían una novedad para Ignatz, que las había escuchado durante los tres días últimos; pero de cualquier modo, hizo oír su voz de trueno comprensivamente.

En aquel infierno podrido del Norte de Hellas, cualquier hombre que conociera las ciénagas resultaba un héroe para un novato. Muchos astronautas eran también novatos en Venus, y en aquel momento Anne estaba destinada a ser acompañada por uno de ellos.

Ignatz era un ser que conocía aquellos pantanos mejor que nadie. Había vivido allí cosa de unos cien años, hasta que el Amo lo capturó para conservarlo como mascota. Era cierto que los animales del pantano resultaban completamente inofensivos en su mayoría, pero Anne habría tenido serias dudas al verlo. Sin duda, se habría puesto a gritar al tener ante sus ojos por primera vez a Ignatz. El zloaht venusiano, mezcla de caracol y lagarto, resultaba terrible a los ojos de un terrestre; y el resto de la fauna era aún peor.

El recuerdo de los pantanos sugirió a Ignatz la necesidad de calor. Trepó a la estufa portátil y se zambulló en la cacerola llena de agua hirviendo; después de unos minutos, cuando el calor hubo hecho su efecto, se acostó cómodamente en el fondo para dormir. Jerry tendría que resolver por sí solo sus problemas, puesto que no podía comprender el lenguaje de los zloahts. ¿Qué ventaja había en solucionar los problemas de los demás, si luego no podía uno alabarse de ello?

Se oyeron muchos ruidos afuera. Y un coro de gritos se extendió por toda la casa. Apenas Ignatz tuvo tiempo de despertarse cuando un hombre ya estaba golpeando la puerta con violencia, quejándose a voz en cuello. Jerry la abrió y dejó pasar al administrador del hotel, quien traía el rostro congestionado y un humor de mil diablos.

—¿Sabe lo que pasó? —gritó—. Se ha roto el cable del ascensor número 2; estaba

casi nuevo. Nos hemos quedado atrancados y tuvimos que abrirnos paso con un soplete.

—¿Y qué? Yo no lo hice. —El acostumbrado fastidio en la voz de Jerry era ya familiar para Ignatz, que presentía lo que se acercaba.

—No, usted no lo hizo; no lo hizo personalmente, pero se encontraba aquí. — La cara del administrador se puso lívida y su rollizo pecho se agitó convulsivamente. Blandió un puño cerrado delante de la cara de Jerry y gritó con voz de falsete—: ¡No crea que no oí hablar de usted! Me dejé llevar por la compasión y le alquilé la pieza por el doble solamente de la tarifa corriente y ya ha visto lo que ha pasado. Bueno, esto se ha terminado. Usted se marcha de aquí, ¿me entiende? ¡Fuera de aquí, ahora mismo!

Jerry se encogió de hombros.

—Está bien —dijo, y observó con interés cómo Ignatz trepaba saliendo de la cacerola y se dejaba caer en la pierna del administrador, quien con un salvaje alarido y agitándose convulsivamente se liberó del zloaht y salió corriendo por el vestíbulo, mientras se tocaba con sus gordezuelas manos el sitio donde había sufrido la quemadura.

—No debiste hacerlo, Ignatz —observó Jerry con suavidad—. Creo que le van a salir ampollas donde le has tocado. Pero es algo que ya está hecho. Así que enfríate y ayúdame a preparar las maletas.

Puso una cacerola con agua fría en el suelo y empezó a abrir cajones y a echar ropa encima de la cama. Ignatz se introdujo en el agua y dejó que su temperatura bajase hasta un nivel razonable, recordando con tristeza el incidente.

Todo aquello no resultaba nuevo para ellos; lo único sorprendente era que hubiesen podido llegar a permanecer en el hotel casi una semana, antes de que sucediera. Y no había duda que Ignatz tenía la culpa de todo; no es que él hiciera nada, pero cuando él se hallaba presente, los problemas y las catástrofes le seguían alegremente. Por supuesto que Jerry tenía que haberlo, pensado dos veces antes de haberse llevado consigo a un lagarto-caracol de Venus.

Jerry, el hombre más afortunado de toda la flota sideral, había sido el Jefe piloto de pruebas de los nuevos modelos de cohetes, hasta que el viejo decidió que necesitaba un descanso y lo envió a Venus con permiso. Cualquier persona normal se habría muerto cuando la nave se estrelló en los pantanos, pero Jerry apareció caminando en Hellas con 200 onzas de oro bajo un brazo e Ignatz bajo el otro.

Naturalmente, los venusianos le pusieron sobre aviso. Sabían desde hacía muchas generaciones, que un zloaht traía buena suerte si estaba en los pantanos, pero malísima fuera de ellos. Los miembros de la tribu de Ignatz eran simplemente portadores del «mal de ojo» desde sus antepasados más remotos. Ignatz también lo sabía y trató de alejarse del lado de Jerry, pero cuando finalmente se encontraron fuera de los pantanos, se había encariñado demasiado con el Amo para abandonarlo.

Ignatz le hubiera traído mala suerte a cualquier otra persona, con todas las correspondientes desgracias aparejadas. Pero en el caso de Jerry, su buena suerte personal se mantuvo; en cambio, a los que lo rodeaban, no les sucedió sino un inconveniente tras otro. Las naves de prueba se estrellaban sucesivamente, saliendo Jerry de ellas sin un rasguño. Pero a la larga, los accidentes fueron demasiado numerosos y el Viejo decidió darle otras vacaciones, esta vez con carácter permanente.

Su reputación se fue extinguiendo, y las puertas se cerraban silenciosa pero firmemente ante él.

—Lo siento, señor Lord, pero este año no aceptamos personal.

No se les podía echar la culpa por ello, ¿acaso hasta el mismo instante en que Jerry abandonaba la oficina no había siempre algo que andaba mal? Y no era sólo algo, sino que en general todo iba de mal en peor. En los últimos tiempos, y como si fuese por casualidad, una ambulancia lo seguía a todas partes porque siempre había algún inocente transeúnte que después de cruzarse con él la necesitaba.

Por aquel tiempo, Jerry se encontró con Anne Barclay y sucedió lo inevitable. Anne, era la hija del Viejo y cuando cruzaba la pista del espacio puerto de Six Worlds, los hombres del espacio opinaban que nunca habían visto una nave sideral con líneas más esbeltas y más proporcionadas. Jerry le echó una mirada y dijo simplemente:

—¡Ah! —En el acto le subió la temperatura varios grados.

Todavía le quedaba algo de dinero y podía ir a bailar, a pesar de que cuando él pisaba la pista la orquesta siempre comenzaba a perder el ritmo.

Después de conocerlo durante tres semanas, ella se hallaba dispuesta a aceptar el compromiso, pero el Viejo se enteró de sus relaciones y la puso sobre aviso. La muchacha empezó a recordar que durante ese tiempo y a partir de su encuentro con Jerry, había perdido el anillo que le regalara su madre, tuvo un fuerte dolor de muelas y sinusitis y un furúnculo apareció en forma inesperada sobre su hombro izquierdo.

Ayudada un poco por los consejos del Viejo, Anne empezó a imaginar lo que sería la vida de casada al lado de Jerry y decidió realizar un viaje de placer a Venus con Peter Durnall, uno de los preferidos del Viejo, dejando que la espera tranquilizara un poco el ardiente corazón de Jerry.

Ignatz comprendió que no se trataba de una simple superstición por parte de Anne; por lo menos el viejo navegante estelar y su hija no lo eran más que cualquier otro. Pero cuando se suceden muchas coincidencias las cosas se ponen difíciles. Ahora, ella se había ido o estaba a punto de marcharse y Jerry se hallaba solo y expulsado del hotel. Ignatz insultó vigorosamente en su idioma de lagarto a un culpable invisible y se arrastró fuera de la cacerola. Se revolcó encima de una toalla y empezó a ayudar a Jerry a hacer las maletas, tarea fácil ya que casi toda la ropa de su amo se hallaba almacenada cuidadosamente en la casa de empeños del viejo Ike.

—Vamos al espaciopuerto —decidió Jerry—. Estoy prácticamente en la ruina,

amigo, así que tendremos que dormir en algún hangar o cobertizo si podemos esquivar a la patrulla de vigilancia. Mañana volveré a buscar trabajo.

Lo había hecho durante meses, tomando al final tareas de cualquier clase, pero lo único que en realidad sabía hacer era manejar cohetes espaciales: y todos creían tener bastante mala suerte como para agregar a Jerry «mal de ojo» a la tripulación. Ignatz se preguntó lleno de dudas cuántas posibilidades tenían de encontrar algún albergue para dormir, pero siguió humildemente al Amo.

Una tubería de vapor rodeaba el cobertizo que tenía una entrada por la parte trasera. El vapor procedía de una caldera supercalentada, lo cual facilitó el sueño de Ignatz, tan profundo y tranquilo que no se dio cuenta del transcurso de la noche. Lo primero que sintió fueron los golpes de Jerry y el chapuzón de agua fría que le hizo dar para despertarle. Por lo menos la persona olía como Jerry, aunque su cara y las ropas que llevaba no fueran las mismas. El Amo, guiñó un ojo a Ignatz alegremente mientras el agua hervía. Durante la noche, aparentemente, le había crecido la barba y su pelo lacio se había rizado en forma sorprendente. Una cicatriz recorría su cara desde un ojo hasta la comisura de la boca, levantando el ángulo del labio en una burda caricatura de sonrisa. La cara era tosca y atezada y vestía ropas que parecían sacadas de un basurero.

—Una buena transformación, ¿eh, Ignatz? —dijo Jerry—. El viejo Ike me transformó a cambio de mi reloj y mi anillo de graduación. —Levantó al zloaht mientras hablaba y lo introdujo en una de las maletas.

—No deben verte, así que tendrás que mantenerte escondido hasta que toquemos tierra.

Ignatz trompeteó una interrogación y Jerry rió entre dientes.

—Desde luego, tenemos trabajo: mantener aceitados los cojinetes de un viejo carguero espacial. ¿Te acuerdas de ese tipo que durmió aquí la otra noche? Era un tripulante de espacionaves hasta que el tabaco lo arruinó, pero sus papeles todavía eran buenos. No me costaron casi nada y el viejo Ike me transformó. Hoy me llamaron a la oficina. Cambió la suerte de nuevo. Embarcamos esta noche ¡y a Venus!

Ignatz gruñó de nuevo. Debió de adivinar cuál iba a ser su destino.

—Seguro. — Jerry se hallaba nuevamente lleno de alegría, convencido de su cambio de suerte—. No quiero oír ningún otro gruñido, amigo. No puedo arriesgarme a nada en este viaje.

El zloaht se instaló entre las ropas dentro de la maleta, mascando lentamente un trozo de cuero que había encontrado en el cobertizo. A partir de entonces podía suceder cualquier cosa, pero Ignatz intuía algo de lo que se avecinaba. La valija se agitó y sacudió repetidas veces mientras el Amo se deslizaba entre los guardias de vigilancia y se dirigía hacia el campo de aterrizaje de espacio-cohetes donde el silbido de las turbinas indicaron a Ignatz que una nave se hallaba ya calentando y revisando sus motores. Pegó sus ojos a un agujero de la maleta y atisbó hacia el

exterior. La nave hacia la que se dirigían era una espacionave carguera, pero muy grande y perfectamente conservada. La carga, sin duda, se encontraba almacenada en sus bodegas, puesto que las grúas automóviles se retiraban del costado y la tripulación procedía a cerrar las escotillas. Ignatz comprendió por el olor que la carga se componía de nueces, pasas de uva y chocolate, productos muy cotizados por los buscadores de esponjas de Venus. En aquel planeta crecían muy pocos alimentos similares a los terrestres y de éstos los exploradores solían llevar los de tipo más concentrado.

Ignatz pudo notar, mientras observaba, cómo se llevaban el gran vagón tanque mientras retiraban las mangueras llenas de peróxido de hidrógeno que iba a ser convertido en gas por medio de los transformadores atómicos. Aparentemente, las planchas isotópicas ya estaban instaladas en el cuarto de máquinas.

Los mecánicos se apresuraban alrededor de la nave, inspeccionando los largos tubos de propulsión, y la pista estaba llena de un enjambre de grúas automóviles listas para levantar la nave hasta la altura necesaria para que las explosiones no causaran ningún daño y sus aletas pudieran asentarse en el aire.

Aquellos gigantescos cargueros eran muy distintos de las bruñidas naves de pasajeros. Aunque las aletas estaban perfectamente balanceadas, los aparatos eran incapaces de zarpar de un planeta a menos que fueran alzados por las grúas hasta alcanzar la velocidad necesaria para que las aletas los sostuvieran.

Evidentemente, el Amo había llegado justo a tiempo, pues ya estaban retirando las planchas de embarque. Jerry subió corriendo, presentó su documentación al oficial de embarque y lo condujeron a su camarote. Cuando iba a salir de él, se oyó un grito desde tierra y la plancha de embarque fue colocada nuevamente. Blaine, el capitán, se inclinó hacia afuera mascullando maldiciones en voz baja.

—¿No comprende que esto es un carguero? ¿Por qué no viajará en una nave de pasaje? Muy bien, lo vamos a esperar 20 minutos. — Se dirigió irritado hacia la cabina de control mientras iba hablando, para sí en tono violento—. Todo ha ido mal en este maldito viaje. Estoy por pensar que tenemos un «mal de ojo» entre la dotación.

Jerry se detuvo para no oír más y se introdujo en su cabina. Esta casi no era más que un agujero en la pared, con una dura litera, un jarro de agua y una percha para sus ropas. Probó cuidadosamente el casco de oxígeno para casos de emergencia, asintió satisfecho y se tiró sobre la litera.

—Te vas a quedar aquí, Ignatz —ordenó—, y no te muevas. Puede haber una inspección. Te voy a dejar libre cuando me haga cargo del segundo turno. De cualquier manera no hay ningún tubo de vapor en este agujero, así que no hay motivo para que salgas de la maleta.

La portezuela se cerró con un fuerte golpe. «El transporte debe haberse retrasado —pensó Jerry—. ¿Quién habrá venido? Debe ser algún personaje de importancia para

que Blaine haya tenido que esperarlo. Supongo que algún amigo del Viejo». —Hizo una mueca alegre que se borró en el mismo instante en que oyó los gritos que venían de la escalera.

—¡Eh, aquí! Traigan las herramientas y dense prisa. La escotilla se ha atascado y salimos dentro de diez minutos...

Jerry maldijo en voz baja mientras Ignatz se volvía con un bufido.

—Bien —reflexionó el Amo—. Por lo menos no me van a echar la culpa de esto. Sin embargo, resulta gracioso que siempre ocurran cosas. ¡Y maldita la gracia que me hace a mí todo esto!

Ignatz se mostró de acuerdo con aquellas reflexiones. Aquel viaje prometía ser muy interesante si es que alguna vez llegaban a Venus. Si el Amo quería tener un zloah de mascota, debería haberse quedado en tierra, donde sus cabezas no corriesen ningún peligro; y no dedicarse a seguir como un loco detrás de una chica; por primera vez se alegró de que en Venus no hubiera diferencia de sexos, a menos que a los animales incubadores se les pudiera llamar hembras.

Jerry dejó libre a Ignatz cuando volvió de su turno; estaba cansado y malhumorado pero no había sucedido nada malo en particular. Ocurrieron dos accidentes menores y uno de los engrasadores de guardia se había aplastado un pie con una junta floja, pero en cierto modo todo aquello era previsible. Por lo menos, nadie lo acusó de haber provocado el daño.

—Me enteré de quién es el pasajero extra que llegó a última hora —le dijo el zloah—; no es otro que el mismísimo Viejo. De modo que te quedas quieto y apártate de su vista. Ese hombre tiene ojos de halcón y una excelente memoria.

Ignatz desconocía las obras del poeta Robert Burns, pero sí el sentido de la frase «el hombre propone y el demonio...». Aguardó con una sensación de inevitable desgracia los resultados concretos... que se produjeron cuando ya había transcurrido la mitad del turno siguiente de Jerry.

Fue el Viejo en persona quien abrió la puerta de su cabina y dijo volviéndose hacia los dos bronceados marinos.

—Muy bien, tráiganlo aquí y cierren la puerta. No sé quién es ni me interesa. Eso podemos averiguarlo luego; lo único que sé es que no es la persona que corresponde a los documentos que lleva. El propietario de ellos está podrido por el tabaco desde hace diez años.

—Capitán Blaine —se dirigió hacia el oficial mientras a Jerry lo tiraban sobre la litera—. En el futuro debe inspeccionar más cuidadosamente la documentación de sus hombres. Usted sabe que no puedo hacer una visita de inspección cada vez que parta una nave. Quizá no sea peligroso, pero no quiero gente que trabaje para mí con documentos falsos.

Mientras cerraban la puerta y se alejaban por el pasillo, el Capitán intentó apaciguar al Viejo, quien con furia contenida trataba de hablar en voz baja, pero lo hacía en un tono que no engañaba a nadie.

Jerry estaba disgustado y explicó lo sucedido al zloaht.

—Bajó, recorrió la sala de los generadores y me pidió mi credencial; dijo que no conocía ningún engrasador con una cicatriz. Fue entonces cuando se destapó el infierno y Blaine empezó a gritar. De cualquier manera, no me reconoció. Así que conserva el buen sentido y quédate bien oculto.

Ignatz se acercó a él y frotó suavemente su cuerno contra el pecho del Amo. Jerry hizo una mueca de tristeza.

—Desde luego, ya lo sé. Todavía no nos hemos estrellado y no creo que suceda. Aléjate un poco y déjame pensar. Tiene que existir alguna forma de salir de aquí después que hayamos llegado a Venus.

Ignatz substituyó mentalmente el «después» por «si»; no obstante se arrastró alejándose obediente y trató de dormir; fue algo inútil. Media hora después el capitán Blaine golpeó en la puerta y entró pisando fuerte con una expresión fría y tempestuosa en el rostro. Había una insinuación poco tranquilizadora en la manera con que estudié la cara de Jerry.

—Joven —dijo violentamente— si el Viejo no hubiese ya decidido lo que hará con usted, lo desharía a pedazos para tirarlo después por una ventanilla. Llame usted a este maldita zloaht de su propiedad y sáquese los bigotes, Jerry Lord.

El Amo gruñó como quien recibe un golpe en el estómago.

—¿Por qué cree que soy Lord?

—¿Creo? Sólo existe un hombre que lleva el «mal de ojo» de tal forma en toda la flota estelar. Desde que usted vino a bordo todo se ha convertido en un gigantesco embrollo. El Viejo ha subido de pasajero, la puerta se atranca, tres hombres se hieren con el nuevo inyector, encuentro gusanos marcianos en el chocolate, y el Viejo me amenaza con quitarme el mando. ¡No trate de convencerme de que usted no es Lord! —Luego Blaine buscó debajo de la litera—. ¡Sal de ahí, maldito zloaht!

Ignatz salió trompeteando lastimosamente hacia Jerry, quien se arrancó la barba postiza.

—Bien, capitán; ¿y qué pasa si lo soy? ¿Lo sabe el Viejo?

—Claro que no y mejor que no lo sepa. Si descubre que lo he embarcado entre la tripulación, no vuelvo a pisar el puente de mando de una nave en toda mi vida. Cuando lleguemos a Venus, voy a tratar de que se tire en paracaídas a un kilómetro del límite. ¿O prefiere que sea el Viejo quien disponga de usted?

Jerry sacudió la cabeza.

—Déjeme tirarme con su paracaídas. —Asintió apresuradamente—. Tengo que llegar libre a Venus.

—Seguro que algo nos va a suceder —respondió Blaine—. Pero lo mejor será que no estén cerca de mí cuando aterrice. Nunca confié en tener suerte si la nave se estrella. —Luego señaló hacia Ignatz—. Y guárdese eso bien tapado. Si el Viejo llega a descubrir quien es usted lo hago tirarse con un traje de plomo sin paracaídas. ¿Entendido?

Jerry entendía perfectamente. Escondió a Ignatz bajo la litera y se dirigió al cajón de las herramientas. Blaine se volvió para retirarse. Y en este momento estallaron todos los infiernos juntos.

Una vibración que los sacudió hasta los huesos los hizo tambalear repentinamente, mientras les perforaba los oídos una ululante sirena que parecía endemoniada. El cajón de herramientas se deslizó a través del suelo de la habitación. Jerry chocó contra el Capitán de cabeza. Durante el medio segundo que siguió a esa escena hubo un silencio completo y luego un ruido atronador, al mismo tiempo que la nave se sacudía locamente bajo sus pies. Instintivamente Jerry y el Capitán corrieron hacia los cascos de oxígeno y una pequeña guerra particular estalló entre ellos antes de darse cuenta de lo que sucedía.

Jerry fue el primero en ponerse en pie.

—Parece que ha ocurrido en la sala de máquinas —gritó en el oído del capitán Blaine. Este no le pudo oír pero comprendió el sentido de sus palabras.

—Salga de aquí y averigüe lo que ha sucedido.

Los dos se olvidaron de que Jerry era un prisionero. Este pisó los pies del Capitán al salir de su camarote e Ignatz apenas tuvo tiempo de dar un salto convulsivo y meterse bajo la chaqueta de su amo por el cuello de la prenda.

Un enjambre de hombres se amontonaba por los pasillos y salía de los compartimientos principales del cohete. Una babel de voces se mezclaba con el alarido de las alarmas automáticas y el ruido de pisadas sobre las cubiertas de cuproberilo.

El Viejo fue el primero en llegar a la sala de máquinas.

—¡Blaine! ¡Blaine! ¡Eh! A ver, alguno que lo busque antes de que estos idiotas destrocen la nave.

Blaine saludó bruscamente al propietario de la nave, con la boca abierta, mientras sus ojos abarcaban los destrozos en la máquina de control automático de la espacionave.

—¿Qué ha sucedido? —Jerry lo descubrió después de una rápida mirada.

—¿Cuál de los engrasadores dejó secos los cojinetes principales?

Uno de los mecánicos señaló silenciosamente hacia un informe montón de restos. Mientras todo el mundo miraba hacia lo que había sido un ser humano, Ignatz se deslizó desde la chaqueta de Jerry al suelo y se escondió fuera de la mirada de los demás entre una columna y una pared que estaban aún casi intactas.

La boca de Jerry Lord estaba rígida cuando se dirigió hacia el capitán Blaine.

—¿Tiene una máquina de control de repuesto? No. Bueno, pues desmantelen uno de los estabilizadores y tráiganlo. Envíen hombres para inspeccionar los daños producidos en los controles de la nave. Traigan al médico para revisar a los hombres que todavía están enteros. ¡Despiértense, señores!

Blaine cerró la boca lentamente, se alejó hacia los hombres y empezó a lanzar gritos, hasta que reinó cierto orden en la confusa masa de los hombres de la

tripulación que estaban presentes. En el barullo, el Viejo no había notado la presencia de Jerry, pero ahora corrió hacia él.

—¿Quién lo dejó salir? No importa, ya está aquí. Por lo menos hay alguien que tiene un poco de sentido común. Porque ese estúpido todavía está durmiendo. Capitán Blaine, quite esos escombros de ahí y haga trabajar al prisionero. No podemos desperdiciar ni tiempo ni hombres, ahora. Yo me vuelvo a los coordinadores de control para inspeccionar el daño.

Ahora que el golpe de su primer accidente importante había pasado, Blaine se puso febrilmente en actividad. Ignatz se dio cuenta que de esto también le echarían la culpa a su Amo, como de todo lo demás, y murmuró algo incomprensible, sintiéndose incómodo.

Estando la máquina tan destrozada casi no hacía falta desmontarla. Los hombres estaban sacando los restos, cortando los pocos tornillos que quedaban en la base y preparando el sitio para recibir a la nueva maquinaria.

El estabilizador de control automático fue llegando por piezas y Jerry inspeccionó su emplazamiento y montaje, ajustó el regulador y dispuso los controles con la máxima celeridad a medida que la tripulación cortaba los pernos y ponía otros nuevos en su lugar. En caso de emergencia ningún grupo de hombres puede realizar en tierra el trabajo que una tripulación hace en media hora escasa, y aquellos hombres eran navegantes veteranos; para ellos, la falta de gravedad era una ayuda más que un estorbo para terminar aquel trabajo.

Cuando el Viejo volvió, las paredes ya habían sido soldadas, la nueva máquina colocada en su lugar, conectados los controles automáticos, y el Capitán estaba sudando y maldiciendo, pero satisfecho de que el trabajo estuviese terminado y a la perfección. Jerry regresó del recinto de los estabilizadores para informar que los motores habían sido coordinados y ajustados para el mayor esfuerzo que tendrían que realizar debido a la falta de uno de ellos, y que estaba lista, además, la nueva distribución simultánea de la alimentación de combustible.

El Viejo asintió silenciosamente con el rostro pálido e inexpresivo y Blaine tragó saliva con dificultad mientras se volvía para seguir trabajando.

Jerry se mezcló entre el personal sin previa invitación, escondiendo cuidadosamente a Ignatz entre sus ropas.

En el centro nervioso de la nave, los integradores de control no eran más que una masa confusa de metal sin arreglo posible. Las barras de unión entre las torres de control y la máquina aún estaban intactas, pero los cables y las complejas unidades de mecanismos electrónicos y reguladores que formaban el cerebro casi humano de la máquina estaban tan destrozados que no había ninguna posibilidad de reparación. La voz del Viejo era casi un ronquido, pero sus párpados guiñaban continuamente.

—¿Se han hecho las reparaciones necesarias, Capitán?

—Algunas. Quizás podamos arreglar algo más. Pero no creo que lleguemos a conectar los cohetes principales con el panel de control. Me parece que tenemos entre

nuestras manos un billete de ida sin regreso hasta el infierno.

Bajo la tensión del peligro inminente, el hombre se había hundido en una sorda desesperanza.

—¿Cuánto falta para llegar a Venus, y dónde está el punto crítico de pérdida de órbita?

—Sesenta horas, y a menos que nos hagamos con el control de la nave en las diez primeras, nos precipitaremos directamente hacia el sol; estamos actualmente en una órbita C-3 y vamos a pasar a Venus de largo.

—No tenemos posibilidad de hacer los arreglos necesarios con el tiempo que nos queda —murmuró el Viejo—. Bueno, supongo que ha llegado el fin.

Jerry hizo a un lado al capitán Blaine y se dirigió directamente al Viejo.

—Perdóneme, señor, pero quizás sea posible manejar la nave manualmente desde aquí con las observaciones transmitidas desde la torre de control.

Los ojos de los otros hombres se encendieron un instante llenos de esperanza, pero el brillo no duró mucho.

—Ni un hombre entre mil conoce la disposición exacta de todos los cables, y el trabajo es físicamente imposible. Yo no sé si esta palanca se debe mover hacia atrás o aquélla hacia delante. Cuando todavía usábamos en las naves los viejos controles manuales, los teníamos dispuestos en los paneles con cierta lógica, pero lo de aquí es una confusión completa.

—Yo conozco la disposición exacta —se ofreció Jerry—. Se trata simplemente de una cuestión de moverse con rapidez para coordinar el movimiento de las palancas.

No obstante, miró la masa de contactos, niveles y cables con una profunda duda en su corazón. El trabajo que pretendía hacer significaba abarcar con la mente la pared de tres metros de largo en todo momento, y sin embargo Jerry tuvo la sensación de que podría hacerlo con éxito.

Hubo un movimiento de Blaine, pero el Viejo lo hizo callar con un gesto.

—Tenemos necesidad de creer en milagros. Es la única posibilidad que nos queda. ¿Está seguro de que puede hacerlo?

—Completamente, señor.

—¿Cuántos ayudantes necesita?

Jerry hizo una mueca.

—Ninguno. Es más fácil y seguro hacer el trabajo uno mismo que estar ordenando a otro con el peligro constante de que se confunda. Este es un trabajo para un solo hombre.

—De acuerdo —aprobó de mala gana el Viejo con cara ceñuda—. Blaine, usted queda bajo sus órdenes, saque las partes y piezas averiadas y desconecte los controles automáticos que aún están intactos y usted y el piloto se turnarán para transmitir los datos de control a esta sala... y será mejor que sean exactos. Haga instalar un teléfono inmediatamente y ponga a trabajar a este hombre. Si llegamos a Venus podrá desembarcar sin ninguna investigación y con un buen puesto en mi flota. Si no

llegamos, no va a necesitar el empleo.

Cuando el Viejo se hubo retirado, el Capitán agitó el puño bajo las narices de Jerry.

—¡«Mal de Ojo»! Si usted no hubiera estado aquí, esto no hubiese sucedido. Más le vale que tenga éxito, señor Lord. — Se detuvo súbitamente cuando un nuevo pensamiento lo hirió con fuerza—. ¿Sabe que esto representa permanecer aquí durante sesenta horas de trabajo continuo y agotador?

—Naturalmente, ya que sus navegantes nunca aprendieron más de lo que les hacía estricta falta. — Jerry se encogió de hombros fingiendo un optimismo que no sentía—. Tendrá en cuenta, señor, que a partir de este momento todos los hombres de esta nave recibirán órdenes de mí. Debo insistir sobre una absoluta cooperación.

—Tendrá esa cooperación, lleve el «mal de ojo» o no. —Blaine le alargó la mano—. No me gusta su reputación, Lord, pero realmente admiro su valor. ¡Buena suerte!

Y al intentar hacer una salida majestuosa el Capitán olvidó el aceite extendido sobre el suelo y ejecutó una extraña pirueta antes de caer de espaldas. Ignatz se encogió más aún en su escondite, preparándose para lo peor.

—¡El «mal de ojo»! —gritó Blaine— y empezó a calificar a todo lo que le rodeaba con palabras de precisa descripción.

Cuando se retiraron los escombros de la sala de control, apareció el Jefe de comunicaciones, colocó una línea y la conectó con unos audífonos cubiertos de goma. Entregó además el informe de la posición de la nave y el cálculo de su órbita y luego se retiró.

Jerry habló por teléfono.

—¿Todo listo?

—Estamos esperando órdenes, señor. El cohete número 7 de popa tiene una explosión sospechosa en el punto 0-6 (cero-seis) que usted tendrá que compensar, y los estabilizadores trabajan mal. Venus está ahora en posición.

El navegante transmitió apresuradamente las coordenadas que Jerry trató de grabar en su memoria mientras se acercaba a los controles de los cohetes principales.

—Muy bien. Ordene que nadie me moleste excepto el cocinero. —Extrajo a Ignatz de entre sus ropas, le nuestra, muchacho... ¡aguanta la sacudida!

—Listos para propulsión, señor ¡Todo listo! ¡Ajusten los equipos!

La señal resonó a lo largo de los pasillos, y Jerry tiró de las palancas y se sostuvo fuertemente.

Los controles fueron accionados uno tras otro, el viejo carguero se sacudió como un gato saliendo de una bañera, gimió y corcoveó como si tuviese alguna oculta irritación, gimió y poco a poco se puso a funcionar. Como cohete-nave era un autobús viejo, que sólo caminaba gracias a la habilidad y a la destreza de los hombres que suspiraban por llegar a las estrellas y realizaban su sueño construyendo aparatos para que los transportasen. Aún con los estabilizadores recargados de trabajo y la

propulsión defectuosa, el carguero respondía al timón mejor que alguno de los nuevos modelos. Al principio, Jerry accionó las palancas con violencia, pero a medida que se fue sintiendo unido a la nave, lo hizo con más suavidad. Era un cohete difícil pero honesto y comprensivo.

El navegante le gritaba continuamente por teléfono las coordenadas, las relaciones de ruta y algunas palabras de ánimo innecesarias; a veces se podía oír la voz del Viejo, con acentos casi de placer. Aquel duro y exigente Viejo daba siempre el ejemplo, pensó Jerry. Nada de histerias ni de tonterías. A su lado, el Capitán y el navegante cobraron valor y cuando apareció el segundo navegante estaban llenos de bríos y esperanzas. En la torre de control, sin embargo, la fe no era un artículo abundante. Jerry quizá podía tenerla, pero no quería demostrarla con el tono de su voz.

Las primeras diez horas fueron muy pesadas por la tensión constante y el trabajo de gobernar la nave; pero a medida que pasaba el tiempo, Jerry se iba sintiendo cada vez más compenetrado con el aparato. Su mente se adaptó al crujido de las vigas, a la oscilación de la cubierta, y a la extraña armonía que une al cuerpo con el metal bien construido. El esquema de los controles se le grabó en forma indeleble en el cerebro, descubrió varios procedimientos para simplificar su trabajo y medios de combinar las operaciones de control con el mínimo esfuerzo y tiempo, hasta que se transformó en una máquina que formaba parte integral de los mecanismos que manejaba.

Cuando trajeron la comida tuvo una palabra amable para el cocinero y en cuanto hubo una pausa en la transmisión de coordenadas empezó a tragar a grandes bocados. El movimiento de la nave lo hacía bailar por toda la habitación. El cocinero hizo una mueca al observarlo y restalló los dedos alegremente. ¡Llegar a Venus con los controles rotos! ¡Una locura!

Ignatz aguardaba lleno de dudas y aprensiones, pero parecía que no iba a pasar nada más. Trompeteó alegremente una sola vez... y un ruido como de ladrillos que se desplomaban con estruendo le respondió desde los tubos de ventilación. Las hélices del ventilador siguieron girando lentamente pero la corriente de aire fresco se interrumpió.

Jerry gritó por teléfono.

—¿Qué pasa?

—Una obstrucción de polvo en la cámara de filtro de ventilación, señor. Creo que necesitaremos cierto tiempo para arreglarlo.

Se necesitó mucho tiempo. Mientras pasaban las horas el calor empezó a filtrarse desde las máquinas, sin poder ser eliminado. La transpiración normal en un ser humano se transformó en pequeños ríos de sudor que trataban de introducirse en los ojos de Jerry y que humedecían sus manos hasta hacerlas resbalar sobre cualquier objeto que tocara. El hielo y el agua fría que le traían a cada instante, le ayudaron a aguantar la situación, pero no aliviaban la temperatura. Los hombres de la tripulación ya estaban arreglando los conductos, pero aquello prometía ser un trabajo muy largo.

Ignatz se había deslizado sin ser visto por nadie por el laberinto de los tubos de ventilación tratando de encontrar la obstrucción y después de casi perderse entre ellos volvió sin lograr su propósito.

Cuando hubieron pasado 24 horas, Jerry se tambaleaba ya sobre sus pies, maldiciendo en voz baja del calor. Había colocado cubos de hielo por todas partes y ni aún así se podía enfriar el aire. Los ventiladores trabajaban de nuevo, produciendo una constante corriente de aire, pero caliente. El Amo usaba planchas de ruberoid bajo los zapatos y gruesos mitones espaciales en las manos, pero a pesar de ello apenas podía aguantar el calor que irradiaban el suelo y las palancas de control. Unos pocos grados más que subiera el termómetro y sería el fin para todos.

De repente, la temperatura que había estado subiendo constantemente, se detuvo. El calor que se producía y el aire extraído se compensaron mutuamente y Jerry se acumuló a un ritmo regular de soportar el calor y de colocarse bloques de hielo. Aún el aire que respiraba era filtrado a través de una máscara de hielo.

Sonó el teléfono con insistencia y pudo escuchar la voz del Viejo.

—Uno de los refrigeradores se ha recalentado y ha fundido un cojinete. Tendrá que limitarse a la mitad de la ración de hielo.

—Muy bien. — El Amo, pensativo, miró a Ignatz, luego lo agarró y lo dejó caer sobre sus hombros—. No hay bastante hielo, muchacho, ya sé que te gusta el calor, pero tendrás que refrigerarme. A ver cómo te portas.

Ignatz hizo lo mejor que supo. Tenía el sistema regulador de calor más perfecto de todos los nuevos planetas y lo puso en acción, extrayendo el calor del sudoroso cuerpo de Jerry y disipándolo en el aire. Jerry nunca pudo comprender la forma en que lo hacía. Lo único que sabía era que Ignatz podía absorber el calor e irradiarlo con gran eficiencia; en aquellos momentos el zloaht lo absorbía por el abdomen y lo expelía por la espalda.

—Amigo, los dos juntos formamos una excelente pareja.

Jerry suspiró aliviado.

—¡Ah, magnífico, muchacho! Me resultas mucho mejor que el hielo —cerró los ojos y se recostó contra las barras del control. Ignatz lo pinchó con la aguda punta de su cola haciéndolo regresar al trabajo.

—A pesar de todo me vas a hacer ganar en este lío, amigo —murmuró. La barba postiza se le estaba ya despegando por el calor, de modo que Jerry la arrancó del todo junto con la cicatriz. El pigmento castaño ya había desaparecido horas antes.

Pero ahora las cosas se estaban poniendo mejor. El carguero se había ubicado ya dentro del canal de su órbita, estaba perfectamente equilibrado y era poca la atención que necesitaba hasta que llegase a Venus.

Jerry se dejaba caer en una silla que tenía a mano en cuanto había un instante de tranquilidad; mientras Ignatz prestaba atención al zumbido del teléfono y observaba gravemente los indicadores de alimentación. Así descansó 20 minutos en una ocasión, 30 en otra, hasta una hora en determinado momento, El agotado sistema

nervioso de Jerry se aferraba ávidamente a cada minuto de descanso, absorbiendo alivio y nuevas fuerzas como una esponja seca. ¡Si aunque fuese sólo por un instante, se detuviera aquel calor obsesionante y agotador!

Y entonces, milagrosamente, un soplo de aire frío salió de los difusores de ventilación y Jerry ahuyentó su sopor.

—¡Lo han conseguido, Ignatz, está arreglado! —Se estremeció con agrado bajo la corriente de aire, retirándose luego un poco, a pesar del ansia que sentía su cuerpo, por miedo a un descenso brusco de temperatura.

—Ya puedes olvidarte del calor, muchacho, ahora límitate a despertarme cuando sea necesario.

La temperatura descendía suavemente un grado cada cinco minutos, y la vida parecía volver a fluir en el cuerpo de Jerry. Ignatz relinchó suavemente y relajó su organismo. El doble control de la temperatura había sido un gran esfuerzo nervioso que requirió una gran concentración mental; estaba contento de volver a su estado normal.

Pasaron así las tres cuartas partes del viaje, faltando solamente quince horas que sin duda serían las más duras de todas.

Jerry hablaba para sus adentros, dando órdenes a sus músculos, como podía haberlo hecho a un grupo de obreros, tratando de olvidar el sordo calor que sentía en todos sus miembros y la sensación penosa como si un globo se hinchase en el interior de su cabeza.

Otras cinco horas más y ya estarían cayendo dentro de la zona de gravedad de Venus, donde cada tubo tendría que ser controlado con exactitud hasta que las naves remolque pudieran ayudarle en el descenso.

El viejo Barclay apareció aquella vez en lugar del cocinero, un Barclay serio, preocupado, pero con una sonrisa en los labios... hasta que vio a Ignatz y la cara normal de Jerry. Entonces apareció en sus ojos una mirada dura. Silbó suavemente.

—Tenía la sospecha de que era cierto —dijo suavemente. Pero su voz era monótona y los músculos de su cara estaban flácidos.

—Siempre has sido un tonto, Jerry, aunque eres el mejor piloto de cuantos han manejado una espacionave. Esto y nuestra maldita mala suerte me lo tendrían que haber indicado. ¿Qué pasa?... ¿Anne?

Jerry asintió, acariciando a Ignatz cuando éste se escondía de la mirada del Viejo.

—Anne —repitió. Se abalanzó sobre los mandos de control cuando de repente el navegante empezó a transmitir nuevos datos, y luego dio media vuelta y se enfrentó al otro hombre tranquilamente.

—¿Y bien?

—Está claro. — La cara del Viejo no movió un solo músculo—. Lo que aún no puedo entender es como tu mala suerte puede alcanzar a una nave que se halla a treinta millones de kilómetros de aquí. Pero no te preocupes, te lo contaré más

tarde... quizás.

Jerry se derrumbó cansado en una silla y el otro se acercó con un trago. Al notar el temblor de sus manos al tomar el vaso, el Viejo se suavizó.

—Demasiado trabajo para un solo hombre, hijo. Yo siempre he tenido un buen conocimiento de la disposición de los controles. Quizás pueda reemplazarte por un rato.

—Quizás. Ahora no es más que una cuestión de rutina, señor Barclay. Lo único que hay que tocar son los controles de alimentación y los de los giroplanos que están en aquel panel. — El Amo los fue señalando mientras el Viejo asentía—. Tendré que hacerme cargo del control dentro de cuatro o cinco horas. ¿Está seguro de que puede mantener el rumbo hasta entonces?

—Por ese tiempo sí. — El Viejo extendió una manta sobre el joven y luego se dirigió hacia los paneles—. ¿Nunca te resultó curiosa mi presencia en esta nave?

—No tuve tiempo de pensarlo —respondió Jerry.

Barclay se agachó para pasar por debajo de una viga, con la mirada fija en los controles.

—Yo no hago nunca nada sin un propósito definido, Jerry. Venus necesita rádium. Lo necesita con gran urgencia. Ofrecen precio doble por un cargamento que vales tres millones al precio terrestre, entregado en Hellas. Pero lo necesitan cuanto antes, de manera que tiene que ser enviado en una sola remesa. Pero de este modo no te aseguran, resulta un riesgo demasiado grande para las Compañías. Y ninguna empresa privada lo embarcará sin un seguro adecuado.

—¿Entonces?

—Entonces compré el rádium en el mercado normal, lo escondí entre la carga de chocolate, ya que nunca hubo motines en la tripulación, pero podría haberlos esta vez, y vine en la nave para vigilar el cargamento. Si llega a Venus duplicaré mi fortuna, si no voy a estar allí para lamentar la pérdida.

Se detuvo y luego prosiguió con la misma voz monótona.

—Por eso podría haberte matado tranquilamente por traer ese bicho en este viaje. Pero no lo haré. Tengo razones para llegar rápidamente a Venus y la tercera parte de mis ganancias es tuya si consigues que lleguemos allí. Un millón de dólares en dinero contante y sonante, en el Banco que tú indiques.

Ignatz trompeteó suavemente y Jerry parpadeó. Luego trató de desviar la conversación.

—Usted habló de que mi suerte hiere a otra nave y además de que tiene razones para llegar rápidamente a Hellas. ¿Anne?

El Viejo repitió la pregunta de Jerry.

—Anne. Lo he visto desde la torre de comunicaciones. El Burgundy rompió uno de los tubos de dirección y tuvo que hacer un aterrizaje forzado. Pudimos captar el comienzo de un S.O.S., pero luego se desvaneció... debe haberse roto el equino transmisor al chocar con el suelo.

—¿Dónde?

—Latitud Sur 78.º 43 minutos, 28 segundos, longitud Oeste 24.º 18 minutos, 27 segundos. El S.O.S. empezó mencionando algo así como las Montañas Gemelas. ¿Las conoces?

—Son los Senos de Minerva. En el centro de la región de Despondency. Yo acampé una vez cerca del seno Norte. Es el peor lugar de Venus, aunque no tan caluroso que no se pueda sobrevivir.

—Exactamente. Hemos transmitido a Hellas, pero en esa jungla les va a costar semanas encontrarlos. De manera que tengo un millón para ti y mi casa de New Hampshire, donde tu maldita mala suerte no va a perjudicar a nadie excepto a ti... ¡pero Anne, no, definitivamente no te la daré!

Pero Jerry ya estaba perdido para el mundo, sumido en un profundo sueño, e Ignatz, acurrucado en su regazo, se disponía a dormir, mientras pudiera, ahora que todo estaba decidido.

Estaban a sólo ocho horas de Hellas cuando Ignatz se movió y abrió los ojos. El Viejo estaba trabajando frenéticamente; una profunda arruga le cruzaba la frente, pero permanecía aferrado a los controles. De nuevo el zloahit aguijoneó a su amo para despertarlo, y Jerry se levantó con la mirada un poco más despejada que antes. Tomó una cápsula de estircnina y cafeína para mantenerse despierto y golpeó en el hombro de Barclay.

—Hace tiempo que debió haberme despertado, señor. Ahora puedo reemplazarle, fresco como una lechuga. —Esto no era verdad, y el otro lo sabía—. Ha hecho un trabajo estupendo, pero yo conozco mejor los controles.

El Viejo sonrió débilmente, les echó una rápida mirada y hasta palmeó a Ignatz, pero abandonó el trabajo con un suspiro de alivio.

—No hubiera podido mantenerme en este puesto durante mucho más tiempo —admitió—. Ya no podía dominar a los controles. En el futuro, tendremos que ampliar el plan de estudio de los pilotos.

—No esperaba ninguna recompensa. Usted lo sabe bien. —Jerry pesó con cuidado sus palabras—. ¡Pero no crea que acepto lo que ha dicho de Anne!

—¿Así que me has oído? Mira, hijo, no tengo nada contra ti, personalmente... siempre me has gustado. Pero a menos que te libres de ese animal y de su «mal de ojo»...

La espalda de Ignatz se endureció.

—Ignatz se quedará conmigo.

—Lo suponía. En este caso no te quiero cerca de mí. Nada personal, ya lo sabes, pero no quiero correr riesgos.

—Por supuesto que no hay nada personal en ello, señor. —La puerta se cerró suavemente cuando el Viejo salió y Jerry rió entre dientes. Pero un instante hubo un relampagueo en sus ojos antes de que el dolor de sus músculos lo cortasen.

—Imagínate al Viejo siendo capaz de dirigir la nave de este modo. ¿Hará un buen suegro, eh?

Todavía no habían aterrizado, pensó el zloaht, y Anne tendría que decir algo sobre aquel asunto. Había profundas dudas en su gruñido, que Jerry supo interpretar perfectamente. Pero el Amo estaba muy ocupado con sus propios pensamientos para preocuparse con los de Ignatz.

Ahora que las garras de la gravedad de Venus se apoderaban de ellos con mayor fuerza, se hacía sentir la falta de la eficiencia completa de los estabilizadores automáticos. En la forma parecida a un cigarro de la nave, el centro de gravedad estaba ubicado cerca de los cohetes, y el Viejo carguero parecía pensar, a juzgar por sus movimientos, que sería mucho más agradable dejarse caer y que la gravedad hiciera el resto. Al principio esa intención de la nave fue más bien débil, pero el aparato iba haciéndose más pesado con cada kilómetro que avanzaba, inclinándose y zigzagueando hacia el planeta como una chica que coquetea con su primer novio.

—Despacio, amigo —rogó Jerry—, debemos colocarnos en línea con la órbita de Venus y pasar por encima de ella.

El joven piloto llevó la nave suavemente hacia la línea tangencial a su órbita, la fijó en su nuevo rumbo y realizó mentalmente las complicadas operaciones matemáticas que eran necesarias, cuando le enviaron el trazado de la nueva órbita con las correcciones. Los oficiales de navegación se relevaban ahora cada media hora con la supervisión constante del Capitán, y seguirían en esta forma hasta que la nave llegase a su destino. En esos momentos las observaciones tenían que ser rápidas y absolutamente exactas.

La espacionave bajó suavemente, describiendo un arco hacia el Polo Sur, guiada únicamente por Jerry que se mantenía en pie gracias a sus nervios y a los estimulantes. A mil quinientos kilómetros de altura, la velocidad del cohete era de doce kilómetros por segundo y el promedio de caída de cuatro y medio. A setecientos kilómetros de altura, la velocidad frontal era igual a la de caída y ésta descendió hasta la del aterrizaje normal. Entonces llegaron a la altura del colchón de aire, donde éste era lo suficientemente denso para que las aletas de la nave pudieran encontrar algo adonde agarrarse y los estabilizadores volvieron a hacer sentir su ronroneo. De ahí en adelante, se deslizarían hasta Hellas, hasta que pudieran ser sostenidos por los remolques.

—¡Tu maldita suerte! —gritó el Viejo con un gesto crispado—. Acabamos de recibir un mensaje. Dice que los remolques de Hellas están parados por la huelga. Tendrás que guiar hasta el campo de Perdition en Venus Norte. ¿Podrás mantener la altura?

—Tengo que hacerlo. Navegante, deme las coordenadas para la altitud 68.º, 43 minutos, 28 segundos Sur, longitud 24.º, 18 minutos, 27 segundos Oeste.

—Pero Perdition está... —La voz del navegante fue interrumpida por un estallido

de ira de Barclay.

Jerry gritó con voz cansada:

—¡Cállese! ¡No vamos ni a Perdition ni a Hellas! Navegante, obedezca mis órdenes. Deme los datos y efectúe la corrección. Si se asustan y se ponen nerviosos, nunca sabrán lo sucedido.

—Pero los remolques están en Perdition.

—¡Al diablo con los remolques! Voy a aterrizar sobre la cola. —Después de estas palabras se oyó a varias personas que se atragantaban al otro lado del hilo telefónico e Ignatz pudo percibir el entrechocar de los dientes del navegante. El Viejo gritaba algo sobre locuras, pero contuvo su ira y hubo una sorda consulta, demasiado baja para que pudieran oírla. Luego Barclay subió el tono de su voz.

—Están todos en las manos de un loco, pero nuestra única posibilidad de vivir es darle los datos de la situación. Nos mataríamos todos antes de poderlo sacar de ahí. ¡Sigán bajo las órdenes de Lord! —Y luego habló directamente en el tubo—: Jerry, si sobrevivo a esto, te voy a partir en dos como una rama seca. Ni tan siquiera uno de cada tres aterrizajes sobre la cola salen bien, contando con los controles intactos. ¡Razona un poco! ¡Mal podemos ayudarla si morimos!

El navegante más joven tomó luego el teléfono, sus nervios estaban rígidos por la desesperación y la voz le salía frágil y desentonada. Lentamente, la nave se fue asentando, abriéndose camino a través del denso aire. Al fin, el navegante comunicó que estaban sobre destino y Jerry elevó la nave con exquisita precaución. Protestó ésta por el tratamiento tan poco ortodoxo y respondió como de mala gana a las órdenes de los controles.

—¡Dos mil quinientos kilómetros sobre destino! Tiempo tranquilo, no hay viento... ¡Gracias a Dios! Dos mil. ¡Tiene que desacelerar, señor!

Ignatz rezó con fervor a los bosques y a los dioses de sus pantanos natales, pero aparentemente se encontraban muy lejos de allí. Y la tierra se acercaba vertiginosamente mientras la nave se balanceaba de uno y otro lado. Jerry bailaba lo que parecía una danza guerrera delante de las palancas de los cohetes. Sus ojos estaban vidriosos, las manos se aferraban a los controles con un gesto de desesperación, pero fue dirigiendo la nave, metro tras metro, mientras la vertiginosa velocidad iba disminuyendo.

—Ciento cincuenta y seis del nivel del suelo. Ahora los escapes no nos dejan ver. Los instrumentos indican trescientos... doscientos... ¡más despacio!

La nave desaceleraba, inclinándose perceptiblemente. Jerry cortó la alimentación para caer libremente y el aparato se enderezó. Los cohetes comenzaron a funcionar de nuevo.

—Quince metros. ¡Dios nos ayude!

A pesar de su brevedad, la interrupción de la propulsión había sido demasiado larga. Ya funcionaba de nuevo con toda su potencia, pero la nave caía con demasiada rapidez; ¡pero no!, comenzaba a aminorar; pero al hacerlo se inclinó nuevamente.

Ignatz gruñó, ¡era Jerry quien la había hecho inclinarse con el propósito deliberado de que hiciese un aterrizaje horizontal a quince metros de altura! La nave no tenía suficiente poder en los chorros laterales para mantenerse. La velocidad se elevó mientras se balanceaba sobre su eje; luego, cuando se enderezó, volvió a aminorar. Jerry cortó los controles; trató de asirse a una palanca y falló. Ignatz aflojó los músculos.

Se oyó un fortísimo chasquido acompañado por gritos. La nave rebotó levemente antes de asentarse. Y luego siguió un largo silencio. Habían aterrizado. Jerry se levantó del suelo y tanteó con cuidado la integridad de Ignatz.

—Eres bastante fuerte, amigo, no tienes ni un rasguño. Si yo no hubiese estado ablandado por el cansancio, esta caída de tres metros me hubiera sacudido bastante. Pero los demás deben estar perfectamente. Esta sección recibió el golpe más fuerte.

Medio minuto después la nave estaba llena de gruñidos y gritos. El Amo levantó a Ignatz.

—Vamos, muchacho, debemos bajar y prepararnos para la expedición.

La bodega de popa estaba repleta de todos los elementos necesarios para la comodidad y seguridad de los cazadores de esponjas. Jerry llenó allí una mochila con las vituallas necesarias para un viaje de tres meses, tanto que casi no era capaz de levantarla. La preparó perfectamente, palpándola luego para asegurarse de que no se había olvidado el frasco de las píldoras contra las fiebres y descolgó tres pares de raquetas para barro, especie de híbrido entre esquíes y canoas, fabricadas con berilio ligero y diseñadas para soportar el peso de un hombre sobre barro semilíquido o agua y facilitarle el deslizamiento sobre el fango, sin hundirse.

—Ese tonto de Durnall es capaz de haberse largado a través del barro —le dijo a Ignatz—. Ese tipo nunca tuvo cerebro, así que mejor será llevar tres pares. —Jerry se dirigió hacia la salida de emergencia, abrió la compuerta interior y luego la cerró. La exterior fue cediendo lentamente y se abrió... ¡en la llanura lisa y arenosa del aeropuerto de Hellas!

El viejo carguero había descendido exactamente en el centro del campo de cohetes y alrededor de él hormigueaba una multitud de personas que habían tenido noticias del aterrizaje o lo habían podido ver. Los mecánicos trabajaban en la escotilla principal que parecía haberse atascado de nuevo.

Súbitamente, unas pesadas manazas alcanzaron a Jerry y lo arrastraron hacia afuera.

—Por aquí, amigo. —Tres empleados del espacio-puerto lo tenían agarrado, sonriendo nuevamente mientras lo cacheaban buscando algún arma escondida. Luego, el que parecía el jefe hizo un movimiento ordenando que lo trasladaran a un helicóptero que les aguardaba preparado para el vuelo.

—Un tipo listo, ¿eh? —Miró a Jerry con una expresión calculadora—. Tiene que comer mucha sopa para agarrar al viejo Barclay. Recibimos un radiograma

avisándonos que usted iba a salir de esto, así que ya estábamos esperándole. Le preparamos una buena recepción.

Jerry dejó de echarles maldiciones y les hizo una pregunta obvia.

—¿Adónde me llevan? —Nuevamente sonrieron burlones, sosteniéndolo con fuerza mientras lo sentaban en el helicóptero. A una orden del jefe, el piloto puso en marcha el motor y se elevaron dirigiéndose hacia las afueras de Hellas... pero en dirección contraria a la cárcel.

—No se preocupe; usted y su mascota van a estar instalados con mucho confort —le dijo el jefe amigablemente—. El Viejo le envía a uno de los departamentos privados de Herndon, nuestro Jefe de División. Dice que usted va a tener un lindo descanso, sin que nadie lo moleste... ni lo busque.

No tenía sentido interrogar a aquellos tres hombres, quienes probablemente sabían aún menos que Jerry. El joven piloto se encogió de hombros en silencio e Ignatz se enroscó esperando algún accidente del helicóptero. Pero aún la mala suerte les negó en aquella ocasión su ayuda. Aterrizaron en el techo de uno de los edificios de departamentos de la compañía, Los hombres arrastraron a Jerry a través de la entrada y lo llevaron por un vestíbulo hasta una serie de habitaciones perfectamente instaladas.

—Póngase cómodo —le invitó generosamente el hombre—. Probablemente Herndon no va a aparecer, así que usted es el dueño aquí. Las paredes y las puertas son de acero, las ventanas de transplonite y las cerraduras seguras. —Levantó el aparato televisor y se lo llevó consigo—. ¿Desea algo más?

El Amo se encogió de hombros, calculando sus posibilidades de huída. Pero los otros eran jóvenes, fuertes y estaban alerta. Abandonó toda tentativa en aquel mismo momento.

—Podrían mandarme una mina de diamantes y una docena de coristas.

—Ésa es la especialidad de Herndon: coristas. Háblele a él al respecto —los otros sonrieron y empezaron a retirarse sin dejar de darle frente—. El Viejo aparecerá por aquí mañana, probablemente.

La puerta se cerró y la llave hizo un ruido definitivo en la cerradura.

Jerry se dirigió disgustado hacia el dormitorio.

—A veces, Ignatz —murmuró—, me parece que... —Se detuvo cuando vio la expresión del zloht—. Olvídalo, amigo. Voy a encender el horno de modo que puedas dormir allí esta noche. Los dos necesitamos cerrar los ojos.

Ignatz se despertó cuando el sol ya atravesaba las ventanas de transplonite. Sus investigaciones le demostraron que el Amo dormía y no tenía ningún deseo de despertarlo.

Mascullando algo con un tono disgustado contra el mundo en general, se dirigió hacia la biblioteca en busca de información sobre esa enfermedad tan particular que parecía afectar a los humanos.

El diccionario definía el amor, y la enciclopedia llevaba un excelente resumen de

sus aspectos médicos y fisiológicos. Pero ninguna de las graves y lógicas disquisiciones del libro tenía relación con las idioteces con las que Ignatz asociaba ese sentimiento.

Otros volúmenes ostentaban títulos llamativos que auguraban alguna explicación. Seleccionó tres al azar y se sumergió entre sus páginas trompeteando y gruñendo fuertemente. Lo que iba encontrando sólo ayudaba a confirmar sus ideas preconcebidas al respecto, pero sin aclararlas. Comparado con los ejemplos de los libros, Jerry era un sujeto completamente racional.

Sin embargo, los libros tenían su uso. Ignatz olfateó profundamente y encontró la cola con la que habitualmente se pegan las páginas; como el diccionario y la enciclopedia tenían cierta utilidad hizo un esfuerzo y los dejó a un lado. Luego, bajó media docena de libros cuyos títulos indicaban que se referían al mismo tema y comenzó a arrancarles las tapas minuciosamente.

Tenían una cola excelente, bien condimentada y fuerte; por supuesto, que el papel estaba pegado a ella, pero no había mayor dificultad en sacarlo.

Luego, tiró por el incinerador lo que quedaba.

Con su estómago lleno y el cuerpo descansado, sólo le quedaba dedicarse a explorar. Aquellas habitaciones humanas eran a veces muy interesantes. Primero probó un poco de vaselina, luego puso en marcha un aparatito eléctrico y por último decidió satisfacer su curiosidad sobre un asunto que desde hacía mucho tiempo le tenía intrigado.

Una mezcla de doloridos berridos de Ignatz, ruidos variados, y tañidos de campanas despertó a Jerry Lord. Ahuyentó el sueño de sus ojos frotándolos con sus manos, ya firmes y seguras, y al mirar hacia abajo hizo una súbita mueca.

—Te dije que dejaras esos relojes de cuerda, tranquilos, amigo. Suponte que realmente hacen tic-tac en lugar de zumbar como eléctricos. ¿Es imprescindible que averigües por qué?

Ignatz había encontrado la causa... y con todos los detalles. Jerry desenredó la cola del zloaht de la cuerda principal y de varios engranajes de metal y libró su obscuro cuerpo de la cuerda del timbre. Una vez terminadas estas operaciones, ambos recorrieron el departamento hasta que se convencieron de que era imposible escapar de él.

Jerry encendió el estereovisor mientras desayunaba, pero no pudo oír ninguna noticia. Sólo se transmitían los programas matinales y música.

Para matar el tiempo sacó un libro sobre motores a cohete y se puso a leerlo mientras Ignatz obtenía un éxito completo al lograr hacer correr el agua corriente del baño y meterse en la bañera llena. Si el Viejo pensaba hacer las cosas a su manera, seguramente aparecería por allí cuando lo creyera conveniente.

Barclay hizo correr la cerradura al mediodía y entró dejando una pareja de guardias fuera.

—Eres un tonto —le saludó.

Jerry hizo una mueca lastimosa.

—Un buen truco ése de los datos falsos. Pensé que estábamos aterrizando en los Senos de Minerva. Pero por lo menos no le destrocé su maldito carguero.

—No se rompió ni siquiera la radio. Fue lo mejor que he visto en aterrizaje de cola. Y esto que yo mismo hice dos —rió entre dientes cuando el Amo lo miró sorprendido—. Sí, señor, yo pilotaba naves en los tiempos en que no era todo auténtico. Pero nunca probé el aterrizaje horizontal, a pesar de haber oído hablar de él.

Sacó un sobre del bolsillo.

—Aquí está. Yo siempre cumplo mi palabra. Un giro contra la Comercial Exploradora de un millón de dólares y la escritura de mi casa de New Hampshire, por si vuelves allí... y por cierto no será en una de mis naves. Puedes ahorrarte las gracias.

Jerry tomó el sobre con gesto tranquilo.

—No tenía intención de dárselas. Me lo he ganado —guardó el sobre en la mochila que había traído consigo—. ¿Qué noticias hay de Anne? ¿Y cuándo salgo de aquí?

—Yo lo he arreglado todo para que lo hagas hoy —al ver la cara de Jerry sacudió la cabeza—. No a la cárcel exactamente, sino a una casa de retención que usan aquí desde la última vez que estuviste en Venus. La utilizan para borrachos y morfinómanos. Te he hecho registrar como polizón para que te deporten; yo mismo me haré cargo del costo del viaje. Desde anoche no te quiero ver en la casa de ninguno de mis empleados. Les traes mala suerte.

—¿Qué pasó?

—Herndon se casó y me dejó colgado anoche... justo cuando más lo necesito.

—Pero eso es una cosa de mala suerte para usted y no para él —señaló Jerry—, aunque supongo que usted lo despidió.

—Es que me dejó para llevar una vida alegre —el Viejo sonrió torcidamente—, la mala suerte fue para él, pues se casó con la mujer que baila con una anguila arenera marciana en el casino.

Jerry asintió; había visto el espectáculo y no tenía ninguna respuesta que ofrecer. Giró entonces la conversación hacia Anne.

—Usted ya sabe que si me deja salir de aquí, puedo localizar el Burgundy en un par de horas. Por algo pasé dos meses en Despondency, y ya sabe que allí Ignatz me traerá buena suerte.

Barclay se encogió de hombros.

—Buena suerte para ti; y esto es lo que temo. Lo que pasa es que ya hemos encontrado el Burgundy sin tu ayuda. Ahora estamos enviando patrullas provistas de raquetas para barro para hallar a Anne y a Peter. El Capitán tenía que obedecer a Anne y los dejó marchar.

Su cara se contrajo por un instante.

—Creí que Durnall iba a razonar un poco y que no la iba a dejar ir por los pantanos donde ni siquiera la brújula funciona.

—Tenía el presentimiento de que iba a suceder eso. Usted cometió un error, señor, al hacerme aterrizar en Hellas, en lugar de hacerlo en Minerva.

Barclay gruñó y no contestó nada. Todos sabían que habían tantas posibilidades de encontrarlos en los pantanos como a la aguja del proverbio.

—Si estuviera seguro de que la ibas a encontrar, sería lo bastante loco como para dejarte marchar. Más vale que lleves tu equipaje. Estos hombres te van a acompañar a la casa de recepción.

La sala que le habían destinado era bastante confortable y Barclay la había provisto de manera que todas las comodidades de Jerry fueran satisfechas. Pero se encontraba muy lejos de Anne.

Caminó incansablemente por la habitación hasta que Slim, el guarda, trajo su comida. Aunque ya había fracasado antes, al intentar sobornarlo, probó de nuevo.

El guarda hizo una mueca.

—Aquí tiene su comida. Cómala tal como está. Desde que usted vino aquí todos los alimentos se echaron a perder. Además su cheque no sirve de nada. La Comercial Exploradora cerró las puertas y ha suspendido los pagos hasta que llegue un nuevo cargamento de oro de la tierra.

Ignatz gruñó, pero Jerry no se dio por vencido.

—El cheque tendrá valor cuando el Banco abra de nuevo.

—Si está su dinero adentro, esto no va a suceder —contestó Slim alzando los hombros.

—¿Pero usted no creerá en esta superstición, no es cierto? —La voz de Jerry no era muy convincente.

—¿Qué? Mire, justamente cuando usted llegó aquí, mi mujer tuvo trillizos. ¡Y yo soy un hombre pobre! No quiero tener nada que ver con usted ni con lo suyo. —empujó la comida y giró sobre sus talones.

Jerry echó unas cuantas maldiciones, pero luego llamó al carcelero.

—¡Oiga! ¿Puede entregarle un mensaje al señor Barclay? Dígale que sé cómo encontrar a su hija. ¡Comuníqueme que quiero verle mañana por la mañana!

Slim asintió sombríamente. Jerry se volvió hacia la comida sin contestar a los berridos interrogantes de Ignatz. El zloaht observó cómo Jerry terminó su ración y luego se puso a pasear por la habitación fumando uno de los fuertes cigarrillos venusianos. Levantó una colilla y la observó curiosamente, trompeteando en tono admirado.

—Son los nervios, amigo —contestó Jerry—, se supone que eso nos calma cuando algo anda mal... igual que la pipa que dejé en la tierra. ¿Quieres probar uno? —Lo colocó entre los afilados labios de Ignatz y lo encendió. —Ahora lo chupas, metes el humo en los pulmones y luego lo exhalas. Sí, así está bien...

Ignatz tosió expeliendo el humo y rugiendo roncamente, maldiciendo a su Amo.

Sin embargo, una extraña sensación lo agitó en algún lugar de su cuerpo y se detuvo a observar el cigarrillo, pensativo. A veces una cosa es mejor después de probarla varias veces. Lo alzó nuevamente con sus antenas, esta vez con cautela, y trató de fumar de nuevo con un poco más de éxito. No le resultó tan desagradable esta vez. Y en la tercera tentativa todo anduvo perfectamente.

—Será mejor que no abuses de ello, amigo —le aconsejó Jerry—; no sé como puede afectar el tabaco tu metabolismo. El alcohol no te hace nada, pero esto te puede causar algún daño.

Ignatz lo oyó vagamente, pero no se preocupó de lo que decía. Sentía un delicioso calor deslizarse por sus nervios hasta la punta de la cola. Había sido realmente un tonto al pensar que la vida era dura... es en realidad una maravilla... eso es. Y mientras la habitación se quedaba quieta era muy hermosa. En este momento estaba girando locamente y él perseguía las paredes en su agitada rotación; pero pronto se dio por vencido... iban demasiado veloces para poder alcanzarlas.

Jerry se rió por algún motivo que Ignatz no pudo descubrir.

—Ignatz, te estás portando como un borracho. Y ese cigarrillo te va a quemar si no lo escupes.

—¡Hwoonk! —dijo Ignatz. Todavía le quedaba algo de aquel agradable calor. Tomó laboriosamente aquella cosa ardiente y la arrojó lejos de sí—. ¡Hwulp! —¿Y ahora? ¿Por qué su cola insistía tanto en hacerle saltar de esta manera? ¡Hwulp! Si insistía tanto, no iba a ser él quien la detuviera. Observó la luna que había salido misteriosamente desde la tierra y que ahora navegaba por el techo de la habitación. ¡Una noche tan hermosa! Hay que cantar algo sobre la noche. Una canción lo más hermosa posible.

Su voz de trompeta chirrió con un sonido trémulo, ascendió en un lamento *in crescendo* y fue perdiéndose en algo que sonaba como el arranque de un cohete-nave. Hermosa canción... ¡hermosísima! Jerry lo metió dentro de una almohada para ahogar sus gritos, pero sin éxito. ¿Y qué? ¿Qué importaba si los alojados en la casa de retención querían dormir? De cualquier manera ellos también estaban haciendo mucho ruido. ¿Quién deseaba dormir? Era una noche demasiado agradable para perderla durmiendo. Ejecutó una imitación bastante buena del zumbido de una sierra circular. Jerry se rindió y se metió en la cama a su lado, mascullando algo entre dientes. Ignatz lanzó varios reproches al Amo, dio media vuelta y comenzó a roncar fuertemente.

A la mañana siguiente, se despertó a tiempo para ver a un guardia como abría la puerta al Viejo y trató de meterse bajo la cama. Algo le atravesó la cabeza y cayó hacia atrás con un triste bramido. Tenía ahora una sensación muy distinta a la experimentada la noche anterior.

Jerry hizo una mueca dirigida a él.

—Te luciste. ¿Qué otra cosa esperabas? —Se volvió hacia Barclay—. ¿Su guardia le entregó, entonces, mi mensaje?

—Sí —por lo que se podía apreciar en su cara, el Viejo había dormido muy poco aquella noche—. Si tu plan implica el que quedes en libertad, no me hables más del asunto.

—No. Ya me he convencido de que es inútil tratar de hacerle cambiar de idea — apartó con un golpe de su mano el paquete de cigarrillos al ver que Ignatz se abalanzaba hacia él—. Pero la marea semestral de barro debe empezar un día de estos y entonces Despondency va a convertirse en un infierno. Usted tiene que sacarla de allí.

El Viejo asintió. Había estado pensando lo mismo. Jerry prosiguió:

—Un hombre solo no puede localizar allí algo que sea más pequeño que una espacionave. Pero un zloaht, sí. Bueno, a diez kilómetros al Norte de los Senos de Minerva y allí la brújula marca el Sur en lugar del Sudeste, hay una ciudad de los congéneres de Ignatz construida en un pequeño lago. Han hecho un dique sobre el río Forlorn y construido sus casas sobre balsas, trabajando con sus antenas y casi sin materiales. Cultivan algunos alimentos en las riberas. Además, han conseguido fabricar un molino y lo utilizan de muchos modos. No son humanos, por supuesto, pero pronto nos van a alcanzar si no los exterminamos antes. Actualmente, están muy civilizados.

El Viejo resopló al observar a Ignatz que buscaba los restos del cigarrillo de la noche anterior.

—¡Civilizados! Me parece que se acercan más a los castores.

—Muy bien, piense como le parezca. —Jerry estaba ya acostumbrado a la firme creencia humana en su descendencia divina... o quizá la palabra era ascendencia—. De cualquier modo han desarrollado una especie de alfabeto y tienen animales domésticos. Y lo que es más importante, les he enseñado algo de inglés y por chocolates y cacahuetes son capaces de hacer cualquier cosa.

Barclay comprendió la idea de Jerry.

—¿Quieres decir que debo ponerme en contacto con ellos y hacer que busquen a Anne? Parece algo descabellado, pero estoy dispuesto a probar hasta el último recurso.

Jerry comenzó a exponer su plan.

—Ellos no podrán hablarle a usted, pero cuando alguno de ellos venga a buscar el chocolate, querrá decir que la habrán encontrado, son muy honestos en sus negocios. Luego, todo lo que tendrá que hacer será seguirlos.

El Viejo tomó nota y se dirigió hacia la puerta.

—Te haré saber qué tal anduvo tu plan —prometió—. Si la encuentran, hasta me voy a arriesgar a embarcarte de vuelta a la Tierra.

Jerry murmuró algo y se volvió hacia Ignatz, quien estaba tirado en la cama, mugiendo sordamente, con su cuerpo de medio metro de largo hecho un manojo de nervios.

Pasaron tres días lentos y sombríos antes que Slim apareciera con otra nota.

—El señor Barclay le ha enviado esto —dijo bruscamente. Slim trataba de tener que ver lo menos posible con Jerry.

Este la abrió ansiosamente. El mensaje era breve y conciso.

«Tres helicópteros cayeron tratando de encontrar tu lago, hemos enviado patrullas de rescate y no pienso volver a hacerte caso ninguno de tus estúpidos planes».

Pasó la nota a Ignatz, quien la leyó con mal humor, y luego encendió un cigarrillo con los esperanzados ojos del zloaht fijos en él. Pero al ver como ponía el paquete en el bolsillo, fuera de su alcance, mugió con disgusto y se retiró a un rincón con un silencio hosco.

La quietud de la habitación fue rota por una explosión que sacudió a la casa de retención como una hoja en el viento. El piso se agitó locamente y las ventanas de transplonite saltaron con un frágil chasquido. Luego, al desaparecer el ruido, Jerry se levantó del suelo de un salto, agarró a Ignatz y a la mochila y sin explicaciones inútiles se abalanzó hacia la ventana abierta.

Slim venía corriendo por el corredor.

—¡Ha estallado el equipo acondicionador de aire justo debajo nuestro! —gritó—. ¿Está usted bien, Lord? —Al verlos trepar por la ventana, sacó su pistola unitrónica, pero la bajó rápidamente. —No voy a intentar la suerte con este juguete; con usted por aquí me puede estallar en las manos. ¡Cuanto más lejos se vayan, más tranquilo voy a estar!

A veces hasta una mala reputación tiene su utilidad. Jerry se dejó caer desde tres metros de altura; divisó un helicóptero vacío en las cercanías, forzó una puerta del fondo del edificio y se dirigió hacia él. Se lanzó contra la portezuela, la atrancó por dentro, y arrancó el motor en el momento en que los guardias salían corriendo del edificio. Ignatz miró el indicador del depósito de combustible y se llevó una gran sorpresa al encontrarlo lleno.

Antes que las ametralladoras del techo pudieran ser enfiladas contra ellos, el helicóptero se elevó suavemente y empezó a ganar velocidad. Jerry describió un círculo y se dirigió hacia el Norte, con el pequeño aparato deslizándose velozmente por el espacio. Hellas quedó cinco, diez, luego veinte kilómetros atrás. Quince kilómetros más adelante se hallaba el maldito Hellonfire, más allá de Despondency.

—Déjame alcanzar solamente los pantanos, amigo —rogó Jerry—; no nos metas en alguna de esas dificultades. —Ignatz tenía sus antenas enrolladas en un nudo, tratando de hacer caso a Jerry y concentrándose en ello profundamente. Sólo les faltaban unos tres kilómetros para llegar a los pantanos, cuando el motor empezó a tartamudear, parándose y arrancando a intervalos irregulares. Jerry se dedicó con toda energía a los controles, pero la nave se fue deteniendo, volando a velocidad variable. Cuando el motor se paró por completo, se podían distinguir a través de las nieblas, las primeras líneas de la vegetación de Hellonfire. Los dientes de Jerry crujían al tratar de hacer planear el aparato hacia un claro. Pero la tierra se acercaba rápidamente a

medida que se arrastraban hacia los pantanos.

Por el espesor de un cabello no chocaron contra la espesa muralla verde y al pasarla se encontraron sobre Hellonfire. En ese momento, el motor arrancó nuevamente, zumbó con suavidad y empujó con firmeza los rotores contra el aire, levantando el aparato fácilmente. A partir de este momento, y de acuerdo con la leyenda, la suerte tendría que empezar a sonreírles.

Y así fue. Se deslizaron a través de Hellonfire, pasaron sobre los restos del primer helicóptero enviado por el Viejo y prosiguieron su camino. La brújula comenzó a moverse y oscilar sin razón aparente y Jerry se vio forzado a dejarse guiar por el instinto de Ignatz. El zloaht apuntaba con su antena hacia la presunta ubicación de su aldea y el Amo seguía esa dirección con confianza.

Dejaron atrás Hellonfire y comenzaron a atravesar la selva de Despondency. Al mirar hacia abajo, Jerry movió la cabeza lentamente. Se podía distinguir ya el lento avance de la marea de barro que dos veces al año hacía casi imposible atravesar aquella región.

Si Anne se encontraba allí abajo, a menos que estuviera en un lugar elevado, quedaban pocas esperanzas de hallarla. Al pasar entre los Senos de Minerva, pudieron observar cómo desmontaban el campamento provisional que el Viejo había establecido como base para la búsqueda. Tenían que abandonarlo antes de que el barro subiera demasiado.

En ese momento Ignatz mugió y Jerry, al mirar hacia abajo, pudo ver el lago brillando entre la densa vegetación. Lo cubrían balsas flotantes, exactamente colocadas en filas, y que soportaban sobre ellas unas hábiles construcciones destinadas a viviendas. Zloahts semejantes a Ignatz se movían atareados en las cabañas y canales.

En las orillas del lago, guiaban sus zihis domesticados, de un tamaño veinte veces mayor que ellos mismos. En ocasiones, un trompeteo atravesaba el lago y era contestado desde la balsa más grande.

Jerry hizo descender los pontones del aparato y lo dejó bajar suavemente sobre el lago. Ignatz nadó desde el helicóptero hasta el edificio del jefe, llevando consigo un paquete de chocolate envuelto en tela impermeable. Volvió a los diez minutos, se izó gritando hasta el aparato, con un pequeño envoltorio en la boca.

El Amo lo cogió. En el tosco papiro pudo descifrar una pintura ejecutada de modo primitivo, de un hombre y una mujer, encima de una balsa, arrastrados por dos zihis. Debajo del dibujo había dos cuadros negros con otro blanco entre ellos y dentro del envoltorio encontró una barra de chocolate de una marca distinta a la del que Jerry les había enviado.

Jerry tomó de nuevo los controles del aparato.

—Así que se marchó de aquí hace un día y dos noches con Durnall. Cambiaron chocolate por dos zihis y una balsa. ¿Saben qué dirección tomaron?

Ignatz emitió unos sonidos roncós y señaló hacia el Sur y el Este abarcando una

lenta corriente, afluyente del Forlorn. Jerry hizo girar el helicóptero y se dirigió en esa dirección en busca de señales de su paso. El viaje con los zihis lo debía de haber llevado a una velocidad de 30 kilómetros o más por día, lo que significaba que se hallaban a unos cien kilómetros de allí. Jerry disminuyó la velocidad del helicóptero a cincuenta kilómetros por hora al darse cuenta que la corriente se estrechaba. Si desaparecía antes de encontrarla sólo le quedaba una exploración de muchas horas casi sin esperanza. Había centenares de cursos de agua que podían haber tomado al dejar Littlehades.

Pero los vio antes de que la corriente terminara en sus pequeños tributarios. Se habían detenido, tratando probablemente de hallar el camino, y Jerry pudo observar cómo miró hacia arriba, al oír el motor, y cómo empezó a hacer señales con gestos frenéticos. Hizo descender el helicóptero rápidamente deteniéndolo a pocos metros de la balsa y abrió la portezuela en el momento en que ella guiaba a los zihis hacia el aparato; Durnall yacía en la balsa cubierto con una manta.

—¡Jerry Lord! —Su voz sonaba aguda y cansada, los ojos enrojecidos y en apariencia no había dormido hacía muchas horas.

—¡Gracias a Dios! Peter cogió la fiebre... la fiebre roja de los pantanos... y no llevábamos medicinas en nuestras mochilas —tomó el frasco que Jerry le tendía e hizo tragar tres pastillas a Durnall—. ¡Ayúdeme a cargarlo a él y al equipo... y llévenos al hospital, pronto!

Jerry cogió a Durnall y lo depositó en la parte de atrás del helicóptero con toda la rapidez que pudo. Ignatz ya estaba dando órdenes a los zihis de volver a la aldea con la balsa, mientras Anne recogía su equipo y subía al aparato. Ella se acomodó al lado del hombre enfermo, cuyo rostro tenía el color rojo ladrillo característico de un caso avanzado de fiebre de los pantanos.

—Tu padre ha estado muy preocupado y yo también.

—¿Tú, también? —Su voz sonaba muy lejana—. ¿Jerry, en cuánto tiempo podremos llegar al hospital?

El se encogió de hombros.

—Creo que en cosa de tres horas. —Ignatz observó la cara de su amo y gruñó en forma casi inaudible. Por supuesto, Anne se había encontrado varios días a solas con Durnall y los hombres enfermos tienen muchos recursos para captarse las simpatías de una mujer. El zloht frotó suavemente sus antenas contra los tobillos del Amo.

—¿Cómo encontraste la aldea? —preguntó Jerry—. Hice todo lo que pude por ayudarte; pero tenía miedo de que te hubieras extraviado en la marea del barro.

Ella levantó la vista, pero prosiguió ocupada con atender a Durnall.

—Cuando nos fue posible salir del Burgundy, recordé tu relato de cómo estando extraviado, tú mismo pudiste encontrar la aldea. Seguimos la dirección que la brújula indicaba, según tú nos lo habías anticipado, y nos detuvimos allí hasta que descubrí que nos entendían. Entonces pude cambiarles algo de nuestros alimentos por los zihis y la balsa. Lo que me habías aconsejado hubiera sido lo suficiente para salir del paso,

si a Peter no le hubiese cogido la fiebre. Yo tuve suerte y no me contagié.

Durnall gemía y se agitaba sin cesar y ella se dedicó nuevamente a prestarle atención. Jerry se inclinó sobre los controles y guió silenciosamente en dirección al Sur, hacia Hellas, observando cómo allí abajo Despondency se transformaba en Hellonfire. Luego, salieron de los pantanos y se volvió para avisar a Anne que ya casi habían llegado.

En aquel momento, su cabeza recibió una fuerte sacudida. El rotor del helicóptero que, hasta hacía un momento giraba suavemente sobre sus cabezas, empezó a vibrar ásperamente y a frenar el motor. Ignatz se agachó para evitar la mirada del Amo y gruñó. Una de las paletas del motor se había roto y las otras se habían desequilibrado, girando lentamente. El aparato perdía altura a gran velocidad. Jerry cortó el contacto al motor y falló al tratar de suavizar la caída. De un tirón accionó la palanca de los protectores contra choques y unos colchones de goma se extendieron detrás de él para atenuar a los pasajeros los efectos de una colisión frontal. Antes de que pudiera hacer lo mismo con el protector del piloto, la nariz del aparato se incrustó en el suelo.

Ignatz alcanzó a ver cómo el Amo se estrellaba contra los controles, y luego algo golpeó fuertemente en el cuerno de su hocico y empezó a ver unas brillantes lucecitas. Después le invadió una obscuridad completa.

El zloah't se encontró flotando en una bruma gris; fracasó al querer gruñir. Cuando abrió los ojos vio muchos metros de gasa envolviendo su hocico; Jerry se hallaba observándolo, instalado en una cama vecina.

—Ha sido una operación delicada, amigo. Me ha dicho el médico que tuvo que sacarte más de la mitad de tu cuerno porque algo se había estrellado contra él convirtiéndolo en astillas. Estuviste medio día más que yo en la inconsciencia y me han dicho que yo estuve desmayado durante cuarenta y ocho horas —se agitó en la cama y continuó—: todavía estoy entero, salvo un par de huesos rotos y un chichón en la cabeza.

Ignatz miró a su alrededor lentamente, dándose cuenta por su estado que le habían propinado drogas para hacerle dormir. Se hallaba en una pequeña habitación, instalado en una cama que era una réplica en miniatura de la ocupada por Jerry. Pero no se encontraba en un hospital.

Jerry hizo una mueca.

—Tenían miedo en la ciudad de que les trajeras mala suerte y tanto grité por ti que nos instalaron juntos en una casa que el Viejo tiene precisamente en Hellonfire. He estado esperando que te recobres para recibir visitas —levantó la voz—. ¡Eh, enfermera! Dígales que todo anda bien por aquí.

Junto con sus palabras, se abrió la puerta de golpe y entró el Viejo con paso ágil.

—Bueno, ya era hora. Estás igual que siempre.

—Sí, supongo que listo para volver a su maldita casa de retención.

El Viejo parecía muy satisfecho.

—Esta vez, no. Se me ocurrió otra idea mejor. ¿Tienes todavía la escritura de la casa de New Hampshire que te cedí? Bueno, me la vas a devolver y a cambio te daré otra, pero por la casa de los pantanos. Aquí tu mascota va a ser inofensiva y te aconsejo que inviertas tu millón en mi empresa.

—¿Así que no me manda de regreso a la Tierra, eh? ¿Tiene miedo de que le haga estrellar la nave?

Barclay sacudió la cabeza.

—No me preocupa el aparato. Lo que no sé es lo qué hacer sin mi gerente de división aquí, y tú lo puedes ser... si es que quieres aceptar este empleo.

Jerry lo tomó con calma.

—¿Dónde está la trampa?

—En ningún lado. Tengas o no el «mal de ojo», sabes como se deben hacer las cosas y conoces bien las cohete-naves. Esto es todo lo que necesito, imprudente muchacho. Lo único que tienes que hacer es guardar a tu mascota y las cosas van a andar sobre carriles.

Luego, se levantó bruscamente.

—Tienes otra visita.

—No se olvide de lo que le dije de... —comenzó a gritar Jerry, pero en este instante se recortó la figura de ella en el dintel de la puerta.

—Hola, Jerry. ¿Otra vez se encuentran los dos en perfectas condiciones?

Ignatz gruñó mientras Jerry contestaba con voz entrecortada.

—¿Y Durnall?

—Se encuentra perfectamente. —Anne se sentó a su lado y le cogió una mano—. Ahora que ya está a salvo podemos olvidarle. Peter no es mal muchacho, pero a mí no me gustan los hombres que me meten en líos como el que pasamos, aunque yo tenga la mitad de la culpa.

Jerry tragó saliva lentamente mientras Ignatz maldecía sus vendajes. Aquel era un momento oportuno para deslizarse hacia los pantanos, donde Jerry no pudiera volver a cometer el error de llevárselo de nuevo consigo. Comprendía que el Amo iba a necesitar toda la suerte que pudiera allí donde los acontecimientos le estaban llevando. Pero los vendajes lo sujetaban fuertemente.

Anne arrimó la camita del zloah hacia ella y acarició el lomo de Ignatz con dedos cálidos y suaves.

—Tendrás que vivir aquí, por supuesto, y trasladarte a la oficina en helicóptero, pero yo me haré cargo de Ignatz mientras tú estés fuera. Nos debe una gran cantidad de buena suerte y ya es hora de que empecemos a disfrutarla.

—Yo... —Jerry observó a Ignatz. Ya sabes lo que tu padre piensa de todo esto.

Ella sonrió con un mohín travieso.

—Papá lo ha calculado todo. No sé si sabes que cuando volví de los pantanos traje algo en la mochila y cuando él se dio cuenta que pensaba conservarlo a toda costa se rindió por completo —cogió su bolso de cuero y extrajo de él la cabeza

puntiaguda de otro zloah—. Les presento a Ichabod.

Jerry casi se atragantó.

—Bueno, creo que... —Y repentinamente se dio cuenta que tenía otras cosas más urgentes que hacer. Ignatz deseaba ardientemente un cigarrillo, pero resopló suavemente y dio media vuelta en su cama para no mirarles.

LAS ALAS DE LA NOCHE

—¡Malditos sean todos los marcianos! —Los apretados labios de Fats Welch mordieron las palabras con la indignación del que se siente miembro ofendido de una raza superior.

—Aquí nos encontramos, sobre la Luna, cargados con la mejor carga de iridio que salió nunca de un asteroide, y precisamente ahora el inyector empieza a fallar de nuevo. Si vuelvo a ver alguna vez a ese bulboso marciano...

—Claro. —Slim Lane tanteó detrás suyo con su mano derecha buscando la llave inglesa de mango flexible, la encontró y empezó a retorcerse gimiendo hacia el interior de la complicada maraña de maquinaria.

—Claro. Ya lo sé, lo harás papilla. ¿Te has parado nunca a pensar que quizá te buscas tus propios problemas? ¿No te das cuenta de que los marcianos quizás son gente como nosotros? Lyro Bachis te dijo que precisaba dos días para reparar el panel de control del inyector, y por lo tanto tú lo perseguiste a patadas por todo el espaciopuerto, llamaste a sus antepasados perros malditos, y le diste sólo ocho horas para terminar el trabajo. Y ahora esperas que el trabajo que realizó con tal premura resulte perfecto... ¡Oh, olvídale, Fats, y pásame el destornillador!

Slim se dijo a sí mismo que no servía de nada discutir. Había hablado de ello con Fats una docena de veces y nunca llegaron a un acuerdo. Fats era un buen astronauta, pero no podía extender su imaginación lo bastante lejos para olvidar las teorías perniciosas que el Imperio de la Reconstrucción Humana estaba utilizando en su propaganda respecto al Destino del Hombre y al Plan Divino en los que se decía que los humanos fueron creados para explotar a todas las demás razas. Tampoco le ayudaría mucho a Fats el que él tratase de convencerlo ahora. Slim conocía bien el valor del idealismo... ninguno mejor que él.

Había salido de la Universidad dispuesto a combatir estas teorías y con una fortuna que heredó de sus padres suficiente para satisfacer las necesidades de tres hombres, pero inflamado con el viejo espíritu de un cruzado. Había escrito y publicado libros por su cuenta, pronunciado discursos, se había entrevistado con políticos y gobernantes y se hizo miembro y organizó diversas sociedades y por fin le habían llamado muchas cosas que no eran exactamente un cumplido. Ahora se ganaba la vida pilotando un carguero de Marte a la Tierra, del cual era propietario de una cuarta parte. Mientras que Fats, que había subido, desde mecánico de cohete-naves sin la ayuda de tantos ideales, poseía las otras tres cuartas partes de su nave.

Fats lo contempló mientras salía del compartimiento de motores.

—¿Bien?

—Nada. No puedo arreglarlo. No conozco bastante de electrónica. Pasa algo raro con las conexiones que controlan el intervalo de tiempo del control, pero los indicadores no me dicen donde está la avería y no quiero dedicarme a hacer experimentos en este momento.

—¿Crees que podremos llegar a la Tierra?

Slim agitó la cabeza.

—Lo dudo, Fats. Será mejor que aterricemos en algún lugar de la Luna, si puedes pilotarla hasta allí.

—Quizá logremos hallar la avería antes de que se nos termine la reserva de aire.

Fats ya se había dado cuenta de la situación e inició por su propia iniciativa la aceleración, luchando contra los espasmódicos impulsos de los tubos de propulsión y maldiciendo los efectos de la gravedad de la Luna que, con ser tan insignificante, perturbaba la aceleración de la astronave. A pesar de todo, las pantallas televisoras indicaban que se acercaban lentamente hacia el punto que había elegido para aterrizar. Una pequeña llanura lisa, en cuyo centro se destacaba una zona excepcionalmente limpia de piedras y cráteres.

—En estos momentos desearía que hubieran instalado una estación de emergencia por estos lugares —murmuró.

—En otro tiempo las hubo —le dijo Slim—. Pero hace ya mucho que nadie se acerca a la Luna, y no hay ninguna razón para que las naves de pasajeros aterricen aquí; le resulta más económico deslizarse sobre sus aletas a través de la atmósfera de la Tierra que descender con los chorros en la Luna. Ya sabes que de los cargueros como nosotros no se ocupa nadie. Es raro lo regular y liso que aparece este lugar. No puede tener más de una milla de diámetro y estamos a una altura de cosa de tres millas, y ni siquiera veo el impacto de un meteorito.

—Estamos de vena, entonces. No me gustaría nada tropezar con un cráter superficial y perder un tubo o destrozar la cubierta exterior. —Fats lanzó una mirada al altímetro de la radio-sonda y al indicador de descenso—. Creo que vamos a chocar bastante fuerte. Pero... ¡eh!, ¿qué demonios pasa?

Slim miró la pantalla televisora precisamente a tiempo para ver como el área lisa que habían elegido se abría en dos partes deslizándose suavemente bajo ellos en el momento que estaban a punto de aterrizar. Luego se encontraron cayendo suavemente en una especie de cráter, cuyo fondo no se divisaba y cuyas paredes se iban ensanchando a medida que descendían. El rugido de los tubos de propulsión aumentó de volumen en una forma repentina. Por encima de ellos, las pantallas superiores mostraron un par de hojas deslizantes y translúcidas que se cerraban herméticamente en la superficie exterior. Sus ojos miraron el altímetro sin saber si creer en sus indicaciones o dudar de ellas.

—¡Hemos descendido ciento sesenta millas y nos encontramos en una trampa! El sonido de los tubos de propulsión demuestra que existe aire en cierta cantidad, por lo menos en este lugar. Pero esa absurda trampa no puede existir. No hay ninguna razón para ello.

—¿En estos momentos, quién se preocupa de esto?

—No podemos atravesar esas pantallas de nuevo, de manera que lo mejor será que bajemos hasta el fondo a ver qué pasa. Maldición, nadie sabe qué clase de campo

de aterrizaje hallaremos cuando lleguemos al fondo. —La carencia de imaginación de Fats resultaba muy útil en casos como aquél. Concentrado completamente en la operación de descender por el enorme cráter como si se encontrase en el espaciopuerto de Nueva York, se hallaba demasiado ocupado con la avería de los tubos de propulsión para preocuparse de lo que encontrarían cuando llegasen al fondo. Slim lo miró con admiración, y luego volvió a concentrarse en la pantalla televisora, buscando alguna indicación que permitiera explicar la existencia de lo que evidentemente era una trampa artificial.

Lhin escarbó perezosamente en la pila de sucios trozos de pizarra, sacó un delgado fragmento de piedra rojiza que le había pasado inadvertida en una primera exploración y se levantó lentamente. Los Seres Supremos habían sido buenos con él, enviándole un deslizamiento de tierras en el instante en que sus viejas minas superficiales se encontraban ya agotadas debido a los repetidos trabajos de explotación. Su sensible olfato le indicó la presencia de magnesio, material ferroso, y azufre en abundancia, minerales todos que le hacían mucha falta. Por supuesto que hubiera preferido encontrar un poco de cobre, aunque sólo fuera una partícula como la menor de sus uñas, pero de aquello no se veía ni rastro. Y sin el cobre...

Descartó el pensamiento, como ya lo había hecho antes mil veces y recogió su tosco cesto de minero, ahora medio lleno con fragmentos de roca y terminó de llenarlo con los líquenes que cubrían las paredes del cráter. Con una de sus manos aplastó un pedazo de la casi deshecha roca juntamente con hilachas del liquen y se metió la mezcla en su boca. Volvió a dar las gracias a los Seres Supremos que le habían enviado el deslizamiento; el agradable gusto del magnesio acarició suavemente su lengua y los líquenes estaban impregnados con la fuerte presencia de los minerales en los que habían crecido. Ahora, con sólo un poquito de cobre no tendría nada más que desear.

Sacudió con pena su larga y flexible cola y Lhin gruñó para volverse hacia su cueva, lanzando mecánicamente una mirada al techo movable del cráter. Allí arriba, a muchas millas de distancia, una brillante claridad atravesaba los paneles transparentes, difundiéndose al pasar a través de las capas de aire, anunciando que el largo día lunar llegaba a su cenit, cuando el sol caería directamente sobre la pequeña entrada protegida. Estaba aún demasiado alto para verlo, pero Lhin sabía donde la abertura cubierta empezaba, allí donde se unía con las inclinadas paredes del Gran Valle. Durante todos los milenios de la lenta derrota de su raza el gran techo se había mantenido, sin otro apoyo que las paredes del cráter que se tendían en un círculo de quizás cincuenta millas de diámetro, un techo más fuerte y más duradero quizás que el mismo cráter; el más alto monumento a la antigua grandeza de la que fue su raza.

Sabía sin necesidad de pensar en ello, que el techo era artificial, construido cuando los últimos restos de aire empezaron a desaparecer de la superficie de la Luna y que su raza buscó un refugio final en el más profundo de los cráteres, donde se

podía enterrar el oxígeno e impedir que se dispersara en el vacío. En una forma vaga, podía sentir en su espíritu las incontables edades que habían transcurrido desde entonces y maravillarse ante la resistencia del techo a través de tantos millares de años.

En otros tiempos, como todo lo que le rodeaba servía de testimonio, la suya fue una raza poderosa. Pero el tiempo la había desgastado lentamente, diluyendo el vigor de su juventud y dejándola sumida en las profundas simas de la desesperanza. ¿Qué interés podía tener la existencia allí, dentro del gran cráter, reducidos a una pequeña colonia, desterrados para siempre del mundo lunar que era suyo? El número de los de su raza había disminuido constantemente y muchos de sus poderes habían desaparecido. Sus máquinas se habían oxidado hasta desaparecer, sin que ellos tuvieran ánimos para reemplazarlas por otras, y por fin se habían resignado a una existencia primitiva y semisalvaje arrancando las rocas de las paredes del cráter y comiendo los líquenes que habían cultivado en ellas para aprovechar el calor y la energía radiactiva que radiaba una pálida fosforescencia en el valle y que les alumbraba en lugar de la luz del sol. Cada año plantaban menos hijos, y de estos pocos, sólo un porcentaje muy pequeño resultaba fértil, de modo que del millón que eran en un principio se habían visto reducidos a unos pocos miles y luego a unos cuantos centenares y finalmente a unas pocas docenas de seres cansados de vivir.

Sólo entonces habían comprendido en toda su gravedad el inminente peligro de extinción, que les amenazaba, cuando ya era demasiado tarde. Cuando Lhin, nació sólo quedaban tres ancianos y la semilla de donde surgió Lhin era la única que resultó fértil. Hacia ya muchos años que los ancianos habían desaparecido y Lhin tenía para sí toda la amplitud del cráter. Su vida era una larga serie de sueños y comidas, matizada sólo por los mismos pensamientos que habían estado en su mente, mientras el mundo muerto que habitaba giró alrededor del sol más de mil veces. La monotonía había aniquilado lentamente su raza, pero ahora que su tarea estaba casi cumplida, la raza terminaba con él. Lhin aprendió a resignarse a su monótona existencia. Se hallaba acostumbrado a ella y era inmune al hastío. Podía decirse que era relativamente feliz.

Mientras estos pensamientos cruzaban su mente, sus pies se habían movido lentamente, llevándolo a una de las salidas del valle cerca de la puerta de la caverna excavada en las paredes del cráter donde había instalado su morada, escogiéndola entre las muchas que tenía disponibles. Masticó otro puñado de roca y líquenes y dejó que la difusa luz del sol lo alumbrase por unos minutos más para entrar por fin en la caverna. No necesitaba la luz ya que las paredes rocosas habían sido radiactivadas por sus primeros antepasados y sus ojos podían adaptarse a intensidades lumínicas en una amplia gama.

Pasó rápidamente a través de la pieza exterior donde se encontraba su cama de líquenes y unos cuantos muebles sencillos para entrar en la segunda cavidad que era una combinación de criadero de semillas y taller de trabajo, mientras una esperanza

ilógica pero que lo atormentaba constantemente lo guió al rincón más apartado.

Pero como de costumbre su esperanza no tenía fundamento. La caja llena de tierra rica cuidadosamente abonada y sistemáticamente humedecida, estaba yerma de vida.

No vio en ella ni siquiera el más pequeño tallo rojizo que justificase sus esperanzas para el futuro. Sus semillas eran estériles y el día de la total extinción de su raza se acercaba cada vez más. Amargamente volvió sus espaldas al criadero y salió de la caverna exterior.

¡Faltaba tan poco y tanto al mismo tiempo! Unos pocos centenares de moléculas de solución de cobre y las semillas que él produjese serían fértiles. O aquellas mismas moléculas de cobre añadidas al agua con que regaba las semillas podrían hacer que éstas se desarrollasen hasta una virilidad pujante. Lhin y su raza llevaban en sí semillas masculinas y femeninas en cada uno de sus miembros y podían fecundarlas por sí mismos o en compañía de otro individuo. Mientras quedase un solo miembro de su raza; podían producir más de cien descendientes por año siempre que los pudiesen plantar en un suelo con cierto contenido de cobre, mineral indispensable para desarrollar la hormona que llevaba a las semillas al desarrollo completo.

Pero aquello parecía estar lejos de su alcance. Lhin se dirigió a los aparatos penosamente contruidos con recipientes de roca excavada con sus propias manos y alambiques de destilación armados con cañas unidas unas con otras, pero su corazón estaba lleno de desaliento y amargura. El débil fuego de líquenes secos y resina ardía suavemente calentando la primitiva marmita. Del extremo del alambique, caía gota a gota un espeso líquido en un recipiente cónico. Pero tampoco éste exhalaba el menor olor de sales de cobre. Bien, lo había intentado todo y fracasado una vez más. Años y años de destilación se habían consumido en producir el agua que mantenía el suelo del criadero húmedo y en él no se encontraba el menor vestigio del mineral necesario para la vida. Casi sin emoción empezó a guardar los rollos del metal imperecedero en que estaba grabada toda la ciencia de su raza dentro de sus envolturas y empezó a desarmar los instrumentos químicos de su taller de trabajo.

Sólo le quedaba otra solución, mucho más difícil y sumamente peligrosa, pero que ahora resultaba necesaria. En alguna parte cerca del techo exterior, los registros de su raza indicaban que existían concentraciones de cobre en pequeña cantidad, pero a una altura en que el aire no contenía la suficiente densidad de oxígeno para mantener la vida. Eso significaba que Lhin tendría que fabricarse una escafandra, tanques de aire comprimido para respirar, ganchos y grapas para escalar las secciones del camino ascendente que los aludes habían destruido, instrumentos para localizar el cobre, y una bomba para llenar los tanques de aire para el descenso. Tendría que hacer viaje tras viaje llevando los tanques de aire hacia delante, colocarlos en secciones regulares de su camino y continuar, paso a paso, hasta que su línea de abastecimiento llegara a la parte superior donde, quizás, encontraría el cobre necesario para un nuevo principio.

Hizo un esfuerzo deliberado para descartar de su mente los pensamientos del tiempo necesario y de las probabilidades de fracaso. Su pie cayó sobre el pequeño fuelle que alimentaba su forja y azules llamas lamieron el contenido de la pequeña fragua de donde sacó los trozos de metal refinado y empezó a calentarlos de nuevo para fundirlos y construir las herramientas que necesitaba. Sabía que era casi imposible que él solo pudiera construir los instrumentos que necesitaba, para llegar hasta donde estaba el cobre, extraerlo y bajarlo; pero imposible o no debía conseguirlo. ¡Su raza no debía morir!

Llevaba ya varias horas trabajando en la fragua cuando de repente oyó un penetrante silbido extenderse a través del valle. En aquel momento pensó que quizás se trataba de un meteorito que se había puesto en contacto con las pantallas protectoras alrededor de las hojas deslizantes del techo y posiblemente uno bastante grande para poder producir aquella señal de alarma. Durante toda la vida de Lhin no había caído nunca un bólido de tamaño suficiente para activar las pantallas protectoras, y había llegado a pensar que el mecanismo aunque estaba construido para ser imperecedero y obtenía su energía de los rayos del sol pudiera aún funcionar. Mientras estaba contemplando el techo sin saber qué pensar, la aguda y vibrante nota de alarma volvió a llenar los ámbitos del valle.

Ahora, a menos de que accionase rápidamente el mecanismo electrónico, las pantallas de protección entrarían en función lanzando fuera la entrada del cráter al meteorito que caía. Pero Lhin no pensaba en aquello mientras se lanzaba rápidamente hacia el panel de los antiguos instrumentos y colocaba su mano sobre el contacto de control. Era por aquella sola razón que había escogido aquella caverna entre los cientos que había a su disposición, ya que allí hubo en otro tiempo la torre de control de la cubierta protectora que podía dejar pasar a las poderosas espacionaves que su raza tenía en otras épocas. Un ligero destello de los instrumentos le indicó que el meteorito había atravesado la cubierta exterior y apartó su mano dejando que las hojas móviles se cerrasen de nuevo.

Luego esperó con impaciencia para escuchar el golpe sordo del impacto contra el suelo del valle, mientras se dirigía hacia la entrada. Quizá los Seres Supremos se mostraban bondadosos en aquella ocasión y habían contestado por fin a su súplica. Ya que no podía encontrar cobre en todo el valle, quizás le enviaban un regalo del espacio exterior y nadie podía saber qué fabulosas cantidades de cobre podía contener el meteorito. Quizás tanto como pudiera sostener en una mano. ¡Pero por qué no oía el choque de su caída! Miró hacia el techo con ansiedad, paralizado con la angustia de que hubiese actuado demasiado tarde y que la pantalla protectora lo hubiese lanzado a un lado.

Pero no, a muchos cientos de metros por encima de su cabeza se veía un resplandor, pero seguramente no era el que un meteorito de aquel tamaño debería hacer al atravesar las capas de aire del valle. Se escuchó luego un quejido que se extendió en un suave trémolo, con un agudo silbido pulsante. Tampoco era aquel el zumbido

propio de un meteoro que cae con toda su fuerza de aceleración. Volvió a mirar, esforzando aun más la vista, y observó con asombro, que el objeto en vez de estrellarse contra el fondo del cráter, amenguaba su velocidad. El resplandor en vez de difundirse desde la parte posterior de la estrella fugaz, emanaba de la parte frontal. Aquello sólo podía significar... un control inteligente. ¡Era un cohete!

Lo brusco de la revelación, hizo que la mente de Lhin, habitualmente disciplinada y realista, se desconcertase por completo; por ella atravesaron las explicaciones más fantásticas y pensó que quizás volvían sus hermanos de raza, que los Seres Supremos se habían condolido de su situación y venían en persona a remediarlo, o quizás que sus antepasados habían fundado otro refugio, en el cual ahora intentaban comunicarse con él. Básicamente, sin embargo, el cerebro de Lhin era completamente lógico y una a una descartó todas aquellas hipótesis. Aquella máquina no podía llegar de la superficie muerta de la Luna y por lo tanto sólo le quedaba como posibilidad que proviniese del legendario planeta que existía del otro lado de su mundo o de uno de los otros que giraban alrededor del Sol en diferentes órbitas. ¿Era posible que existiese también allí inteligencia?

Su mente repasó rápidamente los relatos de sus antepasados y los registros metálicos que había leído durante largos años, hechos cuando sus antepasados habían cruzado el espacio rumbo a aquellos mundos, mucho antes de que su pueblo debiera refugiarse en el cráter. Su raza no pudo colonizar ninguno de los planetas visitados, debido a la excesiva fuerza de gravedad que encontraron en ellos, pero los habían explorado minuciosamente y recogido importantes observaciones científicas. En el segundo de los planetas del Sol sólo existían seres escamosos que se arrastraban sobre el agua y árboles de forma extraña en los espacios secos, no existía inteligencia alguna en aquellos mundos. En el cuarto planeta sin embargo, se hallaban formas de vida más semejantes a la propia, y como sus propios antepasados poco evolucionados, no existía una clara división entre la vida vegetal y animal, aunque ambas se encontraban presentes en todas. Se hallaron formas gelatinosas de vida que ya se agrupaban guiadas por el instinto, aunque no disponían de medios de comunicación. Sin embargo, de todos los otros mundos conocidos el cuarto planeta parecía el más probable como fuente de inteligencia. Si por algún milagro la espacionave procedía del tercer planeta, Lhin abandonó toda esperanza. Los registros hablaban de que aquel mundo estaba poblado de fieras sanguinarias sólo ocupadas en devorarse unas a otras.

Vacilante entre el miedo y la esperanza, Lhin oyó aterrizar a la espacionave cerca de su cueva y se dirigió lentamente hacia allí con la cola enroscada detrás de él.

Supo tan pronto como vio a las dos extrañas criaturas en el umbral de la abierta compuerta de la nave, que todas sus conjeturas habían sido erróneas. Aquellos seres eran bifurcados como él, aunque mucho más pesados y grandes, y aquello quería decir que procedían del tercer planeta. Vaciló un momento observándolos

cuidadosamente mientras los dos recién llegados examinaban el terreno a su alrededor, aparentemente aspirando con visible deleite el aire exterior. Lugo uno de ellos habló con el otro y la mente de Lhin recibió una honda sorpresa. La articulación y tono de los sonidos producidos por aquel ser eran inteligentes, pero sus palabras parecían un balbuceo ininteligible. ¿Un lenguaje inteligente aquello? No obstante debía serlo, aunque las palabras no tuvieran significado para él. Espera un instante... en los viejos registros metálicos, Slha había escrito algo acerca de una idea parecida; aquel remoto antepasado había expuesto la teoría de que en otras épocas los mismos selenitas no disponían de un lenguaje innato, afirmando que habían inventado los sonidos y asignado a ellos un significado arbitrario y que sólo con el transcurso de largos siglos de uso de aquellos términos arbitrarios se habían convertido en algo instintivo en los recién nacidos miembros de su raza. Inclusive llegó a atreverse a discutir el dogma de que los Seres Supremos habían dispuesto que el lenguaje y la inteligencia desarrollada nacieran al mismo tiempo que los nuevos seres. Evidentemente Slha tuvo razón. Lhin se concentró profundamente para penetrar a través de la niebla que producía su reciente descubrimiento y trató de entrar en contacto telepático con los extraños. De nuevo recibió otra sorpresa. Sus mentes eran muy difíciles de penetrar y cuando logró ajustar su haz receptor a su onda cerebral descubrió que no entendía los pensamientos que le llegaban. Sin embargo, no había duda que se trataba de seres inteligentes. Por fin el que había llamado primero su atención se fijó en él y cogió al otro por el brazo. Las palabras eran aún duras y sin sentido pero el significado general fue comprensible para el hombre de la Luna.

—Fats, mira... ¿qué es eso?

El otro dio media vuelta y contempló a Lhin mientras éste se acercaba un poco más.

—Que me registren. Parece un mono de unos tres pies de alto y enflaquecido por el hambre. Creo que no es peligroso.

—Probablemente no lo sea y quizás posea poca inteligencia. Es casi seguro que este lugar no ha sido construido por ningún grupo de refugiados políticos. Las construcciones no son humanas. ¡Hola, tú! —El ser que se llamaba a sí mismo Slim se volvió hacia el cercano selenita.

—¡Eh!, ¿quién eres tú?

—Lhin —contestó, notando una sorpresa agradable en la mente del llamado Slim —. Lhin... soy Lhin.

Fats gruñó.

—Creo que tienes razón, Slim. Parece que te ha comprendido. ¿Quién puede haber llegado hasta aquí para enseñarle nuestro idioma?

Lhin balbució penosamente esforzándose por coordinar los sonidos individuales con los significados que captaba telepáticamente y en recordarlos para futuro uso.

—No enseñado idioma. No nadie vino aquí. Tú...

Sintió que las palabras se le terminaban y se acercó un poco más, haciendo gestos

primero a la cabeza de Slim y después a la propia e hizo señales de que algo pasaba de una a otra. Sorprendentemente, Slim entendió su mímica.

—Quiere decir que sabe lo que estamos pensando, creo. Telepatía.

—¿Sí? Los marcianos dicen que pueden comunicarse entre sí por telepatía, pero nunca vi a uno que pudiera leer la mente humana. Dice que nosotros no dejamos penetrar las ondas. Tal vez ese mono te esté mintiendo. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Rin?

—No creo que mienta. Fíjate en el medidor de radiactividad... Ningún grupo de hombres hubiera llegado hasta aquí y regresado a la Tierra sin divulgar la nueva de su hallazgo. De todos modos su nombre no es Rin. Len es un sonido, más parecido al que él hizo, aunque está articulado de un modo que nosotros no podemos pronunciar.

Slim se concentró y trató de enviar sus pensamientos a Lhin, que le complació pronunciando su nombre lentamente y con la mayor claridad que pudo.

—¿Lo ves? Pronuncia una consonante nítida aunque... más bien es una articulación gutural. No hace de la consonante final un sonido labial aunque suena como algo parecido a nuestras dentales. No podemos hacer sonidos como éste. Me pregunto cuál debe ser su grado de inteligencia.

Se volvió hacia la espacionave antes de que Lhin pudiera intentar una respuesta y volvió de inmediato con un pequeño libro en su mano.

—Este es el Código Idiomático Espacial —explicó a Fats—. Es el mismo que se utilizó para enseñar a los marcianos el inglés básico hace un siglo.

Luego se volvió hacia Lhin.

—Aquí están las seiscientas palabras más útiles de nuestro idioma, dispuestas de una manera lógica, de manera que creo que debemos esperar a que las aprendas poco a poco. Fíjate en los diagramas dibujados mientras yo pronuncio al mismo tiempo la palabra. ¿Listo? U-N-O..., D-O-S... ¿me entiendes?

Fats les contempló durante unos minutos medio divertido y luego se aburrió de ello y se despidió de su compañero.

—De acuerdo, Slim, tú puedes seguir un rato con este nativo y a ver lo que aprendes. Yo me voy a echar un vistazo a este material radiactivo hasta que estemos dispuestos para empezar las reparaciones. Lástima que las radios de estos malditos cargueros tengan tan poco alcance y no podamos transmitir un mensaje a la Tierra.

Fats se apartó de allí, pero Slim y Lhin casi no se dieron cuenta de su partida entregados como estaban a la difícil tarea de organizar un sistema de comunicación sin tener ninguna base lingüística común. Sin embargo, por extrañas que fuesen las asociaciones de palabras y sonidos y difíciles su organización en grupos significativos, después de todo no eran más que un sistema de lenguaje. Y Lhin había nacido a la vida con un complejo idiomático altamente evolucionado que le resultaba tan natural como la propia respiración. Lentamente fue acomodando sus órganos de elocución a cada uno de los sonidos y registrando en su memoria de un modo indeleble los correspondientes significados, uno a uno.

Fats finalmente los encontró en la caverna de Lhin, guiado por el sonido de sus voces y se sentó en una piedra para observarlos con la divertida atención con que un adulto puede observar a un niño jugando con un perrito. No sentía ninguna mala voluntad hacia Lhin, pero tampoco podía considerar al hombre de la Luna como otra cosa que no fuese un espabilado animalito, parecido a los marcianos o a los seres primitivos de Venus. Si a Slim le divertía tratarle como a un igual, lo mejor sería complacerle por el momento.

Lhin estaba vagamente consciente de estos pensamientos y de otros aún más peligrosos que atravesaban la mente de Fats, pero se hallaba demasiado absorto en la nueva experiencia de disponer de una mente inteligente con la que podía comunicarse después de siglos de hallarse en absoluta soledad. Y aún existían otras cosas más importantes que requerían su atención. Sacudió su cola, extendió sus brazos, y luchó contra los sonidos del idioma terrestre, mientras Slim trataba de comprenderle dedicándole toda su atención.

Finalmente el hombre de la Tierra asintió.

—Creo que ya lo he entendido —dijo—. Todos los de tu raza han muerto excepto tú, y no te gusta la idea de que tu raza se extinga contigo. Uh, uh. Bien, a mí tampoco me gustaría. De manera que ahora esperas que esos Seres Supremos tuyos, lo que nosotros llamamos Dios, nos hayan enviado aquí para solucionar tu problema. ¿Qué podemos hacer para ayudarte?

El rostro de Lhin resplandeció de felicidad y se arrugó en una mueca de placer antes de darse cuenta de que Slim interpretó su gesto del modo exactamente contrario. Lhin sabía que las intenciones de Slim eran buenas para él. Una vez que éste supiera lo que necesitaba, quizá le diera el cobre que él quería, ya que los antiguos registros decían que el tercer mundo era el más rico de todos en minerales.

—Necesito «nra». La vida resulta de hacer una cosa no simple mediante la combinación de muchas cosas simples —explicó—. Aire, bebida, comida, todo eso tengo; por eso vivo. Pero para iniciar la nueva vida, necesito «nra». Esto hace brotar las semillas. La semilla no posee vida; pero con «nra» empieza a vivir. No tengo palabras para expresarlo.

Esperó con impaciencia mientras Slim trataba de comprender su explicación.

—¿Te refieres a una especie de vitamina u hormona, o algo parecido a la Vitamina E-6, quizás? Tal vez la podríamos sintetizar, pero...

Lhin asintió. No había duda que los Seres Supremos se portaban bondadosamente con él. Su corazón se enterneció al pensar en la gran cantidad de semillas cuidadosamente almacenadas y guardadas que ahora podrían empezar a vivir tan pronto como él tuviera el cobre. Y el hombre de la Tierra estaba dispuesto a ayudarle. Un poco más y todo marcharía bien.

—No hay necesidad de hacerla —respondió—. Es una cosa sencilla. Las semillas y yo podemos hacerla dentro de nosotros, pero para formar la hormona necesitamos «nra». «Nra» es algo imprescindible. ¡Mira!

Tomó un pequeño trozo de roca del cesto que tenía cerca de él, lo masticó cuidadosamente e indicó por gestos que el mineral se transformaba en su interior.

Fats se interesó de pronto y dijo:

—¡Hazlo de nuevo, monito!

Lhin hizo lo que se le pedía, advirtiendo al mismo tiempo con asombro que aquellos seres no podían injerir nada que otro ser viviente no hubiera preparado para ellos.

—¡Diablos! —exclamó Fats—. ¡Se come las rocas... rocas verdaderas! ¡Debe tener un buche como un avestruz!

—En realidad las digiere —dijo Slim—. ¿No has leído algo acerca de esas cosas medio plantas, medio animales, de las cuales los marcianos evolucionaron? Su metabolismo debe ser parecido. Mira, Lhin, vamos a ver si te he entendido, creo que te refieres a un elemento. ¿Sodio, calcio, cloro? No, me parece que posees todos esos en abundancia, ¿yodo, quizás? Hum.

Slim nombró una docena de elementos que podía relacionar con la aparición de la vida, pero el cobre no entraba entre ellos por accidente y un lento terror empezó a penetrar en la mente del selenita. Aquella extraña barrera de la comunicación con los extraños ¿sería posible que lo echase todo a perder?

Trató desesperadamente de hallar la respuesta... y se tranquilizó. Desde luego, aunque no tenían una palabra común para designarlo, el elemento en sí mismo debía ser igual en su estructura atómica. Con rapidez volvió las páginas del código del Idioma básico hasta encontrar una en blanco y tomó ansiosamente el lápiz de las manos del hombre de la Tierra. Luego, ante la curiosa expectación de Slim y Fats, empezó a dibujar la estructura atómica del cobre, partícula por partícula, desde el centro hasta el último anillo periférico, tal como los maestros fisicoquímicos de su raza la habían analizado.

Pero para los humanos, el dibujo no tenía sentido. Slim le devolvió la hoja de papel, moviendo la cabeza con desaliento.

—Amigo, si no me equivoco al pensar que esto representa la estructura de algún átomo, aún tenemos mucho que aprender allí en la Tierra.

Fats torció los labios en un gesto despectivo.

—Si esto es la estructura de un átomo, yo soy un huevo frito. Vamos, Slim, ya es hora de dormir y has pasado jugando con este mono medio día entero. Además, quiero hablar contigo de ese material radiactivo. Tiene tanta potencia que nos habría abrasado en media hora si no lleváramos los aparatos de interferencia portátiles, mientras que ese mono parece moverse entre la radiactividad como si estuviera en una cámara frigorífica. Se me ha ocurrido una idea.

Slim arrancó sus ojos de la contemplación del dibujo y contempló el reloj.

—¡Caramba! Mira, Lhin, no te desesperes. Hablaremos mañana de nuevo de todo esto. Pero Fats tiene razón; ya es hora de descansar. Hasta mañana, amigo.

Lhin asintió y pronunció unas palabras de despedida temporal en su propio

idioma y regresó para tenderse en su tosco lecho. En el exterior, pudo captar cómo Fats exponía un plan para extraer los materiales radiactivos con la ayuda de Lhin y oyó los pensamientos de Slim que se oponían vigorosamente. Pero postergó este problema para otro momento. Sabía que la estructura atómica que había dibujado estaba bien, pero el atraso científico de los terrestres no había llegado aún a su propio nivel y quizá sus mentes conocían muy poco de esa ciencia para permitirles comprender sus dibujos.

¿Quizás con fórmulas químicas? Reacciones que fueran eliminando a otras una a una. Si fueran químicos profesionales, quizás lo entenderían, pero ni siquiera Slim sabía lo suficiente para ello. Y sin embargo, era obvio que a menos de que no existiera sobre en la Tierra debían tener un modo inteligible para nombrarlo. No podía dudar que los Seres Supremos a quienes ellos llamaban Dios no se dignasen contestar a generaciones de fieles súplicas más que con una burla. Debía existir una respuesta a su problema y mientras los otros dormían, Lhin la encontraría, aunque tuviera que leerse uno tras otro todos los registros científicos de sus antepasados.

Horas más tarde, Lhin se dirigía de nuevo hacia la espacionave, con el corazón lleno de renovadas esperanzas. La respuesta, una vez que dio con ella, era muy sencilla. Los elementos estaban agrupados en familias y clases. Slim había mencionado el sodio y el cobre estaba en su misma familia, de acuerdo con las tablas más primitivas, tal como las que debían usar los humanos. Y aún más importante, su número atómico era el veintinueve, de acuerdo siempre a una teoría lo bastante elemental para una raza capaz de construir cohetes interplanetarios.

Las compuertas de la nave estaban abiertas y Lhin se deslizó al interior guiado por los confusos pensamientos de los hombres entregados todavía al sueño. Una vez frente a ellos, se detuvo incierto, ya que aún no conocía lo bastante sus costumbres. Sabía, ya que lo que era natural y cierto entre su pueblo, no constituía una norma de conducta para los humanos y era posible que no les gustase que él despertase a los durmientes. Por fin, atraído de un lado por su impaciencia y del otro por la cortesía innata en su raza, se sentó sobre sus talones en el piso metálico de la nave, mientras su olfato saboreaba el olor de los metales que le rodeaban.

El cobre no se encontraba allí, pero tampoco esperaba que un elemento tan raro fuese utilizado profusamente, aunque había otros que no pudo reconocer, que sin duda eran los metales pesados tan escasos en la Luna.

Fats barboteó fragmentos de palabras y se debatió, inquieto, medio dormido todavía. Sus pensamientos estaban llenos de imágenes respecto a cierto ser humano del sexo femenino, elemento que Lhin ya había notado anteriormente que no existía ni en Slim ni en Fats. Este último seguía pensando en las muchas cosas que haría «cuando fuese rico». Lhin quedó absorto ante las extrañas imágenes mentales hasta que se dio cuenta de que lo mejor era no inmiscuirse en aquellos pensamientos, sin duda personales y secretos. Retiró su haz receptor en el mismo instante en que Fats se

dio cuenta de su presencia.

Fats nunca estaba en el mejor de sus momentos al despertarse. Al ver a Lhin se incorporó con un berrido y extendió la mano buscando algún objeto contundente.

—¡Ah, mono traicionero! ¡Conque querías acercarte para cortar nuestros cue...!

Lhin chilló, esquivando el golpe que le habría convertido en una informe burbuja de tejidos orgánicos, sin comprender en qué podía haber ofendido al extranjero, pero preparado a huir de allí en el acto. El miedo físico era algo desconocido para él; muchas generaciones de selenitas habían vivido y muerto, sin que su organismo necesitase la defensa de reacciones emocionales como el miedo o la indignación. Pero se asombró al ver la facilidad con que aquellos seres se mostraban dispuestos a matar a otro ser inteligente. ¿Era la vida tan poco valiosa en la Tierra?

—¡Eh! ¡Eh! Fats, déjalo. —Slim se había despertado ante la conmoción y una rápida mirada mostró a Lhin que sujetaba los brazos de su compañero.

—¡Déjalo, me oyes! ¿Qué ha sucedido?

Pero Fats se había despertado por completo y empezaba a tranquilizarse. Dejó caer la barra de metal e hizo una mueca que intentaba ser alegre.

—No sé qué me pasó. Creo que no llevaba malas intenciones, pero cuando lo vi ahí sentado con esa cosa metálica en la mano, me pareció que estaba esperando para abrirme la cabeza o algo parecido. Ahora ya estoy bien. Ven aquí, monito; no tienes nada que temer.

Slim soltó el brazo de su compañero e hizo un gesto hacia Lhin.

—Claro, no tengas miedo, amigo. Fats tiene algunas ideas raras respecto a todas las razas no humanas, pero en el fondo es una buena persona. Si eres un buen perrito, no te apaleará; hasta puede que llegue a rascarte detrás de las orejas.

—¡Qué tonterías! —Fats sonreía, recobrado el buen humor. Sabía que Slim decía aquello en tono irónico, pero eso no le preocupaba; después de todo, ¿qué había de malo en tratar a los marcianos y a esos monos como lo que eran?

—¿Qué tienes ahí, monito? ¿Más dibujos raros sin significado?

Lhin movió la cabeza imitando el gesto que ellos usaban para asentir y tendió el rollo metálico a Slim. La actitud de Fats ya no era hostil, pero no sabía a qué atenerse con respecto a él y Slim parecía el más interesado de los dos.

—Son dibujos que quieren decir mucho, espero. Aquí está Nra, número veintinueve, debajo del sodio.

—Parece una clasificación periódica de ocho columnas —explicó Slim a Fats—. Dame el manual, ¿quieres? A ver... debajo del sodio. Número veintinueve. Sodio, potasio, cobre. Sí, eso es. El número veintinueve. ¿Es eso lo que quieres, Lhin?

Los ojos de Lhin brillaron con una expresión de triunfo. Debía dar gracias a los Seres Supremos por su preciosa ayuda.

—Sí, es el cobre lo que quiero. ¿Quizás tengan algo, un gramo tal vez...?

—Diez mil gramos, si quieres. Según tu escala de valores, somos muy ricos en ese respecto. Podrás tener todo el que quieras.

Fats le interrumpió.

—Desde luego, monito; tenemos el cobre, si ese es el metal que tanto te preocupa; pero, ¿qué nos vas a pagar por él?

—¿Pagar...?

—Claro; darnos algo a cambio. Nosotros te ayudamos y tú nos ayudas a nosotros. Es lo justo, ¿no te parece?

Lhin no había pensado en ello, pero le pareció razonable. Mas, ¿qué tenía él para darles? Y entonces descubrió por fin cuáles eran los pensamientos del hombre. A cambio del cobre, tendría que trabajar, extrayendo y purificando los minerales radiactivos que daban calor, luz y vida al cráter, colocados a costa de tanto esfuerzo cuando aquel lugar fue construido por sus antepasados del pueblo que tendría que vivir allí prisionero. Y después de él, sus hijos y los hijos de sus hijos, seguirían cavando y sudando para los humanos, obteniendo a cambio sólo el cobre necesario para seguir abasteciendo a la Tierra de obreros esclavos. La mente de Fats volvió a llenarse con la imagen de aquella otra criatura terrestre. Para obtenerla, estaba dispuesto a condenar a una raza entera a una vida sin esperanza ni objetivo. Lhin no pudo comprenderlo. ¿Si había tantas de aquellas criaturas en la Tierra, por qué era necesaria la esclavitud de su raza?

Pero había algo peor. La esclavitud no era el único precio que debían pagar Lhin y sus descendientes. La extinción les amenazaba de uno u otro modo, una vez que la Tierra ya no necesitase aquellos minerales, o el día que éstos se agotasen, por grande que fuese la reserva existente. Lhin se estremeció ante la terrible decisión a, la que se veía forzado.

La mano de Slim se posó en su hombro.

—No te preocupes. Fats no ha pensado bien en lo que decía. ¿No es cierto, Fats?

En la mano derecha de Slim aparecía algo que Lhin nunca había visto, pero que vagamente comprendió se trataba de un arma. Fats se retorció de ira, pero la mueca maligna no se borró de su rostro.

—Estás loco, Slim. Es posible que creas sinceramente en todas esas locuras respecto a la igualdad entre todas las razas, pero no te atreverás a matarme por ello. Me niego a entregar mi cobre.

De repente, Slim se echó a reír, mientras se guardaba el arma.

—Muy bien, no lo hagas. Pero yo puedo dar a Lhin mi cobre. Tenemos en la nave mucho más cobre del que necesitamos y no te olvides que una cuarta parte es mía, Lhin no pudo leer ninguna respuesta en la mente de Fats, cuyas ideas estaban ahora llenas de confusión. Por fin éste se encogió de hombros y decidió.

—De acuerdo. Puedes hacer lo que quieras con tu parte. Hasta te ayudaré a arrancarlo de donde esté. ¿Qué te parece ese rollo de alambre de cobre que tenemos en el compartimiento de motores?

Lhin permaneció en silencio, observando, mientras los otros dos abrían un

armario en la sala de máquinas y revolvían en él. Con la mitad de su mente examinaba los motores y los aparatos de control, mientras la otra mitad se estremecía de placer ante la idea del cobre... y no sólo unas cuantas moléculas, sino todo el que pudiera llevar, en estado puro, fácil de convertir en sulfato asimilable con los ácidos que tenía dispuestos desde que empezó sus experimentos. Dentro de un año, el cráter volvería a estar poblado, hirviendo de vida. Podría dejar tres o cuatrocientos hijos, tal vez, y cuando éstos se reprodujesen, más y aún más.

Un detalle de la conexión electrónica que estaba mirando le llamó la atención y tiró de los pantalones de Slim para llamar su atención.

—Eso... esa parte no está bien, ¿verdad?

—¿Eh? No, no está bien. Por esta razón tuvimos que aterrizar en la Luna. ¿Por qué lo preguntas?

—Entonces puedo pagaros el cobre sin tocar los materiales radiactivos. Yo lo puedo arreglar —la sombra de una duda atravesó su mente por un instante—. ¿Eso es pagar, no es cierto?

Fats sacó un rollo de alambre del armario, que despedía un olor maravilloso, se enjugó el sudor de la frente y asintió. —Sí, monito; eso es pagar, desde luego, pero es mejor que no metas ahí las narices. Ya está bastante estropeado sin que tú lo toques. Creo que ni el mismo Slim será capaz de arreglarlo.

—Yo puedo arreglarlo.

—¡Claro! ¿En qué Universidad obtuviste el título de ingeniero en electrónica? Mira, en este rollo hay doscientos pies de alambre de cobre. Tu parte son cincuenta pies. ¿Supongo que no se lo vas a dar todo?

—Pues sí que se lo voy a dar.

Slim estaba mirando a Lhin atentamente, sin casi fijarse en Fats, mientras éste medía y cortaba el alambre.

—¿Has visto alguna vez algo semejante a esto, Lhin? Los controles de alimentación iónica y los inyectores de estas naves son muy complicados. ¿Por qué crees que puedes arreglarlo... a menos que tu raza haya tenido naves semejantes y tú hayas podido estudiarlas en sus libros?

Lhin se esforzó en encontrar las palabras necesarias para explicar sus pensamientos. Su raza nunca tuvo motores como aquéllos... su ciencia atómica se había desarrollado en un sentido distinto, ya que el uranio era casi inexistente en la Luna y los humanos utilizaban una aplicación casi directa de ese elemento. Sin embargo, los principios del mecanismo le resultaban perfectamente claros, aunque sólo le había examinado someramente. Sentía en su mente la forma exacta en que debía funcionar.

—Yo lo siento. Ya en el primer día de mi vida lo hubiera podido arreglar. Es lo que está en mi mente, no por lo que he aprendido, aunque yo he estudiado todos los libros de mi pueblo. Durante trescientos millones de años mi pueblo ha estudiado mecánica y ya hemos dejado de pensar en ella; nos limitamos a intuirlo.

—¡Trescientos millones de años! Comprendí que tu raza era muy antigua cuando me dijiste que naciste sabiendo hablar y leer, pero... ¡por los primeros dinosaurios!

—Mi raza ha podido ver esos animales en tu mundo, hace mucho tiempo —le aseguró Lhin solemnemente—. Entonces, ¿quieres que lo arregle?

Slim sacudió la cabeza lleno de confusión y le alargó una caja de herramientas sin añadir palabra.

—Trescientos millones de años, Fats, y durante todo este tiempo han estado mucho más avanzados de lo que nosotros estamos ahora. Piensa en ello. Cuando no éramos más que seres que se arrastraban por el barro ellos ya volaban de planeta en planeta... sólo que supongo que nunca pudieron establecer una colonia en la Tierra; la gravedad es seis veces superior a la de su mundo. Y ahora, sólo porque se vieron obligados a vivir en el mundo de escasa masa, la pérdida de aire les obligó a refugiarse en este agujero, condenados a una existencia miserable. Lhin es todo lo que queda de ellos.

—Bien, ¿y qué tiene que ver esto para que tenga conocimientos de electrónica?

—El instinto. En ese mismo tiempo, piensa en los instintos reflejos adquiridos por nuestros propios animales... lo que deben comer, el olor de sus enemigos, la protección de sus crías... Lhin tiene un instinto innato para la mecánica; probablemente no conoce la teoría de su construcción y diseño, pero es capaz de sentir instintivamente cómo debe funcionar un motor. Añade a eso la prodigiosa cantidad de libros y registros científicos que conserva y dime si es que puede haber algo en una máquina que él no entienda.

De nada valía discutir, decidió Fats, y se dedicó a observar el trabajo del selenita. O aquel mono terminaba por arreglar el mecanismo del motor o nunca saldría de allí. Lhin había desconectado la caja de control y ahora la estaba desarmando, pieza a pieza. Con una seguridad admirable desconectó cables, retiró tubos electrónicos y cambió de posición los transformadores.

Aquel mecanismo le parecía bastante sencillo. Los humanos habían conseguido convertir la energía del combustible atómico y usaban ciertas fuerzas para ionizar la materia, controlar el coeficiente de ionización, llevar los iones a los tubos de propulsión y hacerlos salir a alta velocidad a través de las turbinas. Se trataba, en suma, de un problema sencillo de electrónica aplicada: controlar la potencia de las fuerzas de ionización.

Con sus pequeñas y ágiles manitas bobinó hilos, conectó unas bobinas con otras y añadió un transistor electrónico. Alrededor de este núcleo otras bobinas y más transistores fueron tomando forma y luego conectó un largo tubo de alimentación a la bomba que llevaba el material a ionizar y añadió nuevas admisiones de energía. Los inyectores que gobernaban la alimentación de iones eran demasiado complicados, pero no los tocó, porque podían funcionar tal como estaban. Todo el trabajo no le costó más de quince minutos.

—Ya está arreglado, pero tengan cuidado cuando arranquen por primera vez.

Ahora el motor aprovecha toda la energía, no sólo una parte como antes.

Slim inspeccionó la transformación realizada.

—¿Eso es todo?, ¿qué hay en todo este montón de piezas que no has vuelto a instalar?

—No eran necesarias. Era un diseño muy ineficiente. Ahora todo irá bien.

Lo mejor que supo explicó a Slim el principio básico en que funcionaría ahora el motor de la nave. Antes, el mecanismo utilizado sólo habría podido ser comprendido por un técnico muy versado en motores de espacionaves. Pero lo que tenían ahora ante ellos era el producto de una ciencia que había ido mucho más allá de las complicadas máquinas hechas por principiantes. Cuando querían hacer algo, lo realizaban del modo más sencillo posible. Slim quedó asombrado de que nadie hubiese caído en la cuenta de que el mecanismo propulsor podía hacerse de aquel modo en forma mucho más sencilla y eficiente... una reacción normal y muy humana, una vez que se sabe como hacerlo.

—Magnífico, Fats, todo resuelto. Ahora podemos contar con una eficiencia de los motores del 99,90 % en vez de un 20 % que teníamos antes. Muchas gracias, Lhin.

Fats no sabía nada de electrónica, pero las explicaciones de Lhin le habían parecido convincentes y ahora no hizo ningún comentario. En vez de ello, se dirigió a la sala de mando y dijo:

—Bien, si ya está arreglado, podemos marcharnos. ¡Adiós, monito!

Slim recogió el rollo de alambre de cobre y se lo entregó a Lhin, acompañándole hasta la compuerta de la nave. Una vez en el suelo, mientras la compuerta se cerraba lentamente, el hombre de la Luna miró hacia arriba y consiguió esbozar una sonrisa humana.

—Voy a abrir las puertas del techo para que podáis salir. Te he pagado y estamos en paz, ¿no es cierto?... Entonces, adiós, Slim. Que los Seres Supremos te bendigan, porque has salvado a mi pueblo.

—Adiós —contestó Slim, agitando una mano, en el mismo instante en que la compuerta terminaba de cerrarse—. Tal vez algún día pueda volver para ver lo que has conseguido hacer de aquí a entonces.

De nuevo solo en la cueva. Lhin desenrolló el alambre de cobre y lleno de emociones contradictorias e incertidumbre, esperó el ruido de los cohetes de propulsión. El tacto del cobre era un éxtasis para él, pero existían pensamientos en la mente de Fats que no terminaban de hacerse claros para Lhin. Bien, ahora tenía el cobre que necesitaba para muchas generaciones; lo que sucediese después a su pueblo quedaba en manos de los Seres Supremos.

Estaba de pie a la entrada de su cueva, contemplando el potente chorro de los cohetes de la nave, que llevaba consigo el destino de su raza. Si aquellos humanos revelaban la existencia de los materiales radiactivos, les aguardaban la esclavitud y la muerte. Si mantenían el secreto, quizás aún podrían volver a su anterior grandeza y

comenzar nuevamente los viajes hacia otros planetas, abandonados desde hacía mucho tiempo, aún en la época en que su raza estaba en la cima de su progreso. Pero esos planetas cobijaban ahora vida inteligente en vez de selvas inextricables. Tal vez, con el tiempo y con materiales conseguidos en otros mundos poblados por otras razas, conseguirían también la solución que devolvería a su mundo la antigua gloria, tal como habían soñado antes de que la desesperanza y las alas de la noche les cubrieran con su negrura.

El cohete ascendió en cerradas espirales, cortando la luz y proyectando sobre Lhin sombras aladas, semejantes a las de tiempos remotos, cuando sobre la Luna volaban grandes animales. A Lhin le pareció aquello un presagio, pero no pudo decidir si era bueno o malo.

Luego llevó el cobre a la caverna interior donde estaba el criadero de semillas.

En la espacionave, Slim observaba cómo Fats se retorcía pensando en lo que iba a decir y había una sonrisa de buen humor en su rostro.

—Bien, Fats. ¿Qué te pareció? ¿Crees que vale tanto como cualquier humano, quizás?

—¿Qué quieres que te diga? Claro que vale. Estoy dispuesto a admitir todo lo que quieras. Vale tanto como yo... o quizás más. ¿Estás satisfecho, ahora?

—Todavía no. ¿Qué piensas hacer sobre esos minerales radiactivos?

Fats tiró de la palanca de aceleración y se reclinó en el asiento para resistir la tremenda fuerza que ahora desarrollaban los motores. Por fin se encogió de hombros y se volvió hacia Slim.

—Bueno, tú ganas. El monito conservará su libertad y yo mantendré la boca cerrada. ¿Ahora estás satisfecho?

—Sí.

Slim se sentía más que satisfecho. También para él, lo sucedido era como un presagio del futuro, y una prueba de que su idealismo no era una completa locura. Algún día las alas negras del prejuicio y el desprecio por la personalidad de las razas no humanas se levantarían de la faz del Imperio Terrestre, igual que ahora abandonaban la mente de Fats. Quizás él no lo vería, pero algún día la inteligencia en vez de la superioridad racial, sería la que gobernase la Galaxia.

—Sí, Fats —repitió—. Y no tienes que preocuparte mucho por el dinero que has perdido con esos minerales. Vamos a ganar todo el dinero que queramos con la patente del diseño de Lhin. Ya se me han ocurrido más de una docena de aplicaciones prácticas. ¿Qué piensas hacer con tu parte de las ganancias?

Fats sonrió.

—Convertirme en un loco como tú. Te ayudaré a que empieces de nuevo con tu propaganda sobre la igualdad de todas las razas galaxianas e iré de mundo en mundo besando monos y marcianos. A propósito, ¿en qué estará pensando ahora nuestro Lhin?

Lhin no estaba pensando en nada. Acababa de resolver la ecuación correcta de los factores presentes en el subconsciente de Fats y sabía por fin qué decisión tomaría éste. Ahora preparaba sulfato de cobre y veía llegar la aurora donde por tanto tiempo había imperado la noche. Hay siempre algo delicioso en una aurora, pero aquella le parecía maravillosa.

FIDELIDAD

Hoy, en un mundo verde y hermoso, aquí en medio de la más poderosa de las ciudades construidas por el hombre, el último ser de la raza humana muere. Y nosotros que fuimos creados por el Hombre sólo nos queda el consuelo de lamentar su marcha, y adorar la memoria del Hombre, que pudo dominar cuanto abarcó, excepto sus propias pasiones.

Soy muy viejo, comparado con las edades a que alcanza mi raza y sin embargo mi sangre es aún joven y mi vida puede extenderse hacia el futuro durante incontables años, si lo que me ha dicho el último de los Hombres es cierto. Y este hecho portentoso será también obra del Hombre, igual que nosotros y los Hombres-Monos somos también su obra en último análisis. Nosotros, los Hombres-Perros hemos vivido mucho tiempo con el Hombre. A pesar de ello, si no fuera por Roger Stren, podríamos aún seguir aullando a la Luna y rascando las pulgas de nuestras pieles, o tendidos sobre las ruinas del Imperio del Hombre vagamente asombrados ante su desaparición.

Existen libros primitivos que nos hablan de perros que podían pronunciar torpemente unas pocas palabras del lenguaje del Hombre, pero Hungor, era el perro favorito de Roger Stren, el cual al conocer los primeros intentos de hacer hablar a los perros, vio en ello un ideal y la obra a la que dedicar su vida. La operación que realizó en la garganta y en la boca de Hungor, lo cual hizo el lenguaje del hombre casi posible, era comparativamente simple. La busca de otros perros aptos para «hablar» fue mucho más difícil.

Pero Stren encontró cinco animales más, aparte de Hungor, y empezó con este pequeño plantel. Selección y cuidadoso cruce, cirugía e incansable entrenamiento, la implantación de glándulas y mutación por medio de los Rayos X, formaron la base de sus métodos, y gracias a ellos realizó continuos progresos.

Al principio el dinero constituyó un grave problema, pero sus perros habladores pronto llamaron la atención del mundo y alcanzaron altos precios.

Cuando murió, los primitivos seis animales se habían convertido en miles, y había podido presidir la cría de veinte generaciones de perros. Una generación de mi raza sólo tardaba tres años. Stren había visto como su pequeña perrera en el jardín de su casa se convertía en una institución gigante, con un centenar de ayudantes y estudiantes, y encontró que el Mundo estaba dispuesto a ayudarle a alcanzar el éxito. Por encima de todo, tuvo la satisfacción de ver que los simples gestos de mover la cola habían sido sustituidos por un lenguaje básico en el corto espacio de unos años.

El movimiento que él inició continuó sin cesar. Luego de 2000 años, teníamos un lugar al lado del hombre en su trabajo que hubiera sido inconcebible hasta para el mismo Roger Stren. Teníamos nuestras propias escuelas, nuestras casas, nuestro trabajo junto al Hombre, y una organización social propia. Inclusive nuestra independencia, cuando la deseábamos. Y el límite de nuestra vida ya no eran catorce

años, sino cincuenta o más.

El Hombre, también había avanzado mucho en su propio camino. Las estrellas estaban ya a su alcance. La yerma superficie de la Luna había sido suya por siglos. Marte y Venus esperaban su llegada en grandes números y el Hombre había llegado hasta allí dos veces, aunque las expediciones no regresaron. Aquello parecía algo del inmediato futuro. Casi podía decirse que el Hombre había conquistado el Universo.

Pero no pudo conquistarse a sí mismo. Su progreso se vio interrumpido muchas veces porque debía luchar en los campos de batalla para matar a otros seres de su raza. Y ahora, el recuerdo de su pasado medieval hizo sentir de nuevo su influencia, y volvió a luchar entre sí. Las ciudades se derrumbaban para convertirse en polvo, y los fértiles valles del Sur se convirtieron en arenosos desiertos, mientras Chicago yacía cubierta por una verde niebla. Aquella niebla contenía una muerte que mataba lentamente, y el Hombre tuvo que huir de la ciudad para morir, dejándola sólo como una cáscara vacía. La niebla verde dominó a Chicago durante muchos días, meses y años. Mucho tiempo después de que el Hombre pereció.

Yo también marché a la guerra pilotando una aeronave construida para los seres de mi raza. Las diminutas bombas atómicas cayeron desde el vientre de mi nave encima de las casas y las granjas, sobre todo lo que había sido la obra del Hombre, quien había hecho a mi raza. Porque mi Hombre, me había ordenado luchar.

De algún modo, no morí en la guerra. Y después de la Gran Huida, cuando la mitad de los Hombres ya estaban muertos, reuní a mi pueblo y nos encaminamos hacia el Norte, donde algunos de mis Hombres habían escapado para hallar refugio de los estragos de la Guerra. De todas las obras del Hombre, sólo tres ciudades permanecían en pie... Envueltas en la verde niebla, sin embargo, eran inhabitables. Y el Hombre debió calentarse alrededor de pequeñas hogueras y esconderse en la selva cazando su alimento en pequeñas tribus. Sólo había transcurrido el primer año de la Guerra. Durante un tiempo, los Hombres y mi raza vivieron en paz, planeando la reconstrucción de todo lo que había sido destruido, cuando la guerra terminase por fin. Entonces llegó la Plaga. La antitoxina que habían inventado para contener los efectos de la Plaga resultó ineficaz y la enfermedad aumentó su virulencia. La Plaga se extendió a través de los Continentes y los mares, destruyendo al Hombre que la había creado. Sus efectos eran parecidos a los de una fuerte dosis de estricnina, haciendo que el Hombre muriera en medio de violentas convulsiones y náuseas.

Por un corto tiempo, el Hombre olvidó su guerra para unirse contra la enfermedad, pero ya era tarde. Implacablemente, la Plaga se extendió llegando inclusive hasta las pequeñas colonias que se habían fundado en el helado Norte. Y yo tuve que contemplar lleno de horror como los Hombres a mi alrededor caían presos de la mortal agonía. Por fin, nosotros los Hombres-Perros, quedamos solos en un Mundo destruido del cual el Hombre había desaparecido. Durante muchas semanas hicimos funcionar los pequeños transmisores de radio contruidos para ser manejados por nuestras torpes patas, pero no conseguimos captar ninguna respuesta; y entonces

comprendimos que el Hombre había muerto.

Era muy poco lo que podíamos hacer. Teníamos que cazar nuestro alimento como en los tiempos primitivos, y cultivar la tierra en la tosca forma que nuestras patas, ligeramente modificadas, nos permitían. Y la dura y helada tierra del Norte no era un lugar adecuado para nosotros.

Yo pude reunir las esparcidas tribus de mi raza en un grupo sólido, e iniciamos el largo camino hacia el Sur. Viajamos siguiendo las estaciones, deteniéndonos para plantar nuestros alimentos en primavera y cazando en otoño. Cuando nuestros trineos se hicieron inútiles por el uso no pudimos reemplazarlos, y nuestro progreso se hizo aún más lento. En ocasiones encontramos a gente de mi raza que vivían en pequeñas manadas. La mayoría habían revertido al estado salvaje y tuvieron que ser dominados por la fuerza. Pero poco a poco, siempre aumentando en número, continuamos nuestro viaje hacia el Sur. Buscábamos al Hombre; durante 50 000 años, nosotros los Hombres-Perros, habíamos vivido con y para el Hombre, y no deseábamos otra vida.

En medio de la selva de lo que antes fue el Estado de Washington, encontramos otro grupo que no había caído de nuevo en la anarquía de la ley del más fuerte. Poseían caballos para que trabajasen para ellos, inclusive toscos arreos y máquinas que podían hacer funcionar. Allí vivimos durante diez años, organizando un gobierno para nuestro pueblo, y construyendo una pequeña ciudad. Allí donde el Hombre podía utilizar sus manos, nosotros nos vimos precisados a inventar herramientas e instrumentos que pudieran ser manejados por nuestros torpes dientes y patas. Pero por fin encontramos una especie de felicidad, e inclusive hallamos algunos de los libros escritos por el Hombre con los cuales pudimos enseñar a nuestros jóvenes Hombres-Perros.

Entonces llegó a nuestro valle una tribu de Hombres-Perros, que se dirigían hacia el Sur, y nos dijeron que habían oído hablar de una de nuestras tribus que encontró refugio y sustento en una enorme ciudad de altísimas casas situada al lado de un lago en las tierras del Este. Aquello me hizo pensar que la ciudad en cuestión no podía ser otra que Chicago. La tribu de Hombres-Perros nómadas no había oído nada de la niebla verde, sólo sabía que la vida era allí posible.

Aquella noche alrededor de nuestras hogueras decidimos que si la ciudad era habitable era seguro que encontraríamos allí casas y máquinas diseñadas para ser operadas por nosotros. Y quizás habrían Hombres y la posibilidad de hacer crecer a nuestros hijos rodeados por las cosas a las que tenían derecho. Durante muchas semanas nos afanamos en prepararnos para el largo viaje hacia Chicago. Cargamos nuestros pobres posesiones en los toscos carromatos tirados por nuestros animales y empezamos el viaje hacia el Este.

El invierno estaba ya muy cerca cuando acampamos fuera de la ciudad, aún enorme e imponente. En los sesenta años que había permanecido abandonada nada había cambiado. Las fuentes de sus enormes plazas aún lanzaban altos chorros de

agua, impulsadas por los motores automáticos.

Avanzamos sobre la tribu de Hombres-Perros que estaba en posesión de la ciudad, bajo el amparo de la noche, moviéndonos en silencio. Su tribu vivía en una gran plaza llena de basura, y en el acto pudimos observar que ni siquiera recordaban el uso del fuego del tiempo civilizado. Fue una lucha salvaje aunque de corta duración, sin que ni uno ni otro bando pidiera ni concediera cuartel. Pero aquellos Hombres-Perros se habían hundido demasiado en el salvajismo y habían crecido faltos de vigor en las protegidas casas de la ciudad del Hombre y su número no era tan grande como nos habían dicho. Cuando el sol se levantó por encima del lago, no quedaba ni una sola de ellas que no hubiese perecido en la batalla o caído prisionero. A estos últimos esperábamos poder educarlos según nuestras costumbres. La antigua ciudad era ahora nuestra, y la verde niebla mortal había desaparecido después de tantos años.

A nuestro alrededor encontramos abundantes provisiones, y las fábricas de alimentos cuyo manejo yo conocía, las máquinas que el Hombre había construido para ser adaptadas a nuestras necesidades, las casas en las que podíamos vivir, inagotable energía producida por la destrucción del núcleo de los átomos, la cual sólo esperaba que cerrásemos los contactos de las fábricas para empezar a proveernos de fuerza, luz y calor. Inclusive con nuestra falta de manos, podíamos vivir allí en paz y seguridad durante innumerables siglos. Quizás allí mis sueños de adaptar nuestros pies al manejo de las herramientas del hombre y de continuar su obra resultarían posibles, aunque no consiguiéramos encontrar a ningún miembro de su raza.

Limpiamos todas las ruinas y escombros que cubrían la ciudad y nos instalamos en el Greater South Chicago, donde nuestra raza había tenido antes el barrio destinado para ella. Yo y unos pocos de los Hombres-Perros más viejos que habían sido enseñados por sus padres en las costumbres del Hombre, organizamos de nuevo nuestra vida social y pusimos en marcha las grandes máquinas que nos abastecieron de luz y agua. Por fin habíamos vuelto a una vida civilizada.

Cuatro semanas más tarde, uno de mis tenientes acompañó a Paúl Kenyon a mi presencia. ¡Un Hombre! ¡Vivo y real después de tanto tiempo! Kenyon sonrió y yo hice un gesto para que mis ayudantes nos dejaran solos.

—He visto vuestras luces —explicó— al principio pensé que quizás habían regresado algunos hombres, pero ahora comprendo que eso es imposible; pero evidentemente la civilización aún tiene sus seguidores, de modo que pedí a uno de los vuestros que me condujera ante su jefe. ¡Todo lo que queda del Hombre te saluda!

—¡Saludos! —jadeé—. Parecía que contemplaba de nuevo el regreso de los dioses. Me faltaba el aliento y una gran paz y bienestar invadió mi corazón. —Saludos y que tu Dios te conceda su bendición. Ya no me quedaban esperanzas de volver a ver al Hombre.

El movió la cabeza.

—Yo soy el último. Durante cincuenta años he estado buscando otros hombres, pero no queda ninguno. Bien, habéis hecho una excelente labor. Me gustaría vivir

entre vosotros y trabajar aquí cuanto me sea posible. De algún modo he podido sobrevivir a la Plaga, pero aún siento sus efectos en ocasiones, y en estos últimos tiempos sufro ataques más y más frecuentes, y entonces no puedo moverme ni atender a mis necesidades. Es por eso que quiero reunirme con vosotros.

—Es gracioso —hizo una pausa—, me parece recordarte. ¿No eres Hungor Beowulf XIV? Yo soy Paúl Kenyon. ¿Quizás me recordarás? ¿No? Bien, hace ya mucho tiempo y eras entonces muy joven. Quizás el olor de mi cuerpo ha cambiado con la enfermedad. Pero esa mancha blanca que tienes en la frente aún la recuerdo perfectamente.

No se necesitaba más para que mi satisfacción fuese completa al recibir al Hombre entre nosotros.

Ahora teníamos a uno que poseía manos, y aquello nos sirvió de gran ayuda. Pero lo que era más importante es que era un Hombre, y ese solo hecho justificaba la razón de ser de nuestro trabajo. Pero a menudo, tal como me había anunciado, la antigua enfermedad se apoderaba de él y caía vencido en medio de violentas convulsiones, después de las cuales quedaba débil y cansado durante muchos días. Aprendimos a cuidarle, y a ayudarlo en su lecho de enfermo del mismo modo que aprendimos, poco a poco, a cambiar nuestra organización social para adaptarse a su presencia. Y por fin, un día vino a mí con una sugerencia.

—Hungor —dijo— si los dioses pudieran concederte un deseo, ¿qué pedirías?

—El regreso del Hombre. El antiguo régimen, donde podíamos trabajar juntos. Tú sabes tan bien como yo cuánto necesitamos al Hombre.

Sonrió con una torcida mueca.

—Por lo que parece, el Hombre te necesita mucho más a ti. Pero si este deseo no fuese posible, ¿qué pedirías?

—Manos —dijo— sueño en poseer manos durante todas mis noches, y hago incontables planes durante el día, pero creo que nunca las alcanzaré.

—Quizás sí, Hungor. No te has preguntado nunca por qué sigues viviendo, después de haber sobrepasado el doble de los límites ordinarios de tu raza, mientras te mantienes en todo el vigor de la juventud. No te has preguntado nunca por qué he resistido a la Plaga que aún corre por mis venas y como es posible que sólo aparente tener treinta años, aunque ya hace más de setenta desde que nació el último Hombre.

—A veces he pensado en ello —contesté—, pero no tengo mucho tiempo para estas cuestiones ahora, y cuando lo hago... el Hombre es la única respuesta que conozco.

—Es una buena respuesta —dijo— sí, Hungor, el Hombre y su obra es la razón de ello. Por eso es porque te recuerdo. Tres años antes de la guerra, cuando alcanzabas tu madurez, llegaste una vez a mi laboratorio. ¿Recuerdas ahora?

—El experimento —dijo—, ¿es por esto que me recordaste?

—Sí, el experimento. Yo alteré tus glándulas en cierto modo, e injerté nuevos

tejidos en tu cuerpo, del mismo modo que lo hice en mi propio organismo. En aquel tiempo estaba buscando el secreto de la inmortalidad. Aunque no se presentó una reacción inmediata, mi procedimiento tuvo éxito, y no sé por cuanto tiempo podremos aún vivir o, mejor dicho, vivirás tú; por lo menos a mí me ayudó a resistir los efectos de la Plaga; aunque no la venció completamente.

De manera que aquella era la explicación. Kenyon quedó inmóvil contemplándome en silencio durante largo rato.

—Sí, sin que yo lo supiera, te salvé de la muerte, para que continuaras el trabajo del Hombre para él. Pero hablábamos de proporcionarte manos.

»Como ya sabes, existe un gran continente al Este de las Américas llamado África. Pero quizá no sepas que el Hombre trabajaba allí con los grandes monos, del mismo modo que ayudó a evolucionar a tu pueblo en este país. Nunca conseguimos tantos progresos como con vosotros. Empezamos demasiado tarde. A pesar de todo, hablan un sencillo lenguaje y eran muy útiles para trabajos pesados. Y pudimos cambiar sus manos de modo que el pulgar y los dedos quedaran opuestos igual que las mías. Allí, Hungor, están las manos que necesitas.

A partir de aquel momento Paúl Kenyon y yo preparamos nuestros planes cuidadosamente. En los hangares de los aeropuertos de la ciudad permanecían aún muchas aeronaves diseñadas para el uso de mi pueblo. Hasta aquel momento no había visto la necesidad de utilizarlas. Los aviones estaban en buen estado de conservación, como pudimos observar después de examinarlos, y mi entrenamiento de piloto resurgió con claridad cuando me elevé en el primer aparato. Sus depósitos contenían suficiente combustible atómico para dar la vuelta al mundo diez veces, y en las fábricas de la ciudad había depósitos de combustible en cantidades prácticamente inagotables.

Juntos, aunque él hizo la mayor parte del trabajo mecánico en los períodos que estaba libre de su enfermedad, desmontamos todos los instrumentos de guerra de aquellos aviones. De los 600 aparatos que hallamos, sólo dos estaban inutilizados, y el resto podrían servir para transportar unos 2000 pasajeros además de sus respectivas tripulaciones. Si los Hombres-Monos, habían revertido a un estado de completo salvajismo, íbamos preparados para ello con tanques de gas narcotizante, por medio del cual podríamos dominarlos y atarlos en las carlingas de los aparatos para el viaje de regreso. En las casas de la ciudad, construimos viviendas suficientes y lo bastante fuertes para mantenerlos encerrados si era necesario, pero preparadas para que vivieran con comodidad si venían en son de paz.

En el primer momento pensé en dirigir la expedición personalmente, pero Paúl Kenyon me hizo ver que seguramente los Hombres-Monos aceptarían con dificultad el tratar con nosotros. En su lugar me convenció de que serían mucho más manejables si él mismo se dirigía hacia allí.

—Después de todo —dijo— los Hombres los educaron y cuidaron de ellos, y

posiblemente nos recuerdan vagamente. Pero de tu raza sólo saben lo que conocen de los perros salvajes que son sus enemigos. Yo puedo ir allí y ponerme en contacto con sus jefes, protegido, desde luego, por tu raza. De otro modo, el contacto de vuestros dos pueblos, significaría una batalla.

Cada día, durante muchas semanas, llevé conmigo un pequeño grupo de nuestros jóvenes para enseñarles a manejar los controles de los aparatos. A medida que ellos quedaron instruidos, los primeros grupos se convirtieron en maestros de los otros. Fue una tarea que nos costó meses, pero mi pueblo conocía la necesidad de obtener manos del mismo modo que yo, y cualquier débil esperanza merecía los esfuerzos de todos nosotros.

Fue a fines de la primavera cuando partió la expedición. Yo pude seguir el viaje por medio de la televisión desde mi cuartel general en la ciudad, pero sólo podía manejar los mandos del aparato con cierta dificultad. Kenyon, desde luego, mantenía contacto conmigo desde el otro extremo cuando le era posible.

La expedición encontró una tormenta al atravesar el Océano Atlántico, y tres de mis naves se perdieron. Pero bajo la dirección de mi lugarteniente y de Kenyon, el resto consiguió atravesar la tempestad. Aterrizaron cerca de las ruinas de Capetown, pero no encontraron rastros de los Hombres-Monos. Luego transcurrieron semanas de explorar la selva y las llanuras. Encontraron muchos monos y gorilas, pero al capturarles hallaron que no eran otra cosa que las primitivas criaturas que la naturaleza había creado. Fue por un accidente como por fin hallaron el éxito. Habían establecido el campamento para pasar la noche, y encendieron hogueras para protegerse contra las bestias salvajes que poblaban la selva. Kenyon se encontraba en uno de sus raros momentos de buena salud. El transmisor de televisión había sido instalado en una tienda en los límites del campamento y él se encontraba allí radiándome un informe completo de lo sucedido durante el día. En aquel momento, de un modo abrupto, por encima de la cabeza del hombre pude contemplar en la pantalla un rostro tosco y peludo.

Kenyon debió haber notado algo porque empezó a volverse rápidamente pero se detuvo en el mismo instante, y se volvió lentamente. Frente a él se encontraba uno de los grandes monos. Estaba allí silencioso, mientras Kenyon lo miraba sin saber si era salvaje o medio civilizado. El animal también vaciló; luego adelantó dos pasos.

—Hombre... hombre —habló con dificultad— has vuelto. ¿Dónde estabas? Yo soy Tolemy, te he visto, y he venido a hablarte.

—Tolemy —dijo Kenyon sonriente— estoy satisfecho de verte Tolemy. Siéntate; vamos a hablar un rato. Estoy contento de haberte encontrado. Ah, Tolemy, pareces viejo; ¿fueron tu madre y tu padre criados por el hombre?

—Tengo ochenta años, creo. Es difícil recordar. El mismo hombre me crió hace mucho tiempo. Pero ahora soy viejo; mi pueblo dice que soy demasiado viejo para acaudillarlos. No querían que yo viniera a hablar contigo, pero yo conozco al Hombre. Fue bueno conmigo y tenía mucho café y cigarrillos.

—Yo también tengo café y cigarrillos, Tolemy —sonrió Kenyon espera, te traeré un poco. ¿Y tu pueblo, no encuentra la vida dura y difícil aquí en lo selva? ¿No te gustaría vivir conmigo en las ciudades?

—Sí, la vida es dura entre nosotros. Yo quiero regresar contigo. ¿Sois muchos Hombres?

—No, Tolemy —puso la taza de café y los cigarrillos frente al gran mono, quien bebió con ansiedad y encendió uno de los cigarrillos con una astilla que sacó de la hoguera más cercana—. No, pero tengo amigos que viven conmigo. Debes traer a tu pueblo aquí y dejar que todos seamos amigos. ¿Sois muchos?

—Sí, hacemos diez veces diez... casi lo que llamamos mil. Somos todo lo que queda del gran número de Hombres-Monos que vivían en la ciudad del Hombre antes de la Gran Lucha. Un Hombre nos puso en libertad y yo saqué a mi pueblo de allí y desde entonces hemos vivido en la selva. Mi pueblo quería dividirse en pequeñas tribus, pero yo conseguí reunirlos en una sola, y ahora estamos seguros. Pero la comida es difícil de hallar.

—Nosotros tenemos mucha comida en la gran ciudad, Tolemy, y allí hay amigos que te ayudarán, si estáis dispuestos a trabajar con ellos. ¿Recuerdas a los Hombres-Perros? ¿Estarías dispuesto a trabajar con ellos igual que lo hicisteis con el Hombre si te tratasen como el Hombre te trató y te alimentasen e instruyesen a tu pueblo?

—¿Hombres-Perros? Recuerdo bien a los Hombres-Perros. Eran buenos con nosotros pero aquí los perros son malos. Percibí el olor de perros en ese campamento: pero no eran iguales al perro que nosotros conocemos, y mi nariz no se sintió segura de la verdad. Yo trabajaría satisfecho con los Hombres-Perros, pero mi pueblo tardará algún tiempo en acostumbrarse a ellos.

Los informes que radiaron en los días siguientes me informaron de los rápidos progresos realizados. Pude ver como los grandes monos llegaban en parejas y en pequeños grupos para saludar a Paúl Kenyon, quien les dio alimentos y les presentó a mi gente. El trabajo progresó lentamente, pero a medida que los primeros empezaron a perder el temor que sentían hacia nosotros, los siguientes costaron menos de acostumbrarse a nuestra compañía. Sólo unos pocos entre ellos se resistieron a venir con nosotros y permanecieron en la selva.

Los cigarrillos que gustaban al Hombre, pero que mi raza nunca usó, sirvieron de gran ayuda, ya que los grandes monos aprendían a fumar con gran facilidad.

Pasaron varios meses antes de que la expedición regresara. Cuando volvieron traían consigo 900 de los grandes monos y Paúl y Tolemy habían iniciado su reeducación. Nuestro primer cuidado fue un cuidadoso examen médico de Tolemy, pero encontramos que se encontraba en perfecto estado de salud y que aún poseía el vigor de un gorila joven. El Hombre había conseguido extender en gran manera los límites de la edad de su raza como lo había hecho con la nuestra y evidentemente obtuvo un completo éxito en el caso de Tolemy.

Ahora los grandes monos ya han permanecido con nosotros durante tres años y en este tiempo les hemos enseñado a usar sus manos de acuerdo con nuestras instrucciones. Por encima de nuestras cabezas los enormes coches del ferrocarril monorraíl funcionan de nuevo y las fábricas trabajan a plena capacidad. Los Hombres-Monos son rápidos para aprender, y poseen una gran curiosidad que les hace asimilar con rapidez cualquier conocimiento nuevo. Todos ellos se sienten satisfechos aquí y se multiplican con facilidad. Ya no necesitamos lamentarnos de la falta de manos; quizás en el futuro y con su ayuda podamos desarrollar nuestras patas delanteras aún más, y aprender a caminar erectos como lo hacía el Hombre.

Hoy acabo de regresar del lado de la cama de Paúl Kenyon; en estos días pasamos juntos la mayor parte de nuestro tiempo. Quizás debería incluir en ello al fiel Tolemy, ya que entre los tres se ha desarrollado una gran amistad.

Y... nosotros, los Hombres-Perros, hemos seguido el camino del Hombre durante 50 000 años. Su recuerdo se encuentra demasiado profundamente implantado en nuestras mentes para que cambiemos. De todas las criaturas de la Tierra, los Hombres-Perros han seguido al Hombre hasta el fin. Mi raza no puede convertirse en el dueño de la Tierra. Ningún perro se sintió nunca completamente feliz sin la compañía del Hombre. Es posible que en el futuro los Hombres-Monos sean nuestros propios hombres.

Esto es un sueño agradable, pero seguramente no un imposible.

Kenyon sonrió cuando le hablé de todo esto la última vez y me advirtió en su tono de broma que usa cuando quiere decir sus pensamientos más serios, de que no los hiciera demasiado parecidos al Hombre, para impedir que otra Plaga los destruyera. Bien, podemos precavernos contra esa posibilidad. Creo que él también tiene sus sueños para el futuro. Pienso que muchas veces sueña en que el Hombre resurgirá, ya que las lágrimas se asoman a sus ojos y en esta ocasión pareció sentirse satisfecho de mis palabras.

Ahora hay poco que podamos hacer para complacerle, mientras se encuentra solo, torturado por el dolor, esperando la lenta muerte que sabe debe llegar inexorablemente. Su enfermedad ha ido empeorando, y la Plaga hace sentir sus efectos con más dureza cada día.

Todo lo que podemos hacer es darle calmantes para mitigar su dolor, aunque Tolemy y yo hemos conseguido aislar el virus de la Plaga que hallamos en su sangre. Parece ser una forma extraña de cólera, y con esta información proseguimos nuestros experimentos. El suero de la vieja Plaga nos ofrece una pista, y algunas de las medicinas que hemos preparado parecen aliviarle, aunque no le han curado por completo.

Sólo se trata de una esperanza. No le he hablado de nuestros experimentos, porque sólo un golpe inesperado de suerte nos puede hacer llegar al éxito antes de que muera.

El Hombre se muere. Aquí, en nuestro laboratorio, Tolemy sigue repitiendo algo entre dientes: creo que se trata de una plegaria. Quizá el Dios que conoció de boca del Hombre se mostrará compasivo y nos concederá el éxito que deseamos.

Paúl Kenyon es todo lo que queda del viejo Mundo que Tolemy y yo amábamos. Sigue allí tendido en la cama de la enfermería, gimiendo en medio de su agonía, y muriendo lentamente. A veces, contempla a través de los cristales de la ventana el vuelo de los pájaros que se dirigen hacia el Sur; los mira como quien nunca volverá a contemplarlos de nuevo. ¿Será posible que ello suceda? Algo que una vez murmuró sigue siempre presente en mi memoria: «Ningún Hombre conoce su destino final...»

MISIÓN SECRETA

Los rayos del sol atravesaron las copas de los árboles para iluminar el claro del bosquecillo, revelando una escena de caos y destrucción. El día anterior había habido allí una casa de campo construida de troncos toscamente cortados, pero ahora sólo quedaban restos informes y chamuscados. Una de las paredes se había derrumbado, como si hubiera sufrido los efectos de una tremenda explosión, y yacía esparcida en el suelo, rota en mil fragmentos. El techo estaba hundido como si algún gigante lo hubiese pisoteado para continuar su camino.

La causa de toda aquella destrucción seguía aún allí, en medio de las ruinas de la casa. Una confusa masa de vigas metálicas retorcidas y planchas destrozadas, aparecía mezclada con los restos del equipo de laboratorio que antes estuvo cuidadosamente ordenado en una de las piezas de aquella casa y los restos de un extraño motor se veían en uno de los lados. Más allá aparecía un enorme tubo que, sin duda, perteneció a un cohete-nave. El enorme objeto de metal que ahora atravesaba el destrozado techo sólo daba una idea del esbelto cilindro plateado que antes fue, pero un observador perspicaz podía adivinar que todo aquello no era más que los restos del choque de una espacionave. Surgiendo de lo que había sido el laboratorio las llamas lamían la cáscara metálica, y se extendían lentamente hacia el resto de la casa.

En el claro, dos figuras yacían tendidas en el suelo, de tamaño y constitución similar, pero diferentes en todo lo demás. Una era la de un hombre atezado de media edad, completamente desnudo con el rostro tan destrozado que era imposible reconocerle. El extraño ángulo que mostraba su cabeza era prueba irrefutable de que tenía el cuello roto. El otro hombre podía haber sido un poderoso vikingo de los tiempos pasados, a juzgar por su tamaño y aspecto, pero su rostro revelaba algo mucho más delicado perteneciente a una cultura superior. Iba completamente vestido, y el lento movimiento de su pecho mostraba que aún había restos de vida en él. A su lado, aparecía una viga rota caída del techo, con unas manchas de sangre. Había también sangre en la cabeza del hombre, pero la herida no tenía mucha importancia y aquel individuo sólo estaba inconsciente.

En aquel momento se agitó convulsivamente, y se incorporó vacilante mientras agitaba la cabeza y se palpaba la herida de su cuero cabelludo. Sus ojos recorrieron lentamente el claro y se fijaron en las ruinas que seguían ardiendo alegremente. El cadáver que yacía a su lado reclamó su atención a continuación, y se dirigió hacia él para examinar el cuello del hombre. El extraño frunció el ceño y movió la cabeza vigorosamente, tratando de recobrar la memoria que se burlaba de él.

Sus recuerdos no querían regresar. Podía reconocer lo que sus ojos contemplaban, pero su mente no contenía palabras para describirlas y el pasado estaba ausente de su mente. Su primer recuerdo era el de despertar mientras la cabeza le latía con un dolor que era casi insoportable. Sin experimentar ninguna sorpresa, estudió la espacionave,

y se dio cuenta de que había caído sobre la casa, sin control, pero aquello no despertó ningún recuerdo en su mente y por fin lo dejó por el momento. El pudo haber estado en la espacionave o en la casa en el momento del choque: no le era posible decir en cual de los dos sitios. Probablemente el hombre desnudo había estado durmiendo en la casa en aquella ocasión.

Algo aleteó suavemente en el fondo de su subconsciente, haciéndose más y más fuerte e impulsándole a realizar algo que no comprendía. Sabía que no podía perder tiempo allí, ya que debía realizar una importante misión. ¿Qué misión era la suya? Por un instante casi la recordó y luego la memoria le eludió de nuevo dejando sólo la urgencia del impulso que debía obedecer. El hombre se encogió de hombros y se alejó de las ruinas en dirección al sendero que aparecía entre los árboles.

Luego, otro impulso le hizo regresar al lado del cadáver, y él obedeció porque no sabía qué otra cosa hacer. Actuando sin voluntad consciente, arrastró el cadáver hallándolo extrañamente pesado y lo llevó hacia la casa. Las llamas lo envolvían todo, ahora, pero halló un lugar donde el calor no era demasiado grande y lanzó el cadáver encima de un montón de materia en combustión. Luego que el impulso secundario quedó satisfecho, la urgencia, del primero volvió a su mente y empezó a caminar por el sendero, moviéndose lentamente. Los zapatos le apretaban los pies, y sus piernas parecían de plomo, pero siguió caminando con obstinación, mientras una serie de preguntas bullían en círculos en su mente. ¿Quién era él, dónde estaba y por qué?

Quien fuera que hubiese vivido en la casa, ya fuese él o el cadáver, había sin duda escogido aquel lugar deseando soledad; el sendero parecía extenderse sin fin a través del bosque y no pudo encontrar rastros de habitación humana a su lado. El hombre siguió caminando en forma mecánica, preguntándose si alguna vez llegaría al fin, hasta que una hilera de estacas clavadas en el suelo sosteniendo tres filas de alambres llamaron su atención; distinguió una ancha carretera, y pudo ver varios vehículos que corrían a toda velocidad en ambas direcciones, y el hombre se apresuró hacia allí, esperando encontrar a alguien que le ayudase en su problema.

La suerte le acompañaba. Detenido al lado de la carretera había uno de aquellos vehículos y un hombre estaba realizando alguna confusa operación en el extremo delantero del coche. Duras palabras llegaron hasta él sugiriendo cólera. Sonrió suavemente y se acercó al coche con sus ojos clavados en la cabeza del hombre. Una sensación dura y tensa atravesó su cerebro y lo abandonó, en el instante en que llegaba al lado de la máquina.

—¿Necesita ayuda? —Las palabras se escaparon de su boca, inconscientemente, y ahora otras palabras llenaban su mente, junto con ideas y conocimientos, y aquello parecía algo extraño. El urgente impulso que le obligaba a seguir adelante era aún algo inexplicable. El hombre del coche levantó la cabeza al oír su pregunta, y una expresión de alivio se extendió por su ardoroso rostro.

—Ayuda es precisamente lo que necesito —replicó con gratitud—. He estado trabajando en esa maldita máquina más de una hora, y nadie se ha detenido a ayudarme hasta este momento. ¿Sabe algo de coches?

—Hum. —El extranjero como él mismo se llamaba a falta de otro nombre mejor, se inclinó sobre el motor y probó los alambres del circuito eléctrico, vagamente asombrado ante la sencillez de la máquina. Se incorporó y pasó al otro lado, levantando la cubierta metálica e inspeccionando la disposición de las piezas de metal. Entonces tuvo la certeza de que sabía cuál era la avería mientras su mano se extendía hacia la caja de herramientas.

—Probablemente se trata... hum... de las válvulas... fuera de tiempo —dijo.

En efecto, aquello era la causa de la avería. Unos minutos más tarde el motor cobró vida y empezó a funcionar suavemente mientras el conductor se volvía hacia el extranjero.

—Creo que ya está arreglado. Ha sido una suerte de que usted llegase; este es el trozo peor de la carretera, y no hubiese encontrado a un mecánico en muchas millas. ¿Hacia dónde se dirige?

—Yo... —el extranjero se contuvo rápidamente—. Hacia la gran ciudad —contestó a falta de poder expresar con certeza su destino.

—Entonces suba conmigo. Yo me dirijo a Elisabeth, justo en su misma dirección. Estoy muy satisfecho de haberle encontrado; muchas veces un hombre llega a hablar solo en estos largos viajes, a menos de que tenga algo que hacer. ¿Un cigarrillo?

—Muchas gracias, no. Nunca fumo. —El extranjero contempló cómo el otro encendía su cigarrillo sintiéndose incómodo. El olor del tabaco, cuando llegó a su olfato, le produjo náuseas, igual que el olor de la gasolina y el efluvio personal del otro hombre, pero trató de apartar aquellos pensamientos de su mente tanto como le fue posible.

—¿Ha oído hablar algo respecto a un cohete-nave?

—Desde luego. ¿Se refiere sin duda a la espacionave de Oglethorpe? He leído en los periódicos todo lo que se refiere a este asunto —el viajante apartó los ojos de la carretera por un instante, y sus pequeños y negros ojos brillaron de interés—. Hace mucho tiempo que me pregunto por qué esos financieros cargados de dinero, no quieren apoyar a los cohetes, y finalmente veo que ese Oglethorpe lo ha hecho. Ahora, quizá por fin, nos enteremos de lo que hay de cierto respecto a ese asunto de Marte.

El extranjero sonrió mecánicamente.

—¿Qué tal es su nave?

—Hay una fotografía de ella en el Scoop, en la primera página. Lo encontrará detrás del asiento trasero. Ésa es. ¿Me pregunto a que se parecerán los marcianos?

—Es algo difícil de decir —contestó el extranjero. Hasta la tosca fotografía del periódico le demostraba que aquélla no era la nave que había caído sobre la casa, sino otra completamente distinta—. ¿No hay noticias de otra espacionave?

—No, por lo menos que yo sepa, excepto los cohetes de prueba del ejército. ¿No sabe? Muchas veces pienso que los marcianos se parecerán a nosotros —el viajante pensó que el otro era tan escéptico como él sin detenerse a mirar la expresión de su rostro—. Una vez escribí una novela respecto a esto, para una de esas revistas de fantasía científica, pero me la devolvieron. En ella decía que quizás hace mucho tiempo existió una civilización en la tierra, la Atlántida tal vez, y que atravesaron el espacio para colonizar Marte, Sólo que la Atlántida se hundió y tuvieron que quedarse allí sin poder regresar. En mi novela decía que un día regresaron, después de haber permanecido perdidos durante muchos siglos, pero volvieron a la madre Tierra para iniciar de nuevo la civilización. ¿No era un mal argumento, eh?

—Muy interesante —admitió el extranjero—. Pero me parece algo vagamente familiar. Supongamos que hubo una guerra entre la madre Tierra y Marte que destruyó ambas civilizaciones, en vez de que se hundiera el continente de la Atlántida. ¿No le parece eso más lógico?

—Es posible, no lo sé. Quizá algún día trataré de escribir ese argumento, aunque parece ser que lo que estas revistas quieren son nada más que monstruos interplanetarios... ¡maldito estúpido, adelantarnos en una colina! —Sacó el brazo por la ventanilla para agitar un regordete puño, y luego volvió a su conversación—. El otro día leí una historia que trataba de dos razas distintas, una parecida a los pulpos, mientras la otra tenía veinte pies de alto y era toda azul.

El recuerdo le sacudió sin acabar de hacerse claro, y por un instante el extranjero creyó que recordaba. Azul... luego la memoria desapareció, dejándole sólo una confusa sensación. El extranjero arrugó el ceño y se acomodó en el asiento, contestando sólo con monosílabos al monólogo del otro, mientras contemplaba la sucesión de campos y ciudades que se deslizaban a su lado.

—Ya estarnos en Elisabeth. ¿Quiere que le deje en algún sitio?

El extranjero se despertó del sopor producido por el agudo dolor que sentía en su cabeza y miró a su alrededor. —Déjeme en cualquier lugar— contestó. Luego, el impulso subconsciente en el fondo de su cerebro se apoderó de nuevo de él y continuó. —Quiero ir a ver a un médico.

Aquello era lo que debía hacer. Quizás el impulso no era más que el deseo lógico de buscar la ayuda de un médico. Pero aún sentía la vibrante orden en su mente, buscando una expresión, y el extranjero dudó de la lógica de cualquier cosa que estuviera conectada con todo aquello. Su necesidad de ayuda no podía explicar la sensación de desastre que la acompañaba. Mientras el coche se detenía frente a una casa en cuya puerta se leía la placa de un doctor, su pulso latía con una urgencia enloquecida.

—Ya estamos —el viajante se inclinó para alcanzar la manivela de la puerta, casi rozando las manos del otro. El extranjero las retiró bruscamente, evitando el contacto por unos escasos centímetros, y un frío estremecimiento recorrió su espinaza dejándolo confuso. Si aquella mano le hubiese tocado... la puerta medio abierta se

cerró de nuevo, pero dejó un hecho profundamente grabado en su conciencia. Bajo ningún concepto debía permitir que cualquier otro estableciese contacto con su cuerpo, ya que de lo contrario iba a suceder algo horrible. Era otro de aquellos absurdos pensamientos, disociados con todo el resto, pero demasiado fuertes para ser desobedecidos.

El extranjero salió del coche murmurando unas palabras de agradecimiento, y caminó por el pequeño camino, que conducía, hacia el gabinete del doctor Lanahan, visita de 12 a 4.

El doctor era un hombre de avanzada edad, con el buen carácter y afable expresión de un médico de familia, y su gabinete revelaba su carácter. Había una estantería llena de libros apoyada contra una pared, un pequeño armario con las puertas encristaladas conteniendo varios medicamentos y cierto número de desordenados instrumentos médicos. Escuchó en silencio el relato del extranjero, intercalando su sonrisa para animarlo a continuar, mientras golpeaba rítmicamente su mesa de consulta con un lápiz que mantenía en su mano derecha.

—Me parece un caso claro de amnesia —anunció por fin—. Bastante extraña en algunos aspectos, pero la mayor parte de estos casos son bastante difíciles. Cuando el cerebro sufre alguna herida, los efectos son generalmente imprevisibles. ¿Ha pensado en la posibilidad de alucinaciones con respecto a estos impulsos de que me habla?

—Sí —había pensado en ello desde todos los puntos de vista y rechazado las soluciones que encontró como falta de fundamento—. Si se tratase de impulsos ordinarios, estaría de acuerdo con usted, pero son mucho más profundos y fuertes que éstos, y alguna parte existe alguna razón lógica para ellos. Me siento seguro de ello.

—Hum —el doctor resumió el rítmico golpeteo de su lápiz y reflexionó. El extranjero quedó un instante inmóvil contemplando la base del cuello del médico, y la extraña sensación de tensión volvió a atravesar su cerebro, igual que le había sucedido al encontrar al viajante por primera vez. Algo se despertó en su mente y luego se tranquilizó.

—¿No lleva nada consigo que permita identificarlo?

—¿Qué? —exclamó el extranjero, sintiéndose un poco incómodo por no haber pensado en ello antes y empezó a buscar en sus bolsillos—. No caí en ello —extrajo un paquete de cigarrillos, un pañuelo manchado, unas gafas, y varios objetos más que no significaban nada para él y por fin una cartera llena de billetes. El doctor se apoderó de ella y examinó su contenido.

—Evidentemente llevaba bastante dinero consigo... Hum, no hay tarjeta de identificación, excepto por las letras L. H. ¡Ah! Aquí está; una tarjeta de visita —se la entregó junto con la cartera y sonrió con satisfacción—. Es evidente que es usted un colega mío, doctor Lurton Haines. ¿Recuerda ahora?

—Nada. —De todas maneras era agradable poseer un nombre, pero aquella era la única sensación que experimentaba a la vista de la tarjeta. ¿Y por qué razón debía

llevar consigo gafas graduadas y cigarrillos que nunca había usado?

El doctor estaba buscando algo en la estantería de libros y finalmente regresó a la mesa con un volumen encuadernado en piel roja.

—Este es el «Quién es Quién» —explicó—, vamos a ver. Aquí está. Lurton R. Haines, M. D. Es extraño, pensé que era mucho más joven que lo que dice aquí. Se dedica a la investigación del cáncer No se menciona ningún pariente. La dirección es sin duda la de la casa de su primer recuerdo: Surrey Road, Danesville. ¿Quiere leer lo que dice de usted?

Le entregó el volumen y el extranjero cuyo nombre era aparentemente Haines, le echó un vistazo, pero no recibió otra información que la que el otro ya le había dado, excepto el hecho de que contaba 42 años en realidad. Dejó el libro encima del escritorio y abrió su cartera dejando un billete de banco encima del libro donde el otro pudiera alcanzarlo.

—Muchas gracias, doctor Lanahan —sin duda no había nada más que el doctor pudiera hacer por él, y el olor de la pequeña sala de consulta y el que despedía el cuerpo del médico le estaban casi ahogando; sin duda padecía alergia al olor de otros hombres.

—No se preocupe por la herida de la cabeza, no es más que un corte superficial.

—Pero...

Haines se encogió de hombros y se esforzó en sonreír, mientras llegaba hasta la puerta y salía al exterior. El impulso de urgencia había ahora desaparecido, para ser reemplazado por una vasta sensación de fracaso y comprendió que su misión había terminado sin éxito.

Sabían muy poco de la ciencia de curar, aunque se esforzaban desesperadamente para conocer las causas de las enfermedades. Todos los conocimientos humanos de medicina pasaban ahora a través de la mente de Haines, junto con sus sorprendentes éxitos y sus negros fracasos. Haines comprendió que su propio problema estaba aún más allá de la capacidad humana. Y aquella comprensión, igual que el repentino regreso del lenguaje humano, era un misterio para él; le había invadido mientras contemplaba al doctor, acompañada por una sensación de aguda tensión en su cerebro y después sólo quedó el acre sabor del fracaso que le acompañaba. Aún más extraño le parecía el hecho de que sus recién recobrados conocimientos de medicina no eran los de un especialista en investigaciones del cáncer, sino las teorías generales que podían ser conocidas por un médico corriente.

Una solución a este misterio se ofreció ante sus ojos pero era demasiado fantástica para creer en ella. Desde tiempo inmemorial se venía sospechando la existencia de telépatas, pero nunca se supo de nadie que pudiera captar campos enteros del conocimiento humano obteniéndolos de la mente de otra persona, simplemente mirándole a los ojos. No, aquello era aún más ilógico que el súbito despertar de partes aisladas de su memoria frente a aquellos dos hombres.

Haines se detuvo en una esquina, sintiéndose cansado por la carga de desesperación que pesaba sobre él y trató de reflexionar. Un muchacho vendedor de periódicos se le acercó con una última edición en la mano. —Times y News— ofreció el muchacho con un tono agudo—. Scoop y Journal. ¡Las últimas noticias de la catástrofe de trenes! ¿Diario, señor?

Haines se encogió de hombros sin comprenderle claramente.

—No, gracias.

—¡Rubia hallada muerta en el cuarto de bario! —insinuó el muchacho incansable—. Las últimas noticias del cohete de Marte. —Aquel hombre debía tener algún punto débil en algún lugar.

Pero las ofertas del vendedor sólo consiguieron atravesar a medias los oídos de Haines. Empezó a cruzar la calle, apretándose las sienes con la palma de las manos, antes de que el impulso secundario se apoderase de su mente y lo hiciese regresar hacia el vendedor de periódicos. Halló algunas monedas en su bolsillo, dejó caer un níquel encima del montón de diarios, ignorando la mano que el chico le tendía y recogió un ejemplar del Scoop.

—Debe estar loco — decidió el muchacho en voz baja mientras se metía la moneda en el bolsillo. La fotografía del cohete terrestre no aparecía en la página delantera del diario, pero Haines pudo localizar el reportaje sin dificultad—. Cohete a la Luna despega el miércoles —decían los titulares con chillona tipografía, seguida por una columna que comprendía la información. —El primer vuelo del hombre hacia Marte ya no se demorará, según ha informado James Oglethorpe a los informadores esta mañana. Sin desanimarse ante el escepticismo de los científicos, el financiero continúa con sus planes y espera que su tripulación salga para Marte el miércoles próximo 8 de junio según tenía anunciado. La construcción de la máquina ha sido terminada, y está ahora en período de pruebas.

Haines leyó rápidamente el reportaje, fijándose en los hechos más importantes. El periodista no parecía muy convencido, pero bajo sus vagamente burlonas palabras, Haines pudo encontrar la información que necesitaba. Aquel cohete podía funcionar. El hombre estaba por fin sobre el camino que le llevaría a la conquista de los planetas. El diario no hablaba de ningún otro cohete. Era obvio por lo tanto que el otro aparato que se estrelló en su casa había sido construido en secreto en un inútil esfuerzo para adelantarse al modelo de Oglethorpe.

Aquello no tenía mucha importancia. Lo que el impulso que sentía en su mente consideraba como verdadera importancia era que él debía detener aquel viaje. Por encima de todo lo demás, el hombre no debía realizar aquel primer vuelo a Marte. Haines comprendió que todo aquello era absurdo, y a pesar de todo sabía que existía una razón válida para sus aparentemente enloquecidos pensamientos. Era su deber sagrado el impedir aquel viaje y un deber que debía llevar a cabo.

Volvió rápidamente al lado del muchacho vendedor de periódicos tendiendo una mano para tocarle en el hombro, pero sintió cómo sus músculos retrocedían para

evitar el contacto. A pesar de ello el muchacho pareció sentir su presencia, porque se volvió rápidamente.

—¿Diario? —empezó a decir antes de que lo reconociese—. ¡Oh! Es usted, ¿qué quiere?

—¿Dónde puedo hallar un tren para Nueva York? —Haines sacó una moneda de 25 centavos de su bolsillo y la tiró encima de la pila de papeles.

Los ojos del muchacho se iluminaron de nuevo.

—Cuatro calles más abajo, gire a la derecha y siga recto hasta que llegue a la estación. No puede equivocarse. Gracias, señor.

El descubrimiento de la Guía Telefónica como fuente de información fue uno de los mayores éxitos de Haines y el hecho de que el primer Oglethorpe con quien trató de hablar era un barrendero de color no hizo que se sintiera menos satisfecho por ello. Ahora se dirigía hacia el centro de la ciudad, mientras iba contando el número de las calles, que no le parecían muy lógicos. Aparentemente el único sistema era de progresión aritmética, sin tener en cuenta la situación de las calles.

Sus hombros se caían con un gesto de cansancio, y las líneas de dolor que se marcaban alrededor de los ojos habían conseguido fruncir apretadamente su ceño. Accesos intermitentes de tos le torturaban durante largos minutos para luego dejarle tranquilo algún rato. Aquello era un nuevo síntoma, igual que la presión que sentía encima de su corazón. Y por todas partes le envolvía el irritante aroma de los hombres, la gasolina y el tabaco, una rancia mezcla de la que no podía escapar. Hundió sus manos profundamente en los bolsillos para evitar el contacto casual con alguien en la calle y cruzó hacia el edificio que llevaba el número que iba buscando.

Otro hombre entraba en aquel momento en el ascensor y Haines le siguió mecánicamente, agradecido de que no tuviese que ascender personalmente las escaleras.

—¿El señor Oglethorpe? —preguntó al ascensorista con cierta vacilación.

—Cuarto piso, habitación 405. —El muchacho abrió la puerta, señalando con un dedo, y Haines salió del ascensor hacia el *hall* brillantemente iluminado del cuarto piso. Se veían una media docena de puertas, pero se dirigió sin vacilar hacia la que estaba marcada «James H. Oglethorpe. Particular».

—¿Tiene usted hora para la entrevista? —La muchacha le miró al rostro mientras mantenía la mano en la puerta que cerraba su camino. El rostro de la secretaria era un verdadero estudio sobre los efectos de la frustración, lo cual probablemente explicaba lo agudo de su tono. Ella continuó con el tono empleado por los fieles empleados que defienden los intereses de su principal—. El señor Oglethorpe se encuentra muy ocupado.

—Tengo una cita para el almuerzo —contestó Haines brevemente. Había podido darse cuenta de que los hombres hablaban más libremente cuando estaban comiendo.

La muchacha hojeó un pequeño cuaderno y volvió a mirarle.

—No tengo anotada ninguna entrevista con usted, señor...

—Haines. Doctor Lurton Haines —sonrió secamente mientras movía casualmente un billete de 20 dólares en una mano. El dinero era, aparentemente, una enfermedad a la que nadie resultaba inmune. Los ojos de ella se fijaron en el billete y cierta duda apareció en su rostro mientras consultaba de nuevo su cuaderno.

—Desde luego, es posible que el señor Oglethorpe hubiese convenido esa entrevista hace algún tiempo y se olvidase de decírmelo —ella captó su ligero gesto y siguió el movimiento del billete hacia la esquina de su escritorio—. Haga el favor de sentarse y hablaré con el señor Oglethorpe.

La muchacha regresó al cabo de unos minutos y le hizo un guiño.

—Se había olvidado de usted —le dijo a Haines—. Pero todo está arreglado. Vendrá dentro de unos minutos, doctor Haines. Es una suerte que aún no hubiese salido para almorzar.

James Oglethorpe era un hombre más joven de lo que esperaba Haines, aunque posiblemente su interés en los cohete-naves era una de las cosas que podían habérselo hecho sospechar. Salió con paso ágil de su oficina, mientras se colocaba el sombrero sobre su negro cabello rizado y examinó brevemente al otro con los ojos.

—¿El doctor Haines? —preguntó mientras extendía una fuerte y atezada mano—. Parece ser que tenemos una cita para almorzar juntos.

Haines se levantó con rapidez e hizo una corta inclinación antes de que el otro tuviera la oportunidad de cogerle la mano. Aparentemente Oglethorpe no se dio cuenta de su maniobra, porque continuó hablando afablemente.

—Es fácil olvidarse de esas entrevistas concertadas por teléfono. ¿No es usted el investigador del cáncer? Uno de sus amigos estuvo aquí hace unos cuantos meses buscando un donativo para sostener la obra de usted.

Se encontraban ahora en el ascensor y Haines esperó hasta que la puerta se abrió y se dirigieron hacia el restaurante que existía en el mismo edificio antes de contestar.

—Sin embargo, esta vez no he venido buscando dinero. Lo que me interesa es la espacionave que usted financia. Creo que puede tener éxito.

—Yo también lo creo así, aunque usted es uno de los pocos que piensan de este modo —la precaución, duda y el interés aparecían claros en el rostro de Oglethorpe. Encargó el almuerzo al camarero antes de volverse de nuevo hacia Haines—. ¿Quiere hacer este viaje? Si es así aún tenemos lugar para un médico en la tripulación.

—No, nada de eso. Tostadas y leche sola, por favor...

Haines no sabía cómo exponer su idea, sin tener nada concreto en qué fundar sus argumentos. Contemplando la forma cuadrada de la mandíbula del otro y la actitud general obstinada de aquel hombre, abandonó toda esperanza y sólo continuó hablando porque era, indudablemente, su deber. Dejó volar su imaginación mientras hablaba, preguntándose a sí mismo cuanto de todo aquello podía ser cierto.

—Otro cohete ha hecho ese viaje, *Mr.* Oglethorpe, y ha podido regresar. Pero el piloto estaba agonizante antes de llegar a la Tierra. Puedo enseñarle los restos de su

máquina, aunque no quedará mucho después del incendio, quizás ni siquiera lo suficiente para demostrar que se trataba de una espacionave. En alguna parte de Marte existe algo que el hombre nunca debe hallar, se trata...

—¿Fantasmas? —sugirió Oglethorpe, con brusquedad.

—¡La muerte! Y ahora le pido...

De nuevo Oglethorpe le interrumpió.

—No lo haga. Ayer vino otro hombre a verme, quien también decía que había estado allí... me ofreció mostrarme, así mismo, los restos de su máquina. Esta mañana recibí una carta que me explicaba que los marcianos habían visitado a su autor y que amenazaban con toda clase de represalia si emprendía ese viaje. No intento llamarle embustero, Dr. Haines, pero ya he oído demasiadas de esas historias; quien fuera que le contase a usted eso, no era más que un loco o uno que busca la publicidad. Puedo mostrarle a usted un cajón lleno de cartas cuyos temas comprenden desde la astrología hasta los zombis, todos dándome instrucciones para que no emprenda el viaje a Marte, y algunos hasta incluyen fotografías.

—¿Supongamos que yo mismo le dijese que he hecho el viaje en aquel cohete? Las tarjetas dentro de su cartera decían que él era Haynes, y la cartera estaba en el traje usado por él, pero también estaban allí las gafas y los cigarrillos que no le servían de nada.

Oglethorpe torció sus labios en una mueca que no se sabía si era de disgusto o de sorpresa.

—Dr. Haines, usted es un hombre inteligente y admitamos que yo también lo soy. Quizás ello le parecerá ridículo, pero la única razón por la que me dediqué a reunir la fortuna que dicen que poseo fue para construir esa nave, y puedo asegurarle que necesité para ello más trabajo y tiempo de lo que muchos creen. Pero si una hormiga verde de cuatro metros de alto entrase en mi despacho y me amenazase con las iras del infierno, aún emprendería ese viaje.

Hasta el imposible impulso que existía detrás de su mente, reconoció lo que era igualmente imposible. Oglethorpe era el tipo de hombre que actuaba primero y se preocupaba sobre los resultados de sus acciones después. La conversación se desvió hacia cuestiones sin importancia y Haines dejó que el otro llevase el peso del diálogo, que fue haciéndose más espaciado hasta finalmente convertirse en silencio.

Por lo menos, había aprendido una cosa: sabía la situación del campo de despegue de la espacionave, y las disposiciones de vigilancia y defensa que la protegían. Información que los periodistas no pudieron conseguir, ya que Haines la obtuvo directamente del cerebro de Oglethorpe. Ahora ya no podía dudar de su habilidad de obtener la información que desease por medio de algún extraño proceso telepático. O bien él era un fenómeno psíquico, o el accidente le había causado un efecto que debía sorprenderle, pero que ahora le parecía muy natural.

Haines había parado un taxi a la salida del aeropuerto, y las instrucciones que dio

hicieron que el chófer le mirase con asombro. Pero el dinero seguía siendo un medio poderoso para convencer a cualquiera. Ahora atravesaban unos campos aún más desolados que los bosques alrededor de la casa de Haines y por fin llegaron al final de la carretera, donde ésta se unía con un pequeño sendero lleno de barro marcado profundamente por las roderas de los camiones que Oglethorpe había usado para transportar sus materiales. El taxi se detuvo en aquel lugar.

—¿Es éste el lugar donde quería ir? —preguntó el chófer indeciso.

—Aquí es. —Haines añadió otro billete al precio que ya había sido convenido y pagado y despidió al chófer. Luego caminó pesadamente hacia el sendero y echó a andar con un esfuerzo de voluntad, deteniéndose con frecuencia para descansar. Los oídos le zumbaban ahora con fuerza, y cada una de las vértebras de su columna dorsal protestaban agudamente a cada nuevo paso. Pero no le era posible regresar ni detenerse; ya lo había intentado en el aeropuerto, para hallar que el impulso que le obligaba a continuar era lo bastante fuerte para dominar a su tambaleante voluntad.

—Si sólo pudiera descansar —murmuró en voz baja, pero la fuerza que reinaba en su cerebro le hizo levantar de nuevo los pies que le pesaban como si fuesen de plomo y lo empujó a caminar en dirección al campo de despegue. Por encima de él las grises nubes cubrieron la luna y Haines miró hacia Marte que brillaba con un rojizo fulgor en el firmamento. Unas cuantas palabras de la parte más ruda y baja del vocabulario del viajante acudieron a sus labios, pero el esfuerzo de pronunciarlas era más de lo que el rojo planeta merecía. Haines continuó su camino en silencio. Marte se había movido varios grados en el cielo cuando vio por primera vez la pista de despegue, tendida en un valle largo y estrecho. En uno de los extremos se alzaban las barracas de los obreros, y en el otro una gigantesca estructura que protegía la espacionave de miradas indiscretas. Haines se detuvo de nuevo para soportar un terrible acceso de tos, mientras sentía que sus pulmones se deshacían lentamente y su respiración era entrecortada y violenta, mientras empezaba el descenso hacia el valle.

Los guardias debían estar dispuestos a intervalos regulares en todo el perímetro del campo de despegue. Oglethorpe no quería correr riesgos con aquellos fanáticos que le habían escrito cartas amenazadoras denunciándole como un loco que conducía a sus hombres hacia la muerte. Las espacionaves son cosas muy frágiles y sólo se necesitaban unos cuantos hombres decididos para destrozar la nave una vez la hubiesen descubierto. Haines contempló las posiciones de los guardias y se escondió entre la maleza, esperando los períodos en que la luna quedaba cubierta por las nubes, para seguir avanzando. Una vez, casi hizo sonar la alarma general, al tropezar con un alambre tendido en el suelo pero pudo evitarlo a tiempo.

Un poco más adelante toda la maleza había sido cuidadosamente cortada, pero su traje era casi del mismo color del suelo bajo la luz de la luna y manteniéndose quieto entre los períodos de obscuridad, pudo arrastrarse hacia el hangar de la espacionave sin que nadie advirtiese su presencia. Observó la distancia que separaba a los guardias y las casas de la nave asintió en silencio, pensando que estarían seguros de

cualquier explosión.

El campo parecía despejado. Entonces bajo las sombras de la estructura que guardaba a la espacionave una pequeña chispa roja brilló un instante para apagarse luego; allí había un hombre, fumando un cigarrillo. Esforzando sus ojos Haines pudo distinguir el largo cañón de un rifle apoyado contra la pared. Aquel guardia debía ser una precaución extra, desconocida aún por el mismo Oglethorpe.

Un repentino claro entre las espesas nubes iluminó el suelo con la luz lunar, y Haines se apretó contra el suelo, mientras trataba de resolver las nuevas complicaciones que aparecían ante él. Durante un instante pensó en la retirada, pero comprendió que aquello no le era posible... su camino estaba ahora firmemente marcado y no tenía otro remedio sino seguirlo. Cuando la luna volvió a esconderse, se puso en pie silenciosamente y se dirigió hacia la figura que aguardaba al pie de la estructura metálica.

—¡Hola, amigo! — su voz era de un tono bajo, calculado para alcanzar al hombre que estaba de guardia al lado del hangar, pero sin que le oyesen los guardias estacionados en el perímetro del campo—. ¡Hola, ahí! —continuó—. ¿Puedo acercarme? Soy un inspector especial enviado por Oglethorpe.

Un rayo de luz surgió de la sombra, cegándole, y siguió caminando hacia delante, con el paso más tranquilo que pudo. La luz haría revelar su presencia a los otros guardias, aunque lo dudaba; su atención se dirigía hacia afuera, lejos del hangar.

—Acérquese —llegó la respuesta por fin—, ¿cómo pudo pasar la otra línea de vigilancia? —La voz tenía un tono de sospecha, aunque no en extremo. El rifle, observó Haines, estaba apuntando hacia su vientre y se detuvo a unos pasos de distancia, en un lugar en que el otro pudiera contemplarle.

—Jimmy Durham sabía que yo iba a venir —dijo al guardia. De acuerdo con la información que había robado de la mente de Oglethorpe, Durham era el jefe de los servicios de vigilancia. Me dijo que no tuvo tiempo de avisarle a usted, pero me arriesgué de todos modos para venir a echar un vistazo por aquí.

—Hum. Creo que todo debe estar conforme, ya que los otros le dejaron pasar; pero no podrá marcharse hasta que alguien lo identifique. Mantenga las manos levantadas —el guarda se le acercó con precaución y pasó las manos por encima de sus bolsillos en busca de armas escondidas. Haines mantuvo sus manos bien lejos del alcance del otro, de modo que no hubiese peligro de un contacto dérmico directo.

—Bien, todo va bien. ¿Qué es lo que quiere ver? —Estoy de inspección general. El Jefe tuvo noticias de que es posible que tengamos dificultades y me envió aquí para asegurarme de que se mantenía la vigilancia y para avisar a todos. ¿Todo está bien encerrado?

—No. Las cerraduras no servirían de mucho en estos hangares. Por esto estoy aquí. ¿Quiere que llame a Jimmy para que lo identifique y pueda marcharse?

—No se preocupe. —No había duda que las condiciones se presentaban ideales,

excepto con una sola cosa. ¡Sin duda habría otro medio para cumplir su misión sin tener que matar al guardia! Haines no sentía ningún deseo de añadir aquella nueva tarea al trabajo que se veía obligado a realizar—. No tengo prisa ahora que ya lo he visto todo. ¿Quiere fumar?

—No, gracias. Acabo de tirar el último. ¿Qué sucede, no tiene fósforos? Tome los míos.

Haines frotó uno de los fósforos contra, la superficie áspera de la cajita y encendió el cigarrillo con dedos vacilantes. El humo le hirió en la garganta, pero pudo dominar la tos y exhaló una bocanada azul; en la obscuridad, el guardia no pudo darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas y que un espasmo de dolor cortaba su rostro. Haines estaba luchando contra el impulso que había ordenado el cigarrillo para distraer la atención del guardia y sabía que una vez más se vería vencida su voluntad consciente.

—Muchas gracias.

Una de las manos del guardia rozó, por accidente, la suya, mientras se tendía para recobrar la cajita. Un instante después la garganta del hombre estaba entre las manos del extranjero y los dos se tambaleaban mientras el guardia luchaba para zafarse del mortal abrazo y dar la alarma general. Pero el ataque por sorpresa confundió sus esfuerzos por una fracción de segundo y la mano de Haines se levantó para caer fuertemente contra el cuello del guarda con un golpe seco. Se escuchó un sordo gemido y la figura se desplomó al suelo.

¡El poderoso impulso había vencido de nuevo! El guarda estaba muerto, su cuello roto por el fuerte golpe. Haines se inclinó contra el edificio, luchando para recobrar el aliento y conteniendo el deseo de vaciar el contenido de su estómago. Cuando consiguió dominarse, levantó la lámpara eléctrica del guardia y se dirigió hacia el hangar. En la obscuridad, la silueta de la gran espacionave, era apenas perceptible.

Con dedos vacilantes, Haines siguió su camino hacia la nave, y luego encendió un fósforo y lo escondió entre sus manos hasta que pudo distinguir la compuerta de entrada que permanecía abierta. Demasiada luz podía ser vista a través de una ventana y llamar la atención de los otros guardias.

Una vez dentro, encendió la lámpara eléctrica y caminó hacia delante descendiendo por la escalera central en dirección a la parte inferior donde debían estar instalados los motores de propulsión. Después de todo, había sido simple el llegar hasta allí y ahora sólo le quedaba el rápido trabajo de la destrucción.

Examinó con facilidad las válvulas de control echando un vistazo encima de las paredes metálicas mientras buscaba las tuberías que partían de los grandes depósitos de combustible. Por los mecanismos que pudo ver, aquella nave era sin duda muy inferior a la que se había estrellado, y sin embargo se necesitaron años para construirla y en ella estaban invertidos hasta el límite todos los capitales de Oglethorpe. Una vez destruida, era posible que los hombres tardasen otros diez años en reemplazarla; por lo menos dos, y en aquellos dos años...

La idea se escapó de su mente, pero el recuerdo de lo sucedido volvía lentamente. Pudo verse a sí mismo en la compacta sala de mandos de su espacionave, luchando contra los depósitos de combustible exhaustos y vencido en la lucha inexorable. Hubo un impulso final de los tubos de propulsión mientras la nave caía vertiginosamente a través de la atmósfera. Sólo tuvo el tiempo justo de llegar a las compuertas automáticas antes del choque. Milagrosamente, la caída de la nave fue amortiguada por la casa situada en el bosque, y él fue lanzado sobre las ramas de un árbol, sin sufrir mayores daños cuando cayó al suelo.

El hombre que habitaba en aquella casa, sufrió peor suerte. Fue despedido por la explosión junto con una de las paredes, ya muerto. Vagamente, el extranjero recordaba el rápido cambio de ropas con el cadáver, y luego como la viga había caído sobre él, envolviendo su mente en la obscuridad. De manera que después de todo él no era Haines, sino el piloto del cohete, y su historia a Oglethorpe era básicamente cierta.

Haines, todavía se llamaba a sí mismo con aquel nombre, se agarró a la pared cuando sus rodillas se doblaron debajo de él y continuó su camino ayudándose con las manos. Tenía aún su trabajo para realizar. Después, lo que sucediera a su débil cuerpo era un asunto sin importancia. Le parecía ahora que desde que despertó en el bosque había esperado encontrar la muerte de un instante a otro y que nunca dio importancia a aquel hecho.

Recorrió con la mirada la sala de máquinas de la espacionave, hasta que sus ojos se posaron en una caja llena de herramientas que permanecía abierta con un gesto de invitación, ofreciéndole una gran llave inglesa. Aquello le serviría para abrir las válvulas. La lámpara eléctrica permanecía en el suelo donde la había dejado caer, y la hizo mover con el pie hasta que iluminó la pared, mientras se inclinaba para coger la llave. Sus dedos estaban rígidos mientras se doblaban sobre la herramienta.

Y bajo la luz de la lámpara, se dio cuenta de sus manos por primera vez en muchas horas. Unas venas de azul puro se marcaban con fuerza bajo una piel que ya ostentaba un tinte azulado. Haines pensó vagamente en aquello durante un instante, levantando su otra mano para examinarla; allí también tenía el débil color azul y en sus palmas, cuando las volvió, aparecía el mismo color. ¡Azul!

El último dique que contenía a su memoria se derrumbó con un ruido atronador, inundándole con una poderosa corriente de imágenes. Con una parte de su mente, seguía trabajando en las válvulas con ayuda de la llave inglesa, mientras con la otra estudiaba el conocimiento y los recuerdos que habían vuelto a su mente. Pudo contemplar una vez más las calles de una delicada y extraña ciudad, medio abandonada, y mientras parecía mirarla, un hombre se tambaleó surgiendo de una de sus entradas, apretándose la garganta con manos azules, para caer al suelo en medio de dolorosas convulsiones. Las gentes pasaban por su lado rápidamente, evitando el contacto con el cadáver, llenos de miedo de tocarse uno al otro.

Por todas partes, la muerte tendía sus garras para arrebatarse la vida de su raza. El

planeta estaba sujeto a una terrible plaga. La enfermedad permanecía sobre la piel de la persona infectada, para transferirse por medio del simple contacto y extenderse aún más. En el aire, sólo unos segundos eran suficientes para matar los gérmenes, pero otros nuevos virus crecían constantemente de los poros de la piel del enfermo, de modo que siempre existían causas de contagio sobre la epidermis. Después del contacto directo, la enfermedad iniciaba su temible campaña, hasta que después de varios meses sin síntomas visibles, de repente atacaba al organismo que lo albergaba convirtiéndolo en azul, y entregándolo a la muerte después de unas cortas y dolorosas horas.

Algunos decían que aquello era el resultado de un experimento que escapó al control de sus inventores, mientras otros juraban que fue producido por una espora que cayó del espacio. Fuese lo que fuese, en Marte no se conocía cura posible. Sólo las leyendas que hablaban de una raza parecida a la suya en el mundo original de la Tierra, les ofrecían un destello de esperanza y todos se habían vuelto hacia él cuando no vieron otra posibilidad.

Haines se vio a sí mismo, soportando con éxito sucesivos exámenes y reconocimientos que por fin dieron por resultado el que se le seleccionase para partir en la espacionave que estaban construyendo a toda prisa. Había sido escogido porque sus poderes telepáticos eran extraordinarios aún para la ciencia psíquica de Marte; y las pocas semanas que les quedaban habían sido utilizadas para desarrollar aquel poder en forma sistemática e implantar firmemente en su subconsciente los deberes de la misión que debía llevar a cabo mientras quedara un resto de vida en su cuerpo.

Haines contempló como el chorro líquido de los tubos de combustible empezaban a surgir con fuerza y dejó caer la llave inglesa. El viejo Lean Dagh había dudado de su capacidad para obtener conocimientos por medio de la telepatía de una raza de cultura distinta, pensó vagamente. Era una lástima que su viejo profesor hubiese muerto sin conocer el éxito de sus métodos, aunque su misión había terminado en fracaso, debido a los escasos conocimientos que el hombre tenía de las ciencias curativas. Ahora sólo le quedaba la tarea de impedir que la raza de este mundo pudiese morir del mismo modo.

Se puso en pie con un esfuerzo y volvió a salir por la escotilla mientras murmuraba palabras incoherentes. El color azul de su piel se iba haciendo más oscuro, poco a poco, y tuvo que obligarse con un esfuerzo de voluntad para atravesar el espacio que separaba la nave de la puerta del hangar, forzando a sus cansados músculos a ceder hasta la última gota de energía, hasta que llegó al lado del cuerpo del guardia que yacía donde lo había dejado antes.

Toda la fuerza que le quedaba era inútil contra la gravedad de aquel planeta mucho más pesado y dominar la tortura que cada movimiento le infligía. Trató de arrastrar el cuerpo tirando de él, y luego cayó al suelo él mismo arrastrándose de espaldas a la nave, mientras usaba un brazo y clavaba sus dientes en el cuello de la chaqueta del cadáver para arrastrarlo consigo. Se sentía flotar en un mundo que

bordeaba la inconsciencia, y una vez su mente se vio envuelta por la negrura. Se despertó para encontrarse ya dentro de la espacionave, aún arrastrando su carga; los impulsos implantados en su subconsciente eran mucho más fuertes que su propia voluntad.

Poco a poco arrastró el cadáver consigo hasta la sala de motores y lo dejó caer en el suelo donde el combustible líquido alcanzaba ya unos centímetros de altura. El aire estaba lleno de gases y helado por la evaporación, pero sólo se sentía vagamente consciente de aquellos hechos. Ahora sólo se necesitaba una chispa, y su última tarea quedaría concluida.

Era inevitable que unos pocos de los muertos en Marte quedarían sin ser incinerados, y allí donde los hombres encontrasen al último de aquella raza infortunada, los gérmenes fatales aún podrían vivir en su interior. Ellos debían salvar a los hombres de la Tierra de aquel terrible peligro. Hasta que llegase el momento de que el último marciano se hubiese convertido en polvo y dejado que el aire fresco eliminase a la plaga, la raza de la Tierra debía permanecer dentro de los confines de su propia atmósfera, donde se encontraba segura.

Sólo existía él mismo y el cadáver que había tocado como posibles fuentes de infección y la nave que podía llevar a los hombres a otras causas de gérmenes. Todo aquello tenía fácil remedio.

El hombre que había llegado de Marte, buscó en su bolsillo los fósforos del guardia, sonriendo levemente, En el último instante antes de que la obscuridad final le envolviera, sacó uno de los fósforos de la cajita y lo frotó contra la áspera superficie. Una débil llama apareció en su mano y se extendió en un creciente círculo...



Lester del Rey (Saratoga Township, 2 de junio de 1915 — Nueva York, 10 de mayo de 1993), destacó por sus novelas dedicadas a la ciencia ficción.

Autor de la llamada Edad de Oro del Pulp, de la mano de John W. Campbell y junto a autores como Asimov. Pronto pasó a escribir novelas juveniles en los que la ciencia ficción era un elemento importante.

En 1990 fue elegido como Gran Maestro de la Ciencia Ficción por la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía de América.